

Construyendo comunidades...

**Reflexiones actuales sobre
comunicación comunitaria**

Construyendo comunidades...

Reflexiones actuales sobre comunicación comunitaria

*María Cristina Mata, Jorge Huergo, Washington Uranga,
Nestor Ganduglia, Gabriela Bergomás, Juan Isella, Emanuel
Aguirre, Julieta Aiassa, Karina Arach Minella, Trinidad
Balbuena, Paula Baños, María Emilia Carrieres, Luciana
Danielli, Pilar Espósito, Patricia Fasano, Romina Krenz,
Claudia Medvescig, Verónica Mingarini, Marianela Morzán,
Mara Muscia, Lucrecia Pérez Campos, Gretel Ramírez,
Leandro Romero, Irene Roquel, Laura Rozados,
Gretel Schneider.*

Construyendo comunidades : reflexiones actuales sobre comunicación comunitaria - 1a ed. - Buenos Aires : La Crujía, 2009.
208 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-601-091-7

1. Comunicación Social.
CDD 302.2

Director de la colección Inclusiones
Damián Fernández Pedemonte

Primera edición: octubre 2009

© La Crujía Ediciones

E-mail: editorial@lacrujalibros.com.ar
www.lacrujaediciones.com.ar

Diseño de interior y de tapa: Ana Uranga B.

Foto de tapa: Leandro Romero

Ficha técnica:

Equipo editor: María Emilia Carrieres, Luciana Danielli, Martín Yedro, Leandro Romero, Pilar Espósito, Patricia Fasano.

Desgrabaciones: Martín Yedro, Leandro Romero, Pablo Felizia, Gretel Schneider, Luciana Danielli.

Edición de textos: María Emilia Carrieres, Luciana Danielli, Martín Yedro, Leandro Romero, Pilar Espósito, Patricia Fasano.

Gestiones: Pilar Espósito, Patricia Fasano.

Esta es una publicación del Área de Comunicación Comunitaria del Centro de Producción en Comunicación y Educación de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos.

ISBN: 978-987-601-091-7

Impreso en Argentina

A quienes día a día construyen comunidades...

ÍNDICE

Introducción.....	9
Construir comunidades... desde la Universidad <i>Laura Méndez</i>	15

PRIMERA PARTE DEL MURMULLO A LA PALABRA

Comunicación comunitaria en pos de la palabra y la visibilidad social <i>María Cristina Mata</i>	21
--	----

SEGUNDA PARTE ENTRE LA COMUNICACIÓN Y LA EDUCACIÓN

Algunos desafíos a la comunicación/educación comunitaria y popular <i>Jorge Huergo</i>	37
Comunicación/educación: una mirada crítica <i>Laura Rozados</i>	49
Comunicación/educación en el marco de la extensión universitaria <i>Gabriela Bergomás</i>	61
Comunicación comunitaria en la cárcel, preguntas a un recorrido <i>Emanuel Aguirre, Julieta Aiassa, Trinidad Balbuena, Paula Baños, Romina Krenz, Lucrecia Pérez Campos, Irene Roquel, Leandro Romero, Gretel Schneider</i>	71

Pensando en común (I): Comunicación en contextos de Reclusión “Poner el cuerpo”: Reflexiones sobre la intervención.....	83
--	----

TERCERA PARTE
POR EL CAMINO DE LAS MEMORIAS

Las redes mágicas de la memoria: memoria y tradición oral en las leyendas populares <i>Néstor Ganduglia</i>	91
Tramas de barrio: contar para ser tenidas en cuenta <i>Luciana Danielli, Claudia Medvescig, Mara Muscia e Irene Roquel</i>	107
Pensando en común (II): Pueblos originarios Construir la visibilidad.....	123

CUARTA PARTE
POR LOS AVATARES DE LA COMUNICACIÓN COMUNITARIA

Aprender con la comunidad <i>Juan Isella</i>	129
La identificación, ¿es o se hace? Sobre el trabajo en una radio comunitaria <i>Patricia Fasano, Gretel Ramírez, Claudia Medvescig, Marianela Morzán, Pilar Espósito e Irene Roquel</i>	137
“Capacitación” en comunicación comunitaria: el lugar de la cultura popular. <i>Patricia Fasano, Karina Arach Minella, Gretel Ramírez, Marianela Morzán y Verónica Mingarini</i>	151
Pensando en común (III): Sobre la experiencia de la FM Comunitaria “Doña Munda”	165
La comunicación comunitaria: proceso cultural, social y político <i>Washington Uranga</i>	179
PASOS... Un recorrido por una experiencia de articulación <i>Gretel Ramírez, Marianela Morzán, Irene Roquel, Claudia Medvescig, Verónica Mingarini, María Emilia Carrieres y Luciana Danielli</i>	189
Autoras y autores.....	199

INTRODUCCIÓN

C*onstruyendo comunidades...* es el producto de casi cinco años de trabajo del Área de Comunicación Comunitaria; años durante los cuales la principal inquietud que nos ha impulsado ha sido la de abrirnos un lugar para practicar y pensar la Comunicación Comunitaria en el universo académico y profesional de los comunicadores sociales.

Podría conjeturarse que somos un grupo de románticos que no hallamos un espacio donde movernos con comodidad en el escenario que nos propone la Comunicación Social de comienzos de siglo, y algo de eso somos; aunque una vez que hemos comenzado a expresar nuestras percepciones, hemos encontrado que no estamos solos y, mejor aún, pareciera ser ésta una pequeña llama que cada vez más encuentra el terreno propicio para multiplicarse.

Hay un dato real, que nos abarca y trasciende: el interés por la Comunicación Comunitaria viene creciendo en los últimos años en la Argentina. Quizá podamos datar ese crecimiento en lo que va del nuevo siglo, y quizá también –y es ésta una hipótesis que invitamos a considerar– en ese interés confluyan, por un lado, el impresionante aumento –y publicidad– de los índices de pobreza en la última década del siglo pasado y comienzos de éste, que provocó algunas modificaciones en la percepción de los argentinos sobre nosotros mismos; y por el otro, el creciente desencanto político que

desde hace ya algún tiempo rodea el aura de los comunicadores sociales.

Frente a ese palpable crecimiento, nos cabe -como miembros de la Universidad y más específicamente de la academia de Comunicación Social- una ineludible responsabilidad: la de construir un espacio para reflexionar sobre el fenómeno poniéndolo en interlocución con las teorías conocidas, alentando así la producción de nuevas propuestas teóricas.

Producir *teoría* es un proceso social y colectivo alimentado por la imaginación, el pensamiento, la *re-flexión* de todos y cada uno de quienes participamos de la vida social, incluyendo especialmente a quienes experimentan de manera práctica los fenómenos que nosotros observamos. Pero *producir teoría* no es una actividad exclusiva del pensamiento, sino de la *experiencia* en un sentido amplio. Por eso es que consideramos que el modo más productivo de inscribirnos en ese proceso es, por un lado, *siendo parte de las prácticas* -*practicando* la Comunicación Comunitaria- y, al mismo tiempo, *reflexionando teóricamente* -produciendo *interpretaciones teóricas*- sobre ellas.

Por eso este libro... Para compartir nuestras reflexiones de los últimos años y las de quienes nos han acompañado de cerca con sus aportes; y para echar más combustible sobre esta llama que nos enciende y que esperamos encienda a otros.

Construyendo comunidades... no es en términos teóricos una serie de afirmaciones sino un compendio de interrogantes, muchos de ellos existenciales, procurando un territorio familiar donde manifestarse y estimular la imaginación de propuestas para pensar la Comunicación Comunitaria a la luz del tiempo político que nos toca vivir.

Y sin embargo y al mismo tiempo, *Construyendo comunidades...* es la confirmación de ciertas posiciones políticas, epistemológicas y profesionales que nos agrupan y que el lector encontrará como hilo conductor a lo largo de los textos que componen el libro.

El de *comunicación comunitaria* pareciera un concepto esquivo a las definiciones normativas, al mismo tiempo que sensible a las pres-

cripciones ideológicas. Tal vez porque el propio concepto de <concepto> -como Maffesoli advierte- implica una *captación* inmóvil de la cosa descrita, que le hace perder su natural vitalidad: “*Al nombrar, precisamente, aquello mismo que aprehendemos, matamos lo nombrado. [...] En cuanto hay vida, hay labilidad, dinamismo. La vida no se deja cercar. Todo lo más se pueden trazar los contornos, describir la forma, esbozar las características generales. Al actuar así, se hace a la vez obra de conocimiento, sin realizar por ello una taxidermia que fija, cataloga y pone orden dentro de un cuerpo de objetos muertos. Paradójicamente, este respeto de la vida movediza es propiamente lo que puede acabar, si está bien gestionado en un conocimiento más completo de lo que se propone aprehender.*” (1997:62) Tal vez porque, muy especialmente, la *comunicación comunitaria* refiera a un terreno particularmente ambiguo y movedizo de la comunicación: aquél donde el énfasis de la construcción identitaria está puesto en esa dimensión de la subjetividad -y de la producción de significaciones- en la que somos un ‘nos’, que es como Espósito (2003) sugiere pensar la *comunidad*.

¿Existe aquella ‘*comunicación comunitaria*’ que imaginamos (e idealizamos)? ¿Es una fantasía que nos permite mantener en pie algunas utopías? ¿Es una creación de instituciones y/o militantes? ¿Qué y cómo es aquello que actualmente recibe el nombre de ‘*comunicación comunitaria*’? ¿Hasta dónde debemos y podemos *intervenir* en los proyectos de las organizaciones sociales? ¿Qué aristas adquiere esta *intervención* cuando es realizada desde la Universidad? ¿Cuáles son las actuales implicancias políticas de tal vinculación? ¿Qué concepto/s de *comunidad* sostenemos en nuestras prácticas y qué concepto/s de *comunicación*? ¿Cuál es, en este campo, la relación entre las dimensiones mediática y no-mediática de la comunicación? ¿Cuál, el lugar para la *diversidad*? ¿Cuál, la línea entre *intervención profesional* y *militancia*, y cuáles las implicancias de una y otra? ¿Cuáles, las lógicas imperantes en las organizaciones sociales y cómo relacionarnos con ellas?

Estos y otros interrogantes nos acompañan permanentemente y desde hace años, por lo que constituyen ejes problemáticos que atraviesan el material de esta publicación, delineando los contornos del territorio de la *comunicación comunitaria* que actualmente expe-

rimentamos: comunicación/educación, experiencias de redes entre organizaciones, trabajos con las memorias, límites de la intervención, comunicación en espacios de reclusión, radios abiertas, radios comunitarias, construcción de ciudadanía, participación política, violencia, identificación...

En 2005 y 2006 organizamos las Jornadas de Comunicación Comunitaria para compartir esos interrogantes con otras personas, desveladas como nosotros por las mismas cuestiones. De esas Jornadas –especialmente las de 2006- salió parte importante del material que compone este libro: los aportes de María Cristina Mata, Jorge Huergo, Néstor Ganduglia, Washington Uranga, Gabriela Bergomás y Juan Isella, como así también los fragmentos de Intercambios escogidos por su riqueza para delinear el escenario actual de la Comunicación Comunitaria.

El resto de los artículos que componen esta publicación son textos donde hemos plasmado distintas reflexiones teóricas basadas en las diferentes experiencias en terreno que protagonizamos desde el ACC. En tal sentido, son sistematizaciones que constituyen herramientas de trabajo fundamentales no sólo para posibilitar nuestras prácticas sino también para contribuir a consolidar un campo académico y profesional para la Comunicación Comunitaria.

Construyendo Comunidades... ha sido posible gracias a la Mención Especial del Premio Presidencial “Prácticas Educativas Solidarias en Educación Superior” recibida en 2008 por el ACC.

Agradecemos muy especialmente a los autores antes citados, por acompañarnos y enseñarnos. A Laura Méndez, por las palabras de presentación del libro. A las y los colegas, compañeras y compañeros participantes de las distintas prácticas de comunicación comunitaria con los que hemos tenido contacto en estos años, por aportarnos sus experiencias y reflexiones. A las personas que forman o han formado parte de nuestros Proyectos en Terreno, en la ciudad de Paraná: los internos de la Unidad Penal N°1; los niños, jóvenes y mujeres del Club de Abuelas del barrio Belgrano; los integrantes de la FM Comunitaria “Doña Munda”; los alumnos y docentes de las Escuelas Nuestra Señora de Guadalupe,

Bazán y Bustos, Almafuerte y Maximio Victoria; los integrantes de la Asociación Civil Barriletes y de las Fundaciones Eco Urbano y Mujeres Tramando; y a todos aquellos que han participado de nuestras actividades y talleres. A las personas que hacen la Facultad de Ciencias de la Educación, por los distintos tipos de apoyos. A María Rosa Felquer, Aldo Rotman, Lea Lvovich, Aurora Ruiu, Valeria Olivetti, Gastón Ortiz, Laureano Escobar, Gustavo Vieyra, Adelina Quartino, Andrés Leiva, Liliana Barbagelata, Sylvia Mayer, Mariana Muñoz, Federico Vimberg, a la Delegación Entre Ríos del INADI y a todos quienes en algún momento han enriquecido nuestro trabajo con su colaboración. A la Universidad Pública y a la sociedad que la sostiene.

Construyendo Comunidades... pretende ser, en definitiva, un espacio de intercambio entre quienes creemos que la Comunicación Comunitaria requiere una reflexión teórica específica dentro de la Comunicación Social; y una invitación a redoblar la apuesta de trabajo en esta dirección: la de propiciar la *construcción* de más y más espacios de comunicación desde los 'nos' que atraviesan la vida social, especialmente en sus márgenes.

Equipo del Área de Comunicación Comunitaria
(C.E.P.C.E.-F.C.E.-U.N.E.R.)

Referencias bibliográficas

Espósito, R. (2003) *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Amorrortu, Buenos Aires.

Maffesoli, M. (1997) *Elogio de la razón sensible. Una visión intuitiva del mundo contemporáneo*, Paidós, Buenos Aires.

CONSTRUIR COMUNIDADES... DESDE LA UNIVERSIDAD

Es muy importante para la Facultad de Ciencias de la Educación (FCE) de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER) contar con un espacio de Comunicación Comunitaria. El mismo fue creado gracias a la iniciativa de un grupo de graduados y algunos estudiantes –que también van egresando en el camino– a través de una serie de experiencias y recorridos tan ricos que habilitan el poder trabajar en función de “ir construyendo comunidad –deberíamos decir comunidades, en plural– para nuevos mundos posibles”.

Me parece fundamental reflexionar en profundidad sobre la significación del Área de Comunicación Comunitaria (ACC) para nuestra institución. Ésta ha tenido y ha sostenido como objetivo formar profesionales de la educación y de la comunicación capaces de poner en cuestión conceptos y prácticas que una larga tradición político-epistemológica ha pretendido naturalizar como fijos, a-históricos y por lo tanto inamovibles, y cuyas características han sido el individualismo y la extremada simplificación de toda complejidad a fin de ordenar y dominar el mundo.

Por el contrario, el esfuerzo y el desafío suponen, en estos tiempos inciertos, permitirnos la reflexión acerca de lo incuestionable, para lo cual el primer ejercicio es poner esos conceptos y prácticas en el contexto en el que fueron inventados, teniendo en cuenta las circunstancias histórico-sociales en que han emergido. Esta opera-

ción es necesaria para emprender la tarea de desacralizarlos y por consiguiente transformarlos.

Nos parece una ocasión propicia para hacer algunas reflexiones en torno a esto que podríamos denominar el cruce entre la comunicación y los espacios comunitarios. No es casual, desde mi punto de vista, que este período histórico que nos ha tocado transitar –hubiéramos podido estar en otros, pero es acá donde nos situamos efectivamente–, esta compleja trama histórica en la que nos toca vivir tenga justamente como arranque, como puntapié inicial, la ruptura con la vida social comunitaria.

Esta complejidad se intensifica hoy, por un lado, por esta etapa del sistema capitalista en la que su empedernida axiomática ha llevado al planeta a extremos casi inimaginables. Teóricos de la economía política, en especial Marx, habían anunciado su inevitable destrucción, pero no habían podido dimensionar el alcance de sus procesos constantes de mutación que implican operaciones de desterritorialización y reterritorialización, a la vez que construyen modos de subjetivación que le permiten conservar casi intactos los espacios de acumulación de riqueza, de saber y de poder, de los que resulta difícil fugar si no se emprenden, justamente, tareas colectivas que permitan reconstruir sus supuestos fundamentos trascendentes.

No hubiera sido posible la imposición de la lógica del capitalismo en las condiciones de la vida social comunitaria, por consiguiente fue absolutamente necesario comenzar por su destrucción, porque “lo comunitario” implica espacios de un territorio común, de lenguas, de visiones del mundo y de saberes comunes y, sobre todo, de múltiples lazos sociales que hagan posible esa trama sólida y compleja que es la comunidad, o que han sido alguna vez las comunidades.

Tampoco se trata de idealizar ciegamente al espacio social comunitario. Tal vez hayan tenido otros conflictos y problemas, diferentes a los que tenemos en la actualidad, pero la diferencia fundamental es que contaron con otros medios de resolución; seguramente los conflictos eran vivenciados y experimentados colectivamente, de otra manera, con códigos múltiples que permitían a cada uno sostenerse en la vida social comunitaria. Estas formas de vida eran

–indudablemente tenemos que reconocerlo– “imposibles” con la lógica del capital, que en su lugar instauro un individualismo competitivo que nos ha arrastrado hasta donde estamos: nos ha llevado al borde de la destrucción del planeta, al límite de la disolución de los saberes colectivos y al abismo de la posibilidad de construcción de auténticas relaciones sociales.

La mencionada construcción está ligada a la comunicación en tanto que proceso de producción de sentidos. Articularlos y vivenciarlos cotidianamente, elaborando los códigos en los que deben estar sostenidos, consiste y se aúna en definitiva en las múltiples maneras de circulación que en nuestro mundo construyen los signos. En realidad, eso es lo que concebimos como un espacio comunitario: un espacio en el cual se tiene en común lo que es necesario para la vida.

Creemos que hoy nosotros estamos en condiciones de decir –con un gran dejo de nostalgia– que no tenemos la suerte de conocer verdaderamente lo que es un espacio social comunitario. Nuestra función es buscar los saberes en otros lugares; ni siquiera sabemos escuchar otros saberes distintos; ni siquiera sabemos valorarlos, porque nos atenemos a una construcción individualista, o aparentemente individual, de los conocimientos y del pensamiento. Plantear hoy la comunicación comunitaria es animarse a pensar, de nuevo, en la necesidad de construir otros mundos, mundos nuevos, muchos mundos. Para ello es necesario multiplicar espacios comunitarios, habitarlos de otros modos y, lo que es todavía más importante, tenemos que aprender a hacerlo por nosotros mismos, sin esperar salvaciones milagrosas ni iluminados que marquen el camino, atribuyéndose algún saber trascendente o privilegiado.

Espero que podamos aprovechar al máximo este espacio para discutir, para escucharnos, para compartir las diferentes experiencias, para aprender de todas ellas y, sobre todo, para ponerlas en común, para crear, para empezar a construir desde los espacios de comunidad en los que estamos, que significan en realidad espacios colectivos atravesados por múltiples relaciones, en los cuales lo más importante no es el bien individual sino la producción entre todos.

Todo esto constituye, en sí, un aprendizaje por construir. Sabemos que nos resulta bastante difícil, sobre todo a los que venimos de largos años en las instituciones, los que tenemos intensa trayectoria y tiempo invertido en las áreas académicas. Creo que a nosotros nos resulta todavía más difícil. Por eso debemos valorar estos espacios, que los puede habitar la Universidad; y al mismo tiempo destacar lo que pasamos por alto habitualmente: estos espacios sólo son posibles en la Universidad Pública. En ella tenemos la posibilidad de investigar, de compartir con otros lo que investigamos y, a su vez, de poder también nosotros enriquecernos con las múltiples experiencias que se producen en los distintos espacios. Este intercambio, esta intercomunicación, sólo es posible en el espacio de la Universidad Pública, al cual creo que tenemos la obligación política de seguir defendiendo, aunque a veces nos resulte costoso continuar militando en ella.

María Laura Méndez
Decana de la Facultad de Ciencias de la Educación

I. DEL MURMULLO A LA PALABRA...

COMUNICACIÓN COMUNITARIA EN POS DE LA PALABRA Y LA VISIBILIDAD SOCIAL*

María Cristina Mata

Después de estos días en que se han ido compartiendo diversas y valiosas experiencias de comunicación comunitaria, he ido hilvanado algunas ideas en función de lo escuchado y de mis propias experiencias de trabajo.

Y voy a comenzar refiriéndome a una actividad que organizamos en la Escuela de Ciencias de la Información hace poco tiempo atrás, cuando yo era todavía su directora. En el marco de la Feria del Libro que se realiza todos los años en Córdoba, decidimos organizar una actividad en la que no se presentó ningún libro porque lamentablemente hay textos que no se escriben pero merecen ser dichos. La actividad consistió en proponer un espacio que permitiera poner en vinculación una serie de organizaciones sociales de Córdoba con un público mayormente estudiantil –alumnos de nuestra escuela– para hablar acerca de la comunicación. Era casi un libro oral aquél que se nos ocurrió ofrecer. Y a la actividad en cuestión la bautizamos *Del murmullo a la palabra*. Fue así que invitamos a un conjunto de organizaciones sociales muy dispares con un dato en común: todas trataban de hacerse ver y oír en el espacio público local.

* Conferencia ofrecida en el marco de las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 8 al 10 de noviembre de 2006; Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos) y revisada para esta publicación.

Algunos de quienes participaron fueron grupos de personas con un débil lazo organizativo: jóvenes de localidades cercanas que habían comenzado a reunirse con algunos docentes de nuestra escuela, preocupados por ser vistos por los demás como sospechosos, simplemente por el hecho de ser jóvenes y pobres. Otras organizaciones tenían mayor formalización: mujeres de un barrio popular que estaban luchando contra la contaminación que existe en su zona y que provocaba enfermedades y muertes. También había algunas consolidadas organizativamente y con alcances, como la agrupación H.I.J.O.S. Ésos eran los tipos de organizaciones que habíamos invitado. Y les pedimos que contaran por qué razones querían hacerse ver y oír por los demás, cómo trataban de hacerlo, qué dificultades y obstáculos habían encontrado, así como también qué logros habían podido obtener.

No voy a dar cuenta aquí de todo lo que se dijo en esa reunión, pero quiero compartir con ustedes algunas razones acerca de por qué denominamos a esa actividad *Del murmullo a la palabra*. Partimos de la convicción de que en nuestra sociedad hay una enorme cantidad de organizaciones y movimientos sociales que están pugnando por hacerse ver y escuchar. Esto no es algo nuevo, sin embargo creo que nosotros, los comunicadores (de distintas facultades), somos capaces de escuchar ese murmullo. Y somos capaces de hacerlo porque ponemos el oído. Vaya entonces una primera reflexión: el murmullo se puede escuchar. Ese murmullo para nosotros constituye una práctica que vivifica, es decir, una práctica que da fuerza a los individuos. Es esa fuerza que se cobra cuando uno puede decir quién es. Ese murmullo convierte en solidaridad lo que en nuestra sociedad a veces puede ser puro asistencialismo, pura buena voluntad. Ese murmullo aglutina, permite aprendizajes.

Nuestro interrogante, sin embargo, era cómo transformar el murmullo en palabra. Cuando hablamos de palabra, nos referimos a un acto de enunciación claro y distinto, capaz de ser dicho y oído públicamente. Una palabra que no sea hablada por los otros. Y somos conscientes de que el murmullo existente no siempre se convierte en palabra clara y distinta, que hay dificultades para ello, porque se trata de una palabra capaz de pronunciar cuál es el orden social que se quiere construir; de una palabra política. Y hay murmullos que no van a ser jamás palabras porque están ensimismados.

Ensimismamiento en la voluntad de pronunciarse a sí mismos. Y es en este punto dónde creo que vale hacerse algunas preguntas acerca de la comunicación comunitaria.

Reflexionar sobre horizontes y cambiar de rumbo

¿Cuál es –creo que conviene preguntarse– el horizonte de la comunicación comunitaria? Mi intención no es afirmar cuál debe ser ese horizonte. Trataré en cambio de pensar en él a partir de algunas experiencias que mejor conozco. En este sentido, creo que se puede reconocer –por lo menos– la existencia de dos tipos de horizontes muy distintos.

Por un lado, hay quienes tienen como horizonte de la comunicación comunitaria una meta que hace de la comunidad una suerte de refugio muy precario. Me refiero a una cantidad de experiencias y de prácticas de comunicación que se caracterizan a sí mismas como orientadas a fortalecer ciertos lazos comunitarios. Una comunidad, como bien se sabe, no alude solamente a la existencia de un grupo de individuos, sino que además refiere a las interacciones que se construyen dentro del mismo. Hay algunas prácticas de comunicación cuyo horizonte caracterizo como un refugio precario, ya que se detienen en la idea de lograr la fortaleza de un espacio restringido en el cual sus actores se identifican y mueven.

Otras prácticas, en cambio, asumen un horizonte mayor. Se trata de un horizonte que se plantea como meta o desafío, que no tiene que ver estrictamente con lo que pasa dentro de la comunidad o el grupo inmediato. Son experiencias que, sin negar la importancia de construir lo propio, saben que hay algo que las excede y que, decididamente, no tiene que ver con lo inmediatamente propio sino con algo que las excede pero que le otorga sentido y proyección.

Ese horizonte de la comunicación comunitaria es uno de los temas sobre los que hay que reflexionar fuertemente, no sólo en relación con cada práctica sino también para seguir pensando y construyendo nuevas herramientas de trabajo.

Es como cuando uno emprende un camino o un viaje. Allá, al fondo, hay algo que es el horizonte. Si uno lo tiene medianamente

entrevisto, aunque no exista total claridad al respecto, puede pararse al lado del camino o puede desviarse por alguna senda secundaria y hasta llegar a perderse... pero uno sabe o casi sabe adónde va y ello permite retomar el rumbo. Pero –como pasa también en los viajes– cuando uno llega a aquello que entrevió como horizonte, aparece uno nuevo. Uno mira y a lo lejos hay otro horizonte. Cuando uno llega, lo que parecía el horizonte comienza a verse de manera distinta. En ese sentido, considero que desde la comunicación comunitaria nos tendríamos que parar siempre frente al horizonte. Son metas y desafíos que exceden lo particular pero frente a los cuales resultaría peligroso –en tanto y en cuanto la comunicación comunitaria se plantea como un terreno de construcción colectiva– tener demasiadas certezas. Esos horizontes son inciertos, móviles e igualmente necesarios para andar.

En este punto me gustaría detenerme a pensar acerca de cómo se acumulan fuerzas para desarrollar tareas de comunicación comunitaria, de dónde se sacan las energías cuando las cosas no salen demasiado bien, para que el trabajo siga motivando y continúe creciendo. Creo que esa acumulación de fuerzas es posible cuando uno tiene medianamente claro el horizonte. Aun con toda la incertidumbre que nos rodea, ese horizonte es el único lugar desde el que uno puede ver –día a día– cómo la práctica acerca o aleja. Sólo teniendo más o menos claro ese horizonte se puede tomar cierta distancia y cambiar el rumbo.

Ésa es una de las dificultades que experimentamos a veces quienes asumimos como parte de nuestras prácticas profesionales la tarea de acompañar y promover la comunicación en relación con organizaciones sociales. Porque cambiar el rumbo es, por ejemplo, devolver el dinero que nos han dado para un subsidio cuando consideramos que las tareas planificadas serán irrelevantes o hasta contraproducentes... o reconocer que algo no ha funcionado como esperábamos o que no sabemos cómo hacer algo que en los papeles, en la planificación de tareas parecía adecuado y sencillo de ejecutar...

La perspectiva del “ir con los otros”

Me parece que hay demasiadas experiencias construidas –siguiendo con la metáfora del camino– desde la idea del estar y no tantas

desde la perspectiva del ir. Es decir, hay en la comunicación comunitaria una gran cantidad de construcciones del estar que se vinculan fuertemente con el “¿quién soy?”. Y no está mal que se trabajen los procesos identitarios, ni que se trabaje el reconocimiento, pero creo que hay algunas experiencias que, además de trabajar sobre eso, tienen la virtud de trabajar aquel horizonte del ir. Hablo de ir hacia una meta, hacia un desafío. Se puede decir –y de hecho a veces lo dicen, por eso me anticipo– que esta idea del finalismo en los procesos de comunicación comunitaria podría ser fruto de visiones políticas teleológicas que ya mostraron su inutilidad y su fracaso en términos históricos. En algún sentido puedo estar de acuerdo con eso: cuando por horizonte entendemos un futuro diseñado de manera cerrada por grupos que, quizás sin quererlo, asumen casi el papel de vanguardia ilustrada; o bien cuando por camino se entiende un conjunto de recetas o de metodologías ya aceptadas que se siguen aplicando. También cuando el andar vale más que los sujetos que caminan, o cuando se niega que en ese caminar va a haber destiemplos, ritmos distintos y modalidades de transitar muy diferentes. Sin embargo, no estoy de acuerdo con eso cuando el trabajo del estar se convierte en ensimismamiento, en puro trabajo de expresividad grupal que fortalece internamente pero que termina alentando la construcción de un nosotros incapaz de entablar un diálogo con los otros. En verdad encuentro que hay muchas experiencias de comunicación comunitaria de ese tipo.

Por otra parte, se ha hablado hasta el cansancio acerca de uno de los problemas político-culturales más serios de nuestro país: el quiebre de anteriores condiciones de agrupamiento y de participación social. Esto se suele nombrar como la creciente desafiliación de los individuos respecto de las instituciones y de espacios en los que antaño nos constituíamos como actores de la vida en común. En este sentido, se ha hablado mucho de la necesidad de recomponer el tejido social, de reconstruir viejos lazos comunitarios, etc. No obstante ello, muchas veces me pregunto hasta qué punto en las experiencias de comunicación comunitaria se hace visible este diagnóstico tan extendido, que surgió en un momento de nuestro país y que hoy parece conjugarse con un diagnóstico que habla de aquella capacidad organizativa y reivindicativa que va creciendo –el murmullo al que

me refiero— y que si no llega a constituirse en palabra es por la incapacidad de articulación que existe entre esas prácticas particulares.

Hacia una conceptualización de la comunidad y lo comunitario

En este punto quisiera proponerles otro punto de reflexión: cuando los términos comunicación popular y comunicación alternativa fueron sustituidos por la noción de comunicación comunitaria, algunos señalamos que eso merecía un fuerte debate, es decir, discusiones teóricas y políticas. Considero que todavía son debates no saldados. Seguramente hay muchas razones que intervinieron en ello y no es éste el momento de replantearlo. De todos modos, más allá de esta falencia que arrastramos, me parece que es aún necesario conceptualizar lo que la comunidad y lo comunitario nombran.

En general, por *comunidad* se entiende a agrupamientos de individuos en los que se produce una serie de interacciones fundadas en valores, en significados, en fines, en expectativas compartidas. Es una noción bastante habitual de comunidad, o que por lo menos puede leerse en muchas de las prácticas. Sin embargo encuentro que ese tipo de conceptualización puede inducir a un error, que se me hace visible en muchas ocasiones: pensar lo compartido como sinónimo de lo acordado y de lo consensuado. Creo que lo compartido alude a lo que se reconoce como propio, pero de ninguna manera puede nombrar el acuerdo o el consenso.

Así como se ha venido instalando una cierta idea de la democracia como sistema de los acuerdos y los consensos, también se ha instalado una noción de comunidad en la cual el conflicto ha desaparecido. Entonces, frente a eso, otra reflexión: la comunidad o lo comunitario no puede ser nunca el paraíso. No sólo porque siempre va a existir el conflicto, sino porque en cualquier proceso de interacción humana y social está presente el poder y la lucha por el mismo. Y éste es otro de los elementos que a menudo, en muchas experiencias de comunicación comunitaria, se soslaya y se elude. Pero en ese eludir el conflicto, lo único que logramos es reproducir un

estado ideal, equivalente a creer que cuando alguien pronuncia su palabra ha podido convertir en igualdad la profunda desigualdad, en acuerdo, en idea compartida, lo que es meramente una yuxtaposición de palabras, una tras otra.

Por un marco mayor

Esa constatación me lleva a plantear otras problemáticas que debemos atender en relación con la comunicación comunitaria. Muchas veces el encierro en la comunidad no permite pensar a las comunidades, sean del tipo que sean, inscriptas en un contexto mayor. La práctica indica que aun en situaciones en las que algunas comunidades logran hacer explícitas sus voluntades políticas, sus conflictos, sus acuerdos y sus desacuerdos, son fácilmente vulnerables si quedan encerradas en sí mismas. Son vulneradas en ese marco mayor, en esa sociedad en la que se desenvuelven, donde de alguna manera no han podido procesarse las fuerzas que actúan, los poderes que están en pugna y que inevitablemente van a afectar a la comunidad, por democrática y participativa que sea.

En este sentido, a más de uno de nosotros nos ha tocado ver cómo algunas comunidades que se organizaron en el marco de la crisis de 2001 (me refiero a barrios, cooperativas vecinales, comedores comunitarios, etc.) a partir de una gran necesidad, pero también de un importante resurgir político, fueron finalmente destruidas desde afuera por la utilización que ciertos movimientos políticos y el propio Estado hicieron de aquellas necesidades e intereses. Al menos, fue la realidad que pudimos observar en Córdoba. Y se trata de una realidad que todavía no veo procesada desde muchas de las prácticas de comunicación comunitaria que se desarrollaron, porque finalmente sintieron que habían fracasado cuando lo que se había construido como interacción, como valor compartido, como diseño de experiencia conjunta, era desarticulado rápidamente. Desarticulados por un diseño de sociedad de asistidos, en vez de un diseño de sociedad de trabajadores; desarticulados aquellos esfuerzos organizativos, expresivos, construidos con mucha participación, debido a la capacidad de cooptación o de disgregación derivada de un cierto proyecto político-económico.

Trabajar en conjunto asumiéndose como actor social

Hasta aquí las cuestiones que más me preocupan cuando pienso en la comunicación comunitaria, que son también los problemas y preocupaciones que comparto con compañeros, con estudiantes, docentes y militantes que intentan reflexionar sobre las prácticas que realizan diariamente. A partir de ello, me animo a destacar, al menos, lo que considero que son nuestros puntos de fuerza, aquello que se está haciendo desde múltiples y diversas experiencias y que nos da la luz para seguir andando por estos terrenos.

Una gran enseñanza que nos dejan muchas de esas experiencias es la convicción de que la comunicación posibilita la producción de significados y expectativas compartidas. Existen ejercicios –en el sentido de esfuerzos y trabajo– de comunicación comunitaria que constituyen espacios efectivos para el reconocimiento de las diferencias, de las coincidencias, para revelar y procesar conflictos, para establecer acuerdos. Y esas son las experiencias de las que tenemos que aprender.

Otra dimensión que considero digna de destacar es que actualmente muchas experiencias enfatizan fuertemente la necesidad de la información. Sin embargo, en tiempos donde se instala con fuerza el pensamiento único, creo que algunas experiencias de comunicación comunitaria nos están mostrando que sin una re-informatización de la sociedad es muy difícil construir alternativas que quiebren las lógicas predominantes y el sentido común. Cuando hablo de re-informatización de la sociedad me refiero a un proceso de informatización desde otra perspectiva. No me estoy refiriendo sólo a esa dimensión que habitualmente trabajamos –la información acerca de lo propio, de lo local y lo particular– sino más bien a la necesidad de trabajar para incorporar conocimientos, saberes que son negados, para cuestionar las agendas que se construyen desde los medios masivos pero también desde las instituciones educativas y desde el Estado.

Este desafío impone, para la comunicación comunitaria, la necesidad de entablar alianzas y acuerdos para la práctica de la comunicación comunitaria; alianzas que no sólo pueden ser acuerdos de

naturaleza política sino que han de ser también acuerdos de trabajo institucional compartido y sustentable. Es en este sentido que creo tenemos una obligación no sólo como universitarios sino también como profesionales –aunque ya no estemos en la Universidad–, una obligación como gente que ha tenido y tiene la oportunidad de contar con un capital simbólico del que otros carecen y que a veces se regatea o encubre bajo la forma de pretendidas modestias o actitudes basistas.

La comunicación comunitaria debe ser un espacio de integración de diferentes grupos. No sólo de grupos de la misma comunidad sino de personas e instituciones que, situadas en distintos lugares, pueden compartir un mismo horizonte político. Siempre reconociendo las diferencias y asumiéndose como actores sociales diferentes, aunque con una misma obligación y legitimidad para actuar en política.

Por eso mismo, si en el trabajo que realizamos desde nuestras instituciones en los barrios o en relación con organizaciones sociales, no nos asumimos como un actor social de pleno derecho y nos concebimos sólo como alguien que coopera o que se compromete con otro a quien reconocemos una mayor legitimidad en términos sociales y políticos, estamos en serios problemas. Porque si, como solía decir Armand Mattelart hace mucho tiempo, sentimos la disminución de ser “el pequeño burgués ilustrado”, estamos negando la posibilidad de construir verdaderas alternativas políticas plurales, fundadas en el reconocimiento de las diferencias y negamos o encubrimos el riesgo de la confrontación, del desacuerdo, del carácter político y no meramente profesional o técnico de nuestras intervenciones.

Si de verdad creemos y pensamos que la comunicación es una práctica de interacción y de construcción de sentidos a partir de la cual se construye la socialidad, es decir, nuestros modos de ser y estar juntos, tenemos que asumir que nuestra palabra interviene en esa construcción, aunque pensemos que es sólo una palabra de cooperación y de apoyo. Siempre interviene. Y el mejor modo que tenemos de intervenir es asumiendo plenamente que nuestra intervención, lo deseemos o no, es una intervención política.

Momentos de una red discursiva

Hay una gran gama de experiencias de comunicación comunitaria que van trabajando como pueden y como saben este asunto del intervenir, pero me parece muy interesante tratar de leer aquellas en las que la *intervención* implica realmente jugarse en el mismo terreno, junto a todos los otros actores sociales con los cuales nos relacionamos.

La comunicación comunitaria busca espacios de articulación con otras instancias mayores de comunicación de diversos modos. Ésta es nada más que un momento de una red discursiva mucho mayor, en la que los procesos, las prácticas y los productos de comunicación comunitaria están inscritos. Es muy interesante ver que la práctica de la comunicación comunitaria no se restringe al recurso propio, a lo que se tiene, sino que se busca una ampliación permanente.

Durante muchos años tuvimos polémicas, a veces desgastantes e inútiles, en las que se discutía si la comunicación popular y alternativa debía ser o no masiva. Tales debates nos permitieron, luego de mucho tiempo, entender que si lo popular y alternativo no buscaba la masividad, iba a lograr de manera muy precaria sus finalidades. Lo que hoy tenemos que plantearnos, a partir de estas múltiples experiencias, es cómo la comunicación comunitaria puede –y de hecho ya lo hace en algunos casos– modificar agendas, instalarse en otros medios, en otros espacios, visibilizar temáticas, voces, actores que no están presentes en la escena pública. Las prácticas de comunicación comunitaria se inscriben en un *diálogo* ya existente que, en gran medida, se realiza en los medios masivos de comunicación. Por ello debe asumirse el desafío de intentar ser parte de ese diálogo, para lo cual también debemos explorar el trabajo con algunos profesionales de la comunicación que desde esos propios medios y en otros espacios pueden compartir visiones y búsquedas. En ese sentido hay todavía una enorme tarea por hacer. Me refiero nuevamente a crear agendas, instalar actores sociales, instalar temas en los distintos medios, en instituciones públicas, incluso a nivel del Estado. Por eso quisiera plantear las vinculaciones entre prácticas de comunicación comunitaria y construcción de ciudadanía.

Acerca de la ciudadanía

Así como podemos pensar que la comunicación comunitaria vino a reemplazar –como noción– a la idea de comunicación popular, hay quienes argumentan que la noción de ciudadanía empezó a utilizarse en distintos ámbitos, cuando ya no convenía hablar de los sectores populares, del pueblo o de la clase trabajadora. Me parece que no está mal interrogarse sobre qué nombra la noción de ciudadanía actualmente, para no dar lugar a ambigüedades.

Para nosotros lo que nombra esta noción, más allá de su dimensión jurídica innegable, se relaciona con el *derecho a tener derechos*. Es decir, la noción de ciudadanía, tal como la vienen trabajando numerosos teóricos políticos, habla del reconocimiento de derechos pero también de su efectivo ejercicio y de su ampliación; es decir, de la posibilidad de que lo que está escrito normativamente se cumpla y de que lo que no está escrito se pueda escribir como parte de la disputa por el orden social que se anhela.

En ese sentido, quiero retomar una idea formulada por algunos teóricos políticos, según la cual la *ciudadanía* no es un estado permanente. Vale decir, uno no es ciudadano todo el tiempo; se es ciudadano todo el tiempo sólo en términos jurídicos. Siempre tenemos formalmente unos ciertos derechos, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos; la Constitución está ahí y las leyes están ahí. Eso sí constituye un estado permanente al menos mientras rige la institucionalidad democrática. Pero desde un punto de vista político –según señalan algunos autores– no somos ciudadanos todo el tiempo. Uno es ciudadano cada vez que demanda y propone algo que tiene que ver con el campo de los derechos en la esfera pública. Uno es ciudadano cuando puede expresar las demandas y las propuestas, que ha podido construir como fruto de un ejercicio colectivo de reconocimiento de necesidades e intereses y un ejercicio de análisis acerca de los poderes que niegan la posibilidad de satisfacerlas o hacerlos realidad. En este sentido, se es ciudadano cuando se irrumpe en la esfera pública para hacer visible la falta de derechos o la necesidad de nuevos derechos.

Ahora bien, ¿por qué nos es útil esa renovada noción de ciudadanía? ¿Por qué nos ayuda a pensar de otra forma la comunicación?

Porque al asumir esta perspectiva sobre la ciudadanía podemos decir que la misma es imposible sin la comunicación. No hay modo de demandar y proponer en la esfera pública, de hacer surgir nuevas ideas de un colectivo, sino a través de la comunicación, de la posibilidad de hablar, de expresarse y participar. En este punto nosotros cuestionamos enfáticamente la idea de comunicación como herramienta o instrumento. Sostenemos que la *comunicación* es una práctica instituyente de nuestra condición de ciudadanos. No se puede ser ciudadano si no se puede expresar en la esfera pública la carencia de derechos y la lucha por nuevos derechos.

El derecho a la comunicación pública

Desde esta perspectiva, podemos reconocer nuevas preocupaciones. Realizando una serie de estudios con las organizaciones sociales de Córdoba, encontramos que existe una débil puesta en relación entre sus prácticas organizativas, sus prácticas reivindicativas, lo que quieren alcanzar en términos políticos y el reconocimiento de lo sustancial que son para ello los derechos a la información y a la comunicación.

Son muy escasas las organizaciones sociales de Córdoba que luchan para revertir, por ejemplo, el incumplimiento de ciertas normativas vinculadas a esos derechos que tenemos en nuestra provincia, por ejemplo, el derecho a la información pública. Casi no existen organizaciones sociales y políticas que estén interviniendo en los debates para que tengamos una nueva ley de radiodifusión, por ejemplo. Tampoco se vislumbran procesos y trabajos en torno a lo que deberían ser los medios públicos en la ciudad y en la provincia. Es cierto que desde el sindicato de prensa local y desde la Universidad se trabajan estas dimensiones y se busca motivar para que otros sectores sociales participen en debates e iniciativas sobre esas temáticas. Pero los resultados son débiles.

En otros estudios hemos comprobado que existe una difusa idea acerca de los derechos constitucionales a la expresión y a la comunicación que tenemos los individuos en nuestra sociedad. Una idea difusa porque, mientras los datos de una encuesta realizada como par-

te de esos estudios nos indican que más del cincuenta por ciento de la población de Córdoba alcanza a reconocer esos derechos, esa misma población está conforme con la información que le brindan los medios. Reconocen que hay desigualdades expresivas, que algunos tienen más posibilidades de comunicarse que otros, pero para ellos las razones son fundamentalmente políticas y económicas, mientras los medios de comunicación parecieran no tener mayores responsabilidades en esa situación. Nos resulta preocupante encontrar una zona no problematizada de la sociedad y de las prácticas sociales: la comunicación mediática; pública. Se trata de una zona que está problematizada sólo por quienes trabajamos en el campo de la comunicación, llámese comunitaria, popular o alternativa. Nosotros queremos construir y estamos construyendo otra comunicación, pero el conjunto del movimiento social parece no haber asumido aún como propia la lucha por una comunicación diferente. Asimismo, nos estamos encontrando con que muchas veces las organizaciones sociales y políticas que quieren hacerse ver y oír, como aquellas que habíamos convocado a participar en el espacio *Del murmullo a la palabra*, recurren sistemáticamente a estrategias propagandísticas y publicitarias, que son las que más cabida tienen en el sistema de medios consolidado. Es decir, en función de su necesidad de lograr visibilidad aceptan de algún modo la lógica comunicativa que los medios instalan hegemónicamente.

Un desafío para la comunicación comunitaria

Son varios los teóricos de la ciudadanía que reconocen en el desempleo una de las mayores trabas para acceder a la posibilidad de ser ciudadano: el desempleado no cuenta salarialmente, queda fuera de lo que se suelen denominar cadenas sociales aseguradoras; se ve privado (él mismo y sus familiares) del acceso a la educación y la salud pero también a una vivienda digna. Desde el terreno de la pura necesidad material a que se ve reducida su vida, resulta empobrecida su capacidad de asumirse como actor político. Pero sin minimizar los efectos del desempleo como dispositivo de descuidadización, quisiera señalar que las grandes mayorías excluidas del derecho a la información y la comunicación pública, tampoco

cuentan y ven seriamente limitadas sus posibilidades de ser ciudadanos.

En este sentido, podemos decir que uno de los desafíos de la comunicación comunitaria hoy es aquello que hace algunos años Jesús Martín Barbero señaló que debía ser el desafío para los comunicadores en Colombia y que creo que también es un desafío para nosotros. Martín Barbero decía que el mayor desafío para los comunicadores en Colombia era poner “aquel país roto a contar”. Y remarcaba que al término contar lo usaba en un doble sentido: tanto en el sentido de narrar, de contar qué somos, quiénes somos, qué queremos y qué buscamos; como en el sentido de ser tenidos en cuenta.

La comunicación comunitaria debe asumir ese desafío: reconocer que sin una palabra cada vez más clara y distinta, capaz de expresar lo que busca, de reconocer a aquél con quien puede hablar y a aquél a quien hay que identificar como el que priva a los demás de su derecho a hablar, no podremos jamás contar. Y la búsqueda de esa palabra clara y distinta no puede restringirse, como he tratado de manifestar, al desarrollo exitoso de algunas experiencias grupales, ensimismadas en sus logros, sino en el horizonte mayor del diálogo común a toda la sociedad. Es allí donde la comunicación comunitaria debe ensanchar sus perspectivas, innovar estrategias, asumir riesgos, para ir generando condiciones que permitan la emergencia del murmullo con autonomía y legitimidad. No somos los comunicadores los únicos que debemos asumir el desafío; pero tenemos, al respecto, una obligación mayúscula.

Por eso, cada vez que nos reunimos, cada vez que sistematizamos o analizamos nuestras experiencias, creo que se impone marcar lo que se va logrando, pero también reconocer lo que falta. De lo contrario, desde la comunicación comunitaria corremos el riesgo de autocomplacernos perdiendo de vista ese horizonte mayor en el que ella necesariamente debe inscribirse si anhelamos modificar las lógicas comunicativas dominantes, que no sólo regulan medios y lenguajes sino la verdadera posibilidad de ser sujetos.

II. ENTRE LA COMUNICACIÓN Y LA EDUCACIÓN...

ALGUNOS DESAFÍOS A LA COMUNICACIÓN/EDUCACIÓN COMUNITARIA Y POPULAR*

Jorge Huergo

Cuando miramos el cielo lo vemos como un plano en el que una Estrellita está al lado de la otra... Aunque resulta que una está a miles de kilómetros más atrás, si hubiese atrás –o más allá– en el universo. Así experimentamos múltiples planos y múltiples tiempos, el espacio y el tiempo es como si nos distorsionan. Nosotros vemos las estrellas y las llamamos por su nombre: ésta es la Cruz del Sur y aquellas son las Tres Marías, y a lo mejor hay una distancia enorme entre ellas. Por su parte, el hombre de campo mira eso mismo y lee signos de la naturaleza, mira los movimientos del cielo y puede predecir ciertos factores climáticos.

Las formas de mirar, los modos de nombrar, los signos que anticipan... Son aspectos que valen, también, al considerar un “campo” como el de la comunicación/educación comunitaria y popular. Más aún cuando nosotros, con nuestros trabajos y experiencias, con nuestros posicionamientos e ideas, hacemos ese campo.

Lo interesante es ver a partir de las experiencias de comunicación y educación comunitaria y en ese sentido preguntarnos: ¿cómo

* Conferencia ofrecida en el marco de las Primeras Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 5 y 6 de mayo de 2005; Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos) y revisada para esta edición.

nos podemos plantear un campo? Fundamentalmente porque si institucionalizamos un espacio o si abrimos la inquietud de reflexionar la educación/comunicación popular y comunitaria de alguna manera, el interrogante es ¿cómo ordenamos esto? Yo no diría “ordenar” sino hacer un cosmos de esto, es decir, establecer algunos principios de lectura para esto y para múltiples experiencias más. Aquí recuperamos una cuestión central del pensamiento latinoamericano que ha sido olvidado desde hace tiempo. En nuestras facultades leemos a Bourdieu, Foucault, Althusser, Williams y nos olvidamos de Rodolfo Kusch y una infinidad de pensadores y políticos latinoamericanos, tales como Artigas, Alem, Irigoyen y Perón.

Son muchos quienes nos ayudaron a pensar y no fueron académicos, por eso también debemos pensar en el saber de Don José, el de Doña Rosa, el de los jóvenes, que conforman un campo que queremos vislumbrar como un cosmos. Es así que nuestro norte es ver de qué manera le damos espesor al pensamiento latinoamericano en este tipo de interrogantes sobre la comunicación/educación comunitaria y popular, otorgándole también la palabra –que muchas veces le hemos quitado– a la propia memoria y a las relaciones que cotidianamente establecemos con otros.

La comunicación/educación comunitaria y popular

Cuando nos preguntamos por comunicación y educación comunitaria y popular necesariamente creemos que debemos salir de la academia para buscar las respuestas en el propio territorio. El territorio es el terreno donde las preguntas no son sólo preguntas en el sentido universitario, sino el producto del *diálogo* que establecemos con una comunidad de la cual formamos parte, aunque a veces solemos abstraernos de ella. Generalmente decimos: “Nosotros somos quienes tenemos que pensar esta comunidad”. Me parece que nuestro desafío es empezar a ver por qué carriles, en una situación de complejidad y de crisis orgánica, empezamos a pensar junto a las organizaciones sociales y a otras subjetividades esto de hacer de la Universidad un actor político, no en el sentido de un actor influyente, de un actor de poder, sino en el sentido de

un actor que acompañe movimientos de empoderamiento social y político.

Hay algunas cuestiones que son interesantes para pensar, teniendo en cuenta que no es fácil separar comunicación y educación en este caso. La primera tiene que ver con: ¿qué es lo comunicativo y qué es lo educativo en el momento histórico que vivimos? ¿Cómo trabajar la relación entre comunicación y educación en este contexto de complejidad y de crisis orgánica? ¿Qué sentido tiene ahora crear y producir espacios de formación universitaria en esta línea?

Paulo Freire decía que la educación popular es la dimensión educativa del trabajo político, transformador, contra hegemónico. En la actualidad ese trabajo político se ha complejizado y está en crisis. Entonces, ¿qué es lo educativo en este contexto? ¿Por dónde circula lo que podemos llamar *lo educativo*? Y me parece que ahí encontramos una primera inferencia que hace a esta complejidad, y es que hoy no es sencillo encontrar referentes fijos o institucionalizados, sino que muchas veces lo educativo circula por espacios transitorios, por referencias que son débiles. Es decir, lo educativo no adquiere la densidad que adquirió en la época en la que la institución educativa era la encargada de incluirnos y de habilitarnos para el funcionamiento de la sociedad moderna. Entonces, hay un primer punto que debemos buscar con las organizaciones y los movimientos sociales de la actualidad.

Actualmente formo parte del equipo de un taller de educación popular con la agrupación H.I.J.O.S., y hace un tiempo les propuse que en lugar de pensar un taller con metas, objetivos, roles, agentes, métodos y contenidos, empecemos a preguntarnos cuál es el rol educativo que una agrupación como H.I.J.O.S. tiene en la sociedad. Por su propia presencia, produce procesos de transformación, de escritura y de lectura del mundo, de posicionamientos que ya son educativos antes que ellos mismos se propongan realizar una “actividad educativa” que sea específicamente didáctica. Éste es un lugar que hay que recorrer.

Otro ejemplo es la organización Instituto de Cultura Popular (INCUPO): más allá de ser una institución que desde hace más de

35 años viene trabajando con campesinos, aborígenes vinculados a la producción agropecuaria, más allá de las estrategias en ciertas situaciones específicamente educativas, la sola presencia de INCUPO en el campo de la comunicación/educación en la Argentina es educativa, es formativa. ¿En qué sentido? Porque nos ayuda a leer, a mirar cuestiones sociales de nuestro país de maneras diferentes a las que teníamos antes.

Lo educativo, tomando la noción de una mexicana que se llama Rosa Nidia Buenfil Burgos, es ese proceso en el cual frente a determinadas interpelaciones, se producen identificaciones subjetivas y a partir de allí se transforma en prácticas. Las *interpelaciones* no siempre están ligadas a una intencionalidad, como por ejemplo que yo, que pertenezco a cierta organización, empiezo a producir un espacio de capacitación que quiero que sea interpelador. A veces la propia organización empieza a producir transformaciones en las prácticas porque los sujetos empiezan a identificarse con valores, idearios, maneras de actuar, modos de expresarse, modos de producir; y no hay ninguna capacitación intencional. Eso va adquiriendo un potencial educativo más allá de la finalidad educativa misma. Lo educativo pasa por los medios de comunicación, éstos interpelan incesantemente a los sujetos; nos identificamos con algún periodista, con el protagonista de una novela y esto produce cierto efecto en nuestras prácticas que después debemos evaluar. Podría ser el reforzamiento de representaciones naturalizadas que favorece a la hegemonía o el cuestionamiento y la desnaturalización de ese tipo de representaciones; si favorecen la producción de estereotipos, de prejuicios, de prácticas discriminatorias, o –en cambio– favorecen prácticas de diálogo cultural, prácticas de habilitación para la toma de la palabra.

En este caso, una de las experiencias que me pareció muy rica es la de la Agencia Radiofónica de Comunicación (ARC) de la Facultad de Ciencias de la Educación (FCE) de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER). Sus integrantes dijeron: “*lo comunitario no es lo pobre*”, a lo que yo agrego: “*y la educación popular no es primitiva*”. Ellos con su experiencia presentan cosas de Paraná que los medios no muestran y, de esta manera, descubren otra agenda u otra manera de mirar la agenda. Y la educación aparece aquí en

tanto se potencian otros modos de leer el mundo y, por lo tanto, habilita otros modos de escribirlo. Luego dijeron que esto de que “no es pobre la comunicación comunitaria” tiene que ver con la apropiación de tecnologías, con el hecho de perderle el miedo, de salirnos de esto de la tecnofobia o la tecnofilia, de no pensar que si usamos tecnología ya no somos populares; esto me parece muy interesante de pensar. También es para tener en cuenta lo que está haciendo el Foro Argentino de Radios Comunitarias (FARCO) en este sentido: el cambio que realizan en el modo de circulación del capital y de los bienes simbólicos, me parece que es una cuestión central que tiene que ver con lo educativo. En esa medida se promueve la democratización de los saberes.

Hay muchas experiencias que hablan de una estética acorde con los nuevos movimientos culturales, ya que lo educativo no estaba asociado con una estética iluminista, no es algo que desde el punto de vista cultural uno deba articularlo solamente con lo folclórico. ¿De qué modos, en las prácticas de nuestras organizaciones, de nuestra intervención universitaria en el diálogo con las organizaciones, vamos contribuyendo también a salirnos de esa dicotomía, de esa dualidad entre una cultura demasiado ligada a lo iluminista, a las bellas artes, a las buenas letras, o una cultura demasiado ligada a lo folclórico?

Acerca de nuestra intervención y las identidades

Hace un tiempo, en un taller realizado en Catamarca, hablábamos de la identidad: ¿dónde está la identidad?, ¿por qué hablamos de identidad propia? Le pregunté a los jóvenes que participaban: “*¿En qué música está lo propio? Escuchar Bersuit Vergarabat o los Redonditos de Ricota, ¿es propio de nuestra identidad?*”. A esto respondieron: “*No, lo propio de nuestra identidad son Los Chalchaleros o Soledad*”. Entonces yo continué: “*¿Cómo lo propio de nuestra identidad, si está totalmente formateado por el mercado?*”.

Me parece que hay una zona en la que la educación popular también tiene que intervenir en la *definición de las identidades*; ¿cómo se constru-

yen en el mundo de hoy, en una articulación entre memoria y formatos comerciales? Indudablemente, éste es un dato con el cual podemos trabajar, un eje para profundizar acerca de qué significa hoy esta dimensión educativa del trabajo político, que es el eje cultural. Claro que un eje cultural indudablemente tiene que ver con lo comunicacional, que se ha hecho mucho más complejo que en las décadas anteriores.

Asimismo encontramos otras experiencias que hablan de los espacios educativos como espacios referenciales y de referentes múltiples, si bien no tenemos que tomarlos como referentes fijos. Si observamos las culturas juveniles, los referentes ya no son los padres ni los maestros, sino que son los pares, y las referencias son las esquinas, por ejemplo; allí los jóvenes forman su interpretación del mundo, en los modos de interacción, en los lazos sociales. No tenemos que empezar negando todo eso, sino pensando ¿cómo trabajamos a partir de estas condiciones? ¿Cómo intervenimos? De otro modo la educación popular se restringe a sólo unos pocos “sujetos conscientes”, con conciencia esclarecida, y éste es otro aspecto importante para cuestionarnos: ¿qué es lo interpelador para los jóvenes, hoy? No sólo para los jóvenes, sino para muchos adultos excluidos, ¿es un espacio institucional o son las redes débiles que se forman entre distintos grupos y vecindarios lo que tiene más peso interpelador?

Luego de detectar estos planteos, el problema recae en nuestra intervención: ¿por qué debemos prestarle atención como comunicadores y educadores? Porque estamos en un momento de “crisis orgánica” y, como decía Antonio Gramsci –si bien lo dijo también Arturo Jauretche–: “en la crisis orgánica lo viejo muere y lo nuevo no termina de nacer”. Y nosotros estamos en ese momento: ya no nos sirven las miradas que teníamos antes, los modos de ver el mundo y las respuestas que teníamos antes, y tenemos que empezar a ver qué hacemos con esto.

Pensando e interviniendo desde la crisis

La *crisis orgánica* tiene tres rasgos o tres dimensiones fuertes. Uno de ellos es la crisis de instituciones, de los partidos políticos, de los

organismos de la Constitución, o sea, de la representación política y de las instituciones formadoras de sujetos, es decir, las escuelas. Estos espacios han sido puestos en crisis, no por una cuestión propia de la época, sino porque han sido objeto de depredación en la época neoliberal.

A fines de los ochenta, por dar un ejemplo, hablar de descentralización tenía un potencial que estaba totalmente articulado con las posibilidades de democratización de la educación y de la salud. De repente, la astucia del neoliberalismo hizo que descentralización pasara a ser desconcentración económica; vemos cómo nos robaron hasta el lenguaje y le dieron otro sentido, y a partir de allí “descentralización” quiso decir que el Estado nacional se dejaba de hacer cargo de los gastos en salud y educación –porque se trataba de gastos– y el Estado provincial –o los municipales, o los particulares– comenzaba a ser el responsable. Todo este programa contribuyó a que entrara en crisis la escuela.

Cuando entra en crisis una institución formadora de sujetos no tenemos más remedio que reconocer cuáles son los demás espacios formadores de sujetos para, a partir de allí, restituirlos. No podemos crearlos de la nada, porque haríamos como Sarmiento, que trajo el modelo de Prusia y el de Versalles a la Argentina afirmando: “Con esto organizaremos el sistema educativo argentino”.

Ésa es la alternativa que hoy tenemos: la re-institucionalización de espacios formadores de sujetos que han sido destituidos. Debemos optar entre quedarnos anclados en las pequeñas experiencias que nos salen bien o empezar a incidir en la formación institucional que le debemos al país, por decirlo de alguna manera. Y creo que las universidades en esto tienen que tomar protagonismo, y en este sentido hay que tomar muy en serio la formación universitaria.

El segundo rasgo es la inadecuación entre un imaginario de movilidad y ascenso social y las condiciones materiales de vida. En la época de Perón (1946-1955), los argentinos tenían la idea de ascenso social: si tenían trabajo sabían que podían hacerse una casa y tener una familia tipo, con seguridad social y un sistema de salud que funcionaba –que yo diría que era interesado, porque apuntaba a que

el obrero esté sano para favorecer al sistema capitalista—. Hoy esa expectativa se ha desarticulado.

Este sistema se ha desarticulado con las condiciones materiales de vida, y los jóvenes son los más golpeados en esta situación porque no pueden pensar en tener su casa. Esto sería el pos-modernismo: que no haya futuro tiene que ver con la producción de una tremenda crisis que comienza con la dictadura militar en la Argentina y que tiene que ver con el acortamiento del futuro, con la imposibilidad de mirar hacia allá.

El tercer rasgo es la crisis de los contratos sociales y la proliferación de los lazos sociales. Para que exista la “sociedad”, debe haber reciprocidad, reconocimiento mutuo y sentido de pertenencia. Pero muchas mujeres y hombres no se sienten reconocidos, han sido expulsados, no se sienten perteneciendo a esta sociedad. Los lazos sociales, acaso más débiles, contribuyen a vivenciar la socialidad, el reconocimiento, la pertenencia, la reciprocidad. Pero no es suficiente. Tenemos que empezar a ver cómo desde la comunicación y la educación incidimos en este horizonte político que es, de alguna manera, reconstruir con los distintos actores contratos que nos vuelvan a dar una organicidad en nuestra sociedad.

Leer la época, escribir nuestro tiempo

Si nos detenemos en la historia de la educación popular en la Argentina, vemos que atravesó distintos momentos, cada uno de ellos vinculado a intereses particulares. Sarmiento proponía una educación popular que llegara a todos. Un pedagogo brasileño, Dermeval Saviani, dice: “Lo que pretendía el sistema tradicional es que el dominado domine los saberes que dominaba el dominador”. Y esto puede resultar interesante para organizar la circulación de saberes en la sociedad: no pensar más en una educación popular que esté naturalmente marginada, sino que vuelva a tener un papel central en la distribución de saberes en la sociedad. Después vino una época en la cual creció el anarquismo como movimiento social y político, pero también educativo popular, que pretendía una resis-

tencia a las formas y a las prácticas de la “pedagogía oficial”. Y respecto a esto, ¿cómo podemos resignificar estas matrices (Sarmiento, el anarquismo) para ver cuál es el horizonte político de la educación popular de hoy? La crítica a la “pedagogía oficial” tradicional está vinculada a los elementos innecesarios del sistema disciplinar, con el control y el orden por el orden mismo. Pero era clara la relación entre proyecto político y educación. La vinculación entre educación y proyecto político es un elemento fuerte que hoy también podemos tomar para nuestro proyecto.

Otro proyecto es el nacionalismo popular, ideas que en su mayoría produjo el pedagogo cordobés Saúl Taborda. Él sostenía que el modelo sarmientino no reconoció en su Educación Popular que las comunidades tienen formas educativas que se corresponden a su vida social. Es éste el elemento central en un proyecto político de educación popular actual, que sólo es posible a partir del reconocimiento de las formas educativas populares que se producen en la vida social, en múltiples espacios y organizaciones sociales. Es decir, a partir del reconocimiento de que son diversas, ricas y que no podemos ignorarlas.

Otra corriente es la de la época de los procesos y proyectos de liberación latinoamericana. A esa corriente la podemos observar en el campo de la comunicación/educación popular vinculado con el pensamiento de Paulo Freire. Se trata de pensar en la manera en que los sectores oprimidos se fueron organizando. Se trata, también, de pensar cómo funciona la hegemonía y cómo muchas veces los oprimidos contribuyen con las formas de su propia opresión. Pero debemos insistir en esa vieja idea de Freire sobre el trabajo educativo, que es eso: trabajar con los oprimidos en sus propias formas de organización (y no ponerlos al servicio de las nuestras).

Con los procesos de crisis orgánica se ha multiplicado lo político y lo educativo, y se va articulando a través de diversos antagonismos. Lo popular se produce en esos antagonismos: étnicos, de género, de identidades sexuales, religiosos, generacionales. Considerando esta situación, hay dos riesgos para tener en cuenta en este trabajo de comunicación y educación popular: uno es el riesgo de la auto-marginalización. Nos referimos a esto cuando nos encontramos ha-

ciendo una intervención y pensamos que nuestra experiencia es la mejor; y al no tener contacto con otras experiencias, con otros movimientos sociales, con el Estado, nos quedamos en nuestro mundo seguros de que todo nos sale bien, encerrándonos en este círculo y olvidándonos de la existencia de los demás. Esto le hace juego al neoliberalismo, que basa su modelo de educación popular en el trabajo desarticulado, fragmentado, atomizado. Esto ocurre revestido de un equívoco: confundir el campo de lo político con el campo de lo moral, y separar de manera tajante lo bueno de lo malo, lo puro de lo impuro, lo sagrado de lo pecaminoso (donde siempre es el otro, son los otros, los que cargan con la valoración negativa). Y es un gran problema que esto le suceda a la izquierda o a los sectores progresistas. Nosotros tenemos que discutir todo esto; tenemos que discutir todo aquello que forma parte de la construcción de lo público. Este mapa de desarticulaciones es una cuestión de época, pero no debemos darle lugar a este modelo y, por lo tanto, no debemos mantenernos al margen de las discusiones con otros. No olvidemos que la discusión es el rasgo distintivo de la esfera pública.

Al otro riesgo lo advirtió Ernesto Laclau hace dos años en una conferencia en Buenos Aires, cuando dijo que el problema de la Argentina en 2001 fue la proliferación de movimientos sociales y su desarticulación con un proyecto vertical, un proyecto de país que fuera más allá de un movimiento local o particular. Si estos movimientos no se articulan, los resultados pueden ser frustrantes; si trabajamos en el campo de la salud, en la manera que lo que hacemos no incida en la producción de otros movimientos de salud o en las políticas de salud, seguramente va a ser estéril, cerrado. Hay una deuda: se trata de ver los modos de producir esas articulaciones hacia la construcción de un proyecto nacional y global.

Retos para la formación universitaria

Por último, ¿por qué y de qué modo esto tiene sentido en la formación universitaria? ¿Cómo volvemos a comunicar la Universidad con la comunidad de la que formamos parte? Tenemos que dejar de pensar la academia fuera, y esto no se resuelve sólo en la militancia.

¿Cómo la Universidad se comunica con los movimientos de la complejidad cultural y la conflictividad social, en diálogo con la construcción de saber popular y de poder popular? Para esto, debemos alentar procesos de curiosidad, de elaboración de preguntas y de búsqueda “con” esos movimientos y esas organizaciones, y no “para” ellos o por fuera de ellos.

¿Cómo le otorgamos comunicación a la Universidad con instituciones sociales o populares o que trabajan en lo popular? Por un lado, aprendiendo en el fragor de experiencias que nos sumerjan en la vida social, con sus rasgos de complejidad y conflictividad. Pero, por otro, haciendo un aprendizaje en relación a cuán necesario es discutir la relación entre práctica, organización y subjetividades, no sólo para los agentes universitarios sino para las propias subjetividades con quienes hacemos el diálogo intercultural.

¿Cómo lo trabajamos en la academia? Aquí hay una tradición que es la de los estudios culturales británicos. Richard Hoggart dice que se trata de empezar a buscar en estas prácticas, formas, organizaciones o instituciones que se transforman por el cambio social, pero buscar en movimiento, en el mismo proceso de cambio o transformación. No podemos tener respuestas cerradas, tampoco dar viejas respuestas –o sólo dentro de la Universidad–: tenemos que hacer una ruptura epistemológica (como proponía Gastón Bachelard) y ante los nuevos problemas, reformular el campo de significación, de los lenguajes, de los códigos.

Hoy lo político en la Universidad es asumir que no somos como la Academia de Platón, que pensaba la ciudad de fuera, sino que tenemos que adoptar la posición de Sócrates, que se pensaba hijo de la ciudad, engendrado por ella, dentro de ella. Es desde allí desde donde se vuelve a otorgar sentido a esta institución educativa en nuestra sociedad. No podemos pensar por fuera de la sociedad o dentro de la Universidad solamente, sino pensar, reflexionar, estudiar, producir, intervenir sabiéndonos engendrados por esta sociedad compleja, conflictiva, en transformación y en una crisis orgánica prolongada.

Es importante también pensar las trayectorias pedagógicas y curriculares. Respecto a esto quiero resaltar dos cuestiones: una es que

pensar en el sentido de la dialéctica teoría/práctica es una deuda de trabajo en nuestras Universidades y del trabajo en la comunidad. Lo más común es pensar que la conceptualización es una tarea exclusiva de la academia, con lo que estamos yendo al revés en la democratización de saberes. Otra es que además aparece lo que llamo el *carácter militante de los espacios formativos*, es decir, la apertura y la permanencia en el trabajo en terreno; no ya sólo de militancia política en agrupaciones, sino como un trabajo formativo (aun cuando sea parte de la militancia estudiantil).

Actualmente es imprescindible para la Universidad devolver espacios donde sumergirse en la experiencia de trabajo en terreno, que adquiere un potencial formativo, donde se negocie el intercambio entre los formadores y los agentes. La posibilidad de abrir perfiles y campos profesionales en estas áreas que parecen inestables, que se corresponden a la pelea que damos en el espacio público. Esto tiene que ver con las discusiones en la Universidad y con la apertura de espacios de formación teórica en profundidad. Vuelvo a decir; educación popular no quiere decir educación pobre ni primitiva. Tenemos que ser antiacademicistas pero sólidamente académicos. El desafío es formarnos mejor en el campo de la investigación cultural de la comunicación. Se trata de tomarnos en serio la formación de la Universidad, porque los espacios de educación popular lo demandan. Esto debe ser una sólida formación, de comprensión de lo que nos encontramos (como afirmaba Heidegger, primero está el encontrarse, luego el comprender) la comprensión que surge del estar en terreno y, desde allí, conservar una línea formativa, sólida, fuerte y permanente.

Parafraseando al Obispo Enrique Angelelli: “con un oído en el evangelio y el otro en el pueblo”, es momento de optar por los pobres, por los insignificantes, por los expulsados, los discriminados; y hacerlo desde la academia. Es hora de poner seriamente un oído en el pueblo y el otro en los procesos de construcción de saberes.

COMUNICACIÓN/EDUCACIÓN: UNA MIRADA CRÍTICA*

Laura Rozados

La noción de lo comunitario abre la reflexión sobre las prácticas de intervención en el campo de la comunicación, en un contexto en el que el discurso social criminaliza la miseria, territorializa estableciendo fronteras moralizantes y focaliza la amenaza social en los jóvenes pobres y excluidos.

En este marco, el espacio escolar se constituye en una gran trama textual, en la que se manifiestan diversas modalidades de comunicación, algunas explícitas otras solapadas, casi imperceptibles para una mirada que busca solamente aquello conocido.

A la manera de los apuntes del camino, surgidos de los registros, de las conversaciones y de los debates que desata el trabajo en terreno, realizaremos un recorrido que pretende ser crítico, sobre una experiencia desde la comunicación comunitaria y la educación popular, en la que se realizaron talleres con jóvenes de secundaria en diferentes

* Este trabajo es el fruto de 3 años de práctica en terreno con adolescentes y jóvenes en la Escuela Bazán y Bustos y Nuestra Señora de Guadalupe de la Ciudad de Paraná, sobre el cual se desarrolló, en un ida y vuelta de la praxis a la teoría, una reflexión colectiva de la que participaron alumnos y becarios de extensión de la Facultad de Ciencias de la Educación, en el marco del Proyecto de Extensión “El taller vivencial como estrategia de prevención de la violencia en los noviazgos”. Conformaron el equipo de trabajo Analía Venanzi, Marcela Carolina Ruiz, Evelyn Botti, Betiana Spadillero, María Elida Mercado, Mauro Fiamonti, Alejo Prudkin y Laura Rozados.

instituciones escolares de la ciudad de Paraná, denominadas urbano marginales, a las cuales se arribó con el objetivo de trabajar las modalidades y condiciones de la violencia de género en los noviazgos.

Nuestra pretensión es detener la mirada sobre la trama de preconceptos que delinearón la intervención y que actuaron como obstáculos epistemológicos y metodológicos para el desarrollo de la misma.

La intervención en los márgenes de la comunicación/ educación

Hablar de intervención en el espacio escolar postula necesariamente la pregunta por los supuestos y perspectivas en relación al sujeto, a las problemáticas a abordar, a los contextos institucionales y a los modos y las prácticas implementadas. Intervenir implica “venir entre” un grupo de sujetos y una situación significada como problemática, con el objeto de transformar la relación entre los sujetos y los problemas. La transformación es lo que da sentido a la intervención y lo que marca sus alcances y sus límites.

Bajo estas condiciones nos acercamos como grupo extensionista a la escuela, con el entusiasmo que implicaba el comienzo de una nueva experiencia, en la que ensayaríamos formas diferentes, acaso nuevas, de acceso y participación a la producción de conocimientos, bajo los postulados dialógicos de la educación freireana y la comunicación comunitaria. Estábamos realmente convencidas de que una metodología inclusiva, que reconociera al otro como un igual, sería el único camino posible para poder hablar de la violencia que atraviesa, contamina, rodea y se constituye en parte de las relaciones entre los sujetos.

Desde nuestros presupuestos teóricos y metodológicos, nuestro horizonte estaba claro: la violencia tiene una presencia ineludible en las relaciones sociales, casi se podría decir que en las actuales condiciones de desigualdad, no hay relación social que no esté mediada por algún grado de violencia. El problema es su naturalización y por ende su invisibilización a nivel social.

La condición de estar invisibilizada que asume la violencia –es decir, de estar fuera del reconocimiento otorgado a aquello que se recorta como algo visible– impide reconocer la necesidad de su abordaje y, por ende, de transformar esta necesidad en una demanda de intervención.

El primer problema que tuvimos que afrontar, en el trabajo desde la comunicación/educación respecto de la violencia, fue la ausencia del reconocimiento de una necesidad de transformación que derivara en una demanda, no sólo por parte de directivos y docentes, sino también por parte de la población adolescente. Bajo estas condiciones, fue necesario apelar a algunas razones externas al grupo para fundamentar y dar sentido a una intervención que pretendía ser participativa. La gravedad de la problemática, los estragos en la salud y la vida de los y las adolescentes, la disminución de su autonomía personal y la baja de la autoestima, constituyeron algunas de las razones de peso que justificaron nuestra intervención y marcaron el horizonte de nuestras expectativas.

Nos parecía que tal horizonte marcaba un campo de certezas en términos del lugar al que pretendíamos arribar, a la vez que nos permitía delimitar un campo problemático y diseñar unas estrategias de trabajo. El problema se presentó cuando advertimos que el horizonte se había corrido, y que aquello que considerábamos como propio del espacio educativo –esto es las relaciones de saber-poder entre docentes y alumnos en un espacio de disputa pero también de encuentro– había cambiado, transformándose en una pura contingencia caótica. La lógica que creíamos instituyente de lo común, a partir de una maquinaria de funciones y lugares preestablecidos, parecía haberse agotado.

El segundo problema que debimos enfrentar al momento de la intervención tenía que ver con el choque de dos concepciones: una concepción que busca descubrir en las relaciones sociales un lugar único y estable, frente a otra concepción –aquella que echan a andar los adolescentes– que actualiza en su decir y en su hacer la heterogeneidad y la multiplicidad de las representaciones, de las creencias y de los códigos.

En un intento por despegarnos de aquello que precisamente pretendíamos transformar –la mirada unificadora y estigmatizante– nos preguntábamos cómo sería encontrar una palabra problematizadora que, al decir de Freire, respondiera al universo vocabular de esos adolescentes, en un marco de absoluta incertidumbre. Debatíamos acerca de las razones que justificaban nuestra presencia en el lugar, ya que nos sentíamos impotentes para actuar desde los supuestos iniciales. Llegado un momento, nos dimos cuenta que lo común compartido más allá de las asimetrías en relación al saber y al poder, era la condición de estar a la intemperie, seguramente de maneras diferentes y con diferentes intensidades, pero a la intemperie.

Se está a la intemperie cuando se pierde la seguridad que otorga un conjunto de ideas sobre el sujeto, los lugares y el tiempo. Cuando el otro aparece como un extraño al que no se puede reconocer en su estatus de semejante y bajo las condiciones de su diferencia. Desprovistas de los recursos y herramientas necesarias para comunicarnos, nos encontramos con la necesidad de poner en práctica un método de autoatención que implicara la vigilancia permanente de los conceptos y saberes, de las narrativas que se construyen con y sobre los sujetos, de los peligros de habituarnos a ciertas asociaciones que acarreen el cierre del sujeto dentro del discurso de las políticas de la asimilación.

Esta modalidad de autoatención desató una mirada insurgente sobre nuestras propias prácticas, destinada a desocultar los modos sutiles de la dominación que no están fuera, sino que nos atraviesan. Tuvimos que dejar en suspenso el lápiz y con él el ojo científico de la disección, y empezar a transitar las percepciones, las creencias, los modos de ser y estar en el mundo de ese colectivo adolescente, bajo la aceptación de una condición de época marcada por la multiplicidad, la heterogeneidad, las combinatorias no convencionales –muchas veces irreverentes– y la plurilocalidad de las identidades.

Creemos que volver la mirada sobre la propia práctica implica reconocer las maneras sutiles en que la cultura dominante nos reabsorbe y captura en la fijeza de las representaciones, es ofrecerle combate a las certezas originales como educadores y comunicadores comunitarios, para darnos la oportunidad de escuchar otras voces y

reconocer otras miradas, en contextos caóticos, revueltos, inciertos. Es también tomar conciencia de que la práctica dialógica es fundamentalmente agonística, y que por lo tanto acarrea el conflicto con las diferencias y corre todo el tiempo el horizonte de los lugares prefigurados.

Docentes, alumnos y extensionistas, éramos subjetividades de la intemperie, transitando el desfondamiento de aquellos segmentos que dieron forma sólida a la existencia escolar, y asumiendo el desafío de tener que reconocer nuestra impotencia y enfrentar la tentación de volver a las clasificaciones tranquilizadoras y a los lugares comunes de la clausura del sentido. Para seguir adelante con la intervención, fue necesario pensar la escuela a partir de sus modos de expresión, a fin de poder tomar lo real como fuente de pensamiento y desandar nuestros supuestos iniciales que delineaban un horizonte inexistente. Es entonces en la interacción, en el ir y venir de dichos y prácticas, en el propio juego intersubjetivo que se da en una larga duración, donde es posible aprehender las prácticas comunicativas de los adolescentes entre sí y con el afuera, los modos –la mayoría de las veces cambiantes– en que ellos mismos se definen e identifican, sus relaciones, jerarquías y valoraciones, sin adjudicarles rasgos estereotípicos que contribuyen a cristalizar identidades y a reforzar criterios de marginalización, sexismo y discriminación (Duschatzky, 2007:28; Arfuch, 2004:4).

La mirada del otro produce la diferencia

Hablar de comunicación/educación implica abordar un territorio problemático y complejo, no sólo por la dificultad de su delimitación en los contextos actuales, sino también por la opacidad de sus experiencias, de sus recorridos y de sus conceptualizaciones. Definir las zonas de conjunción entre las prácticas que postulan la circulación de saberes y las prácticas que inauguran procesos de producción de sentido, más allá de los espacios de escolarización y más acá de los medios y las tecnologías, exige abrir el amplio abanico de la intervención en comunicación/educación al campo de la cultura.

Y en esta articulación es la presencia soberana del otro la que marca los tiempos y alcances de una relación. No basta con conocer la dimensión de sus saberes y experiencias, es necesario reconocer sus códigos, sus maneras particulares y propias de usar el lenguaje, sus intereses y deseos, sus necesidades. Al decir de Paulo Freire, es necesario ejercitar también un reconocimiento que no es del orden de lo racional, sino que está ligado al orden de la pertenencia, de la fe práctica, de la convicción de que el otro es capaz de jugar el mismo juego. Significa concederle cierta igualdad de honor para decir y actuar en un campo de reciprocidad en el que pueda ejercitar su identidad con absoluta soberanía.

Tal como señala Jorge Huergo, en un contexto de revuelta cultural en el que la escuela pierde cada día su lugar hegemónico como espacio educativo, a la vez que expone la cara obscena de las desigualdades sociales, la pregunta sobre la comunicación de y sobre los jóvenes y adolescentes, nos lleva a observar los códigos, las modalidades y los discursos que enuncian y producen las diferencias al interior del espacio educativo.

La escuela funda hoy su habitabilidad a partir de la tonalidad que imprimen las presencias que la habitan. Los rituales tradicionales de la práctica educativa dan lugar a otros rituales más cercanos a los encuentros callejeros en la plaza pública o la esquina del barrio. Bulliciosos, caóticos, plagados de confusión para los docentes que no alcanzan a entender las transformaciones operadas en un espacio en el que los adolescentes se abren paso en los intersticios de las prácticas y las normas institucionales, poniendo límite a los límites, apropiándose compulsivamente de algunos espacios como los baños o el patio del fondo, o rompiendo las barreras del adentro y del afuera como si el aula fuera una continuación del barrio o de la canchita.

El panorama es complejo. Es difícil el encuentro entre los docentes que reactualizan con su accionar viejas prácticas beneficiantes a la vez que construyen a un otro pobre, violento, vago y tonto, y los jóvenes y adolescentes que, a pesar de hacerse cargo de la mirada del otro, insisten con su necesidad de reconocimiento mediante la expresión de sus propios códigos.

En relación a la violencia, por ejemplo, los y las jóvenes hablan y actúan con naturalidad, como si no conocieran otro modo para relacionarse. Cuentan historias familiares encadenadas por la violencia y las explican como aquellas situaciones que permanecen en su historia, porque “*vienen desde Adán y Eva*” o “*desde la época de las cavernas*” o “*desde siempre*”. Son historias en las que “*mi papá es así porque tuvo una infancia de maltrato y abandono*”, o “*porque lo ignoraron sus propios padres*”. También cuentan sus peleas callejeras y sus enredos con la policía, que generalmente terminan con uno o dos días de detención, y los desencuentros con los novios que se fueron con otra o con otro.

Explican la violencia como una constante en las historias familiares, como si ella fuera la regla que articula causas y efectos en un sintagma infinito y eterno. De este modo dicen y actúan exactamente lo que se espera de ellos. Dan forma a una trama discursiva perfecta, sin fisuras ni contradicciones, tranquilizando así la conciencia de los adultos y retroalimentando el discurso hegemónico que los construye como pobres, violentos y marginales.¹

En el aula, su comportamiento confirma de manera circular las interpretaciones adultas: algunos alumnos transitan frenéticamente

¹ Las palabras producen aquello que nombran, y en esa designación los nombres hacen a las cosas sociales. Nominar a un espacio social, designa y oculta, trasluce e invisibiliza, pero además inscribe aquello que nombra en los marcos de la ley. Los términos que usamos con toda naturalidad nada tienen de naturales, producen un sentido inscriptos en un orden social determinado. De este modo el nombre con el que se designa un lugar, establece un campo semiótico respecto de ese lugar; construye, como dice Magariños de Morentín, una semiosis indicial desde la cual se recorta un objeto y se lo pone a funcionar en una cadena de interpretantes inscriptos en una gama de prohibiciones y permisos. El nombre es aquello que inscribe a los sujetos y a los objetos en un lugar de la relación social y conforma una de las maneras a través de las cuales se construye en y por el lenguaje, la condición de “marginal”. El nombre “del Volcadero” o de la “Pasarela” otorgado a los alumnos de la Escuela Nuestra Señora de Guadalupe y Bazán y Bustos de la Ciudad de Paraná, señala su condición de pertenencia a un espacio significado como “margen”, como lo que “está afuera y no pertenece” al espacio del centro. El margen, espacio imaginario del afuera, se opone al espacio imaginario del adentro, porque transgrede la ley de la semejanza, construyendo la diferencia como resultado de una política de la significación.

de un lado a otro; otros se cambian de banco y se aglutinan formando un frente de protesta, mientras las chicas permanecen replegadas como espectadoras en un rincón sin hablar. Los profesores gritan para pedir el silencio y no logran su objetivo. El juego de poder continúa y aparece el cuaderno de firmas que da cuerpo al silencio de los alumnos sólo por un rato. La comunicación parece imposible en los márgenes interpretativos del orden, la armonía, los códigos compartidos.

A raíz de lo planteado nos preguntamos: ¿qué comunican estas relaciones? ¿Cuáles son los modos de la comunicación que se presentan como una novedad radical en el marco de la educación? ¿Cómo es la vinculación de la comunicación en la educación en estos contextos de “revoltura cultural” como plantea Huergo (2005) y de “subjetividades de la intemperie” como las define Duschatzky (2007)?

En las aulas, los y las adolescentes se mueven y actúan como lo hacen en las calles del barrio, circulando de un lado a otro, de un código al otro, participando de redes de sociabilidad diferenciadas, y se escabullen inaprensibles de los diagnósticos y de las instituciones. Resisten a las rotulaciones y los destinos prefijados, ajustándose mal a los sistemas clasificatorios, por lo que “son un poco delincuentes, un poco drogadictos, un poco vagabundos, un poco desocupados, un poco trabajadores precarios, un poco prostitutas, un poco repetidores o desertores escolares. Un poco de todo, y nada de todo ello. Ninguna de estas etiquetas les va bien” del todo (Volnovich, 1999:369).

El problema que enfrenta la mirada de la escuela sobre los adolescentes, es el de la “fijeza” en la construcción ideológica del otro a través del estereotipo. Tal como lo plantea Homi Bhabha desde la crítica cultural, la fijeza “es un modo paradójico de representación: connota rigidez y orden inmutable así como desorden, degeneración y repetición demoníaca. Del mismo modo, el estereotipo, que es su estrategia discursiva mayor, es una forma de conocimiento e identificación que vacila entre lo que siempre ‘está en su lugar’, ya conocido, y algo que debe ser repetido ansiosamente” más allá de su comprobación (Bhabha, 2002:91).

Es esta condición de ambivalencia del estereotipo –en nuestro caso del estereotipo de adolescente-alumno indisciplinado, vago, irrespetuoso y violento– la que conforma sus estrategias de individuación y marginalización y “produce ese efecto de verdad probabilística y predictibilidad que, para el estereotipo, siempre debe estar en exceso de lo que puede ser probado empíricamente o construido lógicamente” (Bhabha, 2002:91).

Lo que debe ser cuestionado entonces, es el modo de representación de la otredad. Construir al otro –el/la adolescente– como violento, irrecuperable, incontrolable sobre la base del origen de clase, o de su condición etarea, o de su sexo-género, es un modo totalizador en el que vemos los efectos de la verdad de aquello que clasificamos dentro de un orden. En la construcción del sujeto en el discurso y el ejercicio del poder a través del discurso, “el cuerpo está siempre simultáneamente (aunque conflictivamente) inscripto tanto en la economía del placer y el deseo como en la economía del discurso, la dominación y el poder” (Bhabha, 2002:92).

Sin embargo, en los márgenes de las representaciones del otro/a que promueve el estereotipo –en las que anidan los signos la discriminación y la diferencia– nos encontramos con una escuela de presencias múltiples, heterogéneas, no regladas, imposibles de ser asociadas a alguna comunidad de valores preexistentes. A ese espacio los y las adolescentes se acercan porque es un lugar de encuentro, de contactos, de negociación de la existencia y de aprendizaje de otros saberes. Allí acomodan su presencia a sus propias conveniencias: vender algo de “merca” o comprar y fumarse un porro en “el fondo”, engancharse a la chica que les gusta, acordar un encuentro en la placita para tomar una cerveza o jugar un partido de fútbol en la canchita del barrio. Inventan modos de hacer y de saber en ese espacio aún disciplinario y se las ingenian para enfrentar y poner en jaque los límites de la maquinaria censuradora. Cruzan todo el tiempo las fronteras de un devenir reglado que codifica y juzga su accionar como violación, trasgresión o burla de los límites.

Desde la comunicación/educación, tal vez tengamos que pensar que los comportamientos de escape o huida hacia los rincones o el griterío ensordecedor, sean las únicas maneras a través de las cuales

los y las adolescentes ensayan hoy diferentes hablas en su abrirse camino para legitimar el uso de la palabra ante un otro que los desautoriza,² considerándolos por momentos como cuasi enemigos de los que hay que defenderse o pobrecitos a los que hay que integrar y asistir. Tal vez debamos pensar que las hablas adolescentes son un puro decir que intenta hallar a un interlocutor ausente –el adulto–, “hablas sin guión” como diría Duschatzky, sin otra pretensión más que el ejercicio de su legítimo derecho al uso de la palabra.

En este contexto, la proximidad que marca el contacto de las relaciones entre adolescentes y que es una condición necesaria al vínculo comunicacional y comunitario, no está dada por un sustrato moral o por la aspiración a “llegar a ser” en el futuro, sino por la condición de ser parte de una red de múltiples conexiones posibles. Y la red necesita que los sujetos estén en la escuela más allá de las cualidades y formas reales que tomen sus vidas. En la red, las presencias no son necesariamente semejantes, no se afectan mutuamente de un modo necesario o se mantienen ligadas por sentidos compartidos. En la red –que parecería ser el modo de estar en la escuela hoy–, el ruido, el azar, el otro, lo distinto, son las fuentes de la novedad radical y no meros “defectos especiales”. Los adolescentes se integran a la red pero se acomodan a sus propias conveniencias, y el espacio que arman es un espacio que puede ocuparse de maneras disímiles, muchas veces no convergentes, y que no por ello deja de ser igualmente una comunidad de sentido que se resiste a ser encasillada en una única modalidad y en un único lenguaje.

² Los enunciados de los docentes en relación a los adolescentes son contradictorios. Navegan tanto por la descalificación como por la conmiseración caritativa. Construyen al mismo tiempo tanto víctimas como victimarios. Desde su perspectiva, distintas expresiones dan cuenta de su condición de vagos, revoltosos e irresponsables, pero también pobres y vulnerables: “a éstos si los dejás te pasan por encima..., no reconocen ningún límite, la falta de respeto es una constante...”; o en alusión a su sexualidad “... información tienen, yo no sé qué hacen con lo que se les dice”. En relación a la situación de desventaja social y económica señalan que “a estos chicos hay que sacarlos porque ellos pobrecitos no saben lo que es el centro, no pueden salir de su barrio, hay que llevarlos a otros lugares...”.

A modo de síntesis

Los desafíos que plantea hoy una práctica articuladora de la comunicación y la educación, tal vez tengan que ver con aquel convite que hace Schmucler cuando nos propone “pensar todo de nuevo”. Y pensar todo de nuevo no significa cambiar de rumbo, o dejar de hacer lo que estamos haciendo, sino tomar distancia respecto de lo que hacemos para pensar qué y cómo lo estamos haciendo. Y éste es un gesto no sólo de optimismo, sino también un acto de valentía.

Pensar todo de nuevo es situarnos, para parafrasear a María Cristina Mata, en un horizonte en el que no estemos permanentemente apostando al futuro como una manera de eludir nuestra existencia, sino plantados en el presente con la única certeza de que entre el hoy y el mañana no hay solución de continuidad, y de que nuestra responsabilidad con el futuro se realiza únicamente en la actualidad.

Pensar todo de nuevo significa abandonar ciertas ilusiones y tener ciertos resguardos teóricos: resguardos ante la complejidad del lenguaje y de la comunicación, ante las formas del discurso y de la narración, –y no quedarnos solamente con los eventuales contenidos– que son finalmente las que imponen sentido. Y entre las ilusiones a abandonar están precisamente las de la completud del sujeto y el reconocimiento de una única identidad; las de la representatividad de las teorías, los relatos y las narraciones en relación de un real que se supone previo y objetivo y las de la creencia en una relación unívoca entre unos objetivos y unas metodologías propuestas y unos resultados (Arfuch, 2004:4).

De modo que en el terreno de la comunicación/educación –como así también en el del arte y la cultura– una intervención no es válida en sí misma, no se legitima simplemente por la bondad de la causa, hace falta un serio sostén teórico y un compromiso autorreflexivo sobre el propio lugar, aquello que algunos llaman, no sin polémica, la “buena distancia”.

Referencias bibliográficas

Arfuch, L. (2004). *El trecho entre lo dicho y lo hecho: explorando las posibles relaciones entre discursos y prácticas en la investigación social*, Buenos Aires, Jornadas de Investigación Cualitativa Ides, Mimeo.

Bhabha, H. (2002). *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial.

Duschatzky, S. (2007). *Maestros Errantes, Experimentaciones sociales en la intemperie*, Buenos Aires, Paidós.

Huergo, J. Fernandez, M. (2002). “De la escolarización a la comunicación en la educación”, en *Cultura escolar, cultura mediática-Intersecciones 2000. Textos de la Cátedra de Comunicación y Educación 2006*. www.comeduc.blogspot.com

Huergo, J. (2005). *Hacia una genealogía de Comunicación/Educación*, Universidad Nacional de la Plata.

Mata, M. C. “Experiencias y prácticas de comunicación comunitaria en pos de la palabra y la visibilidad social”, en esta edición.

Schmucler, H. (1995). “El imperio de la información como imperio de la banalidad”, en *Comunicación y Educación como campos problemáticos desde una perspectiva epistemológica*. Cuaderno N° 4. Serie Ciclos y Conferencias. Fac. de Ciencias de la Educación. Uner.

Volnovich, J (1999). “Los que viven en el margen de la sociedad civil”, en Dabas, E. y Najmanovich, D. (1999). *Redes. El lenguaje de los vínculos*, Buenos Aires, Paidós.

COMUNICACIÓN/EDUCACIÓN EN EL MARCO DE LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA*

Gabriela Bergomás

En este momento estoy cumpliendo la función de Secretaria de Extensión Universitaria y Cultura en la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER), cuestión que me hace sentir mucho más que comprometida con estas temáticas, ya que la extensión universitaria es uno de esos ámbitos privilegiados en donde se concreta la relación entre la Universidad y su entorno, es el lugar donde uno puede escuchar las voces de los protagonistas.

En verdad, hay tantas cosas por hacer y lograr en función de reposicionar la extensión universitaria dentro del contexto político de la Universidad pública, que quisiera al menos señalar algunas y enmarcarlas especialmente en la relación comunicación/educación.

Particularmente, nunca entendí la comunicación desvinculada de la educación, ni a ésta desvinculada de la comunicación. Esta relación constituye un tema central, sobre todo para nosotros (quienes integramos la Facultad de Ciencias de la Educación de la UNER) que tenemos las carreras de comunicación y de educación conviviendo. Lamentablemente, esa convivencia es muy especial y se da

* Texto revisado en base a la conferencia ofrecida en el marco de las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 8 al 10 de noviembre de 2006; Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos). En ese momento, la autora estaba a cargo de la Secretaría de Extensión de la UNER.

en un espacio ciertamente complejo, que cuenta con la posibilidad de concretar esta reunión de las dos disciplinas, esta articulación que históricamente está dada pero que en realidad se desconoce y hace que cada propuesta de formación tenga y siga su propio camino, con muy pocas oportunidades de encontrarse.

Quizás al pensar en *la memoria* encontramos una de las razones de esta separación. Hemos dejado de lado muchos hechos y referencias que tienen que ver con una memoria signada por la omisión de la historia latinoamericana y, sobre todo, de una cultura que de manera fundamental sigue haciendo referencia a toda la gente que concretó su compromiso político y social en la década de los 70^a, a través de formas de comunicación y educación alternativas –que fueron realmente las que pusieron la base para movimientos revolucionarios que, tristemente, la Universidad y los ámbitos de formación hoy desconocen e incluso ignoran–. Sin lugar a dudas estas referencias nos sitúan, nos contextualizan y le darían una especial significación a nuestro presente. Aunque los escenarios cambiaron, tendríamos fundamentos para revisar y analizar experiencias y reflexiones, evitando que volvamos a empezar siempre de nuevo.

Esta recuperación sería central para re-trabajar temas que movilizarían y reubicarían las diversas experiencias de hace treinta años, que no pierden actualidad, ya sea que nos referenciamos en Freire, Kaplún, Gutiérrez o Díaz Bordenave. Este último decía en 1983: “... no faltan en América Latina informes de reuniones nacionales, internacionales, estudios teóricos, investigaciones empíricas, parciales o globales, sobre la situación de los sistemas de educación, por un lado, y los sistemas de comunicación por el otro. Lo que tal vez falta son estudios que enfoquen la relación entre ambos sistemas”. No ha cambiado mucho la situación...

La pregunta entonces sería: ¿hasta dónde delinear los límites entre la educación y la comunicación, y hasta dónde nos sirve poner límites cuando nos referimos a esa relación? Lo cierto es que los límites están muy difusos y que nos ponen frente a un campo en construcción que tiene aún raíces sin conocer.

De la formación en educación/comunicación

Lo que realmente es preocupante es el ámbito de la formación, en donde es necesario ver con claridad los términos en que se da la relación comunicación/educación. Y al comenzar el análisis van saliendo a la luz muchas problemáticas que son cercanas a todos los que venimos trabajando en este campo y nos muestran lo difícil que es ubicarse en algún rol y en un determinado contexto: no sabemos bien si somos comunicadores populares, educadores populares, educadores, etcétera, o si en todo caso no tiene mayor relevancia el rótulo que encarnemos.

En el año 1998 tuve el gusto de hacerle una entrevista a Mario Kaplún, en la que le pregunté acerca de la relación entre la comunicación y la educación. Entonces contestó: "... hay una analogía que yo utilizo para explicar la situación en que vivimos, comunicadores y educadores, por lo menos hasta los últimos años. Somos como los murciélagos, porque hay un cuento muy sugerente de un murciélago que estaba buscando a sus congéneres y fue a lo de los ratones, porque tenía cuerpo de ratón, pero los ratones le dijeron: no, tú vuelas, tú tienes alas, vete con los pájaros. Entonces fue cuando los pájaros le dijeron: tú tienes cuerpo de ratón, no eres de los nuestros tampoco" (Bergomás, 2000). En conclusión, esto es lo que nos pasaba a los comunicadores y a los educadores. Es decir, ¿dónde estábamos parados? Kaplún hacía referencia a la necesidad de consolidar espacios donde la identidad profesional se configure con mayor claridad a partir de la integración.

A lo largo de nuestra carrera profesional hemos tenido la posibilidad de conocer una amplia variedad de experiencias, ricas y productivas, que nos permiten asumir que estamos definiendo un espacio de construcción de conocimiento. Instancia que debemos resignificar, en tanto parecemos desvalorizados o auto-desvalorizados en lo que sería el contexto académico.

En todo esto se pone en juego la calidad y la pertinencia social de los conocimientos que la Universidad produce, que a su vez involucra el compromiso y la responsabilidad de la institución universitaria en su relación con los problemas y las demandas sociales.

Estos planteos también sirven para pensar el ámbito en el que estamos trabajando quienes venimos intentando construir formas de vinculación distintas. Es aquí donde se hacen visibles los diferentes niveles con los que nos encontramos en el abordaje de estas temáticas. Por ejemplo, yo no sé si seguiría hablando de *intervención*... Pondría en cuestión también los términos de *divulgación/popularización*, etcétera. Creo que hay muchos aspectos sobre los cuales aún nos hace falta sincerar la reflexión en vistas a construir conocimientos desde un lugar alternativo. Esto es construcción de conocimiento, y no tenemos por qué estar justificándolo en el marco del sistema institucionalizado de Ciencia y Técnica, así como lo plantea el juego académico mediante el encuadre de las políticas universitarias oficiales.

Entonces la pregunta sería, ¿desde dónde nos posicionamos para encontrar espacios de reflexión acerca de los marcos teóricos y los abordajes posibles? Esta reflexión debería darse sin lugar a dudas desde las relaciones que tenemos con los otros actores sociales, con nuestro entorno y por lo tanto en los ámbitos vinculados a la extensión en la Universidad.

Tengo la seguridad de que nos sobran elementos para re-armar metodológicamente propuestas centradas en la búsqueda de nuevas formas de comunicación de la Universidad con su entorno y aportar para construir alternativas que replanteen la formación de los educadores y de los comunicadores. También tenemos por delante el desafío de integrar estas temáticas en las propuestas curriculares, frente a sectores que no dejan de explicitar su resistencia. La capacidad de interpretar y producir mensajes con otros lenguajes, la lectura crítica de los mismos y la posibilidad de analizar las distintas formas de construcción, validación, circulación y acceso al conocimiento que hoy se plantean, deberían conformar el núcleo conceptual para una propuesta de formación profesional.

Hay una gran contradicción entre las propuestas curriculares y las prácticas profesionales: seguimos sin integrar los saberes enriquecidos a partir de la relación con los demás actores sociales. Esta contradicción no sólo se ve en las carreras que nos vinculan; también aparecen, por ejemplo, al expresar que estamos aplicando estrategias de sensibilización hacia el presupuesto participativo, en una

perspectiva de desarrollo local en distintos proyectos, al momento que estamos formando profesionales en ciencias económicas con propuestas curriculares que ignoran el concepto y su significación social.

En el ámbito educativo, la escuela a la que aludimos y contribuimos en términos de formación, no se parece a la que realmente tenemos y necesitamos resignificar. Es decir, hablamos de una cosa pero hacemos y concretamos otra, lo que nos coloca en una situación bastante “esquizoide”.

Vale preguntarse a la luz de todo esto, ¿qué profesionales estamos formando? ¿Cómo insertamos esta reflexión/acción de la relación con los otros en la Universidad?, ¿Cómo construir una Universidad entendida como un actor más en el proceso de construcción de conocimiento? Se trata de plantear la resignificación del lugar de la Universidad, en el cual ya no puede seguir siendo “el” lugar de la verdad y la única fuente de construcción y validación de conocimiento, cerrada a las necesidades y demandas sociales.

Además, en el marco de la sociedad del conocimiento que –queramos o no– estamos viviendo, es ineludible analizar el impacto de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación que contribuyen a que las formas de producción, circulación y validación del conocimiento, sean otras. “La explosión de la información requiere nuevas estrategias constructivas entre los que producen y aquellos que se apropian del conocimiento” (García Guadilla, 1996).

La Universidad tiene que empezar también a cuestionarse su lugar como institución productora de conocimiento: ¿Qué tipo de conocimiento y qué políticas de conocimiento estamos sustentando en nuestras prácticas?

Producir conocimientos reflexionando sobre las prácticas

Considero que el gran desafío que nos compromete consiste en repensar los lugares de construcción y validación del conocimiento,

en vistas a su apropiación social. Esto último resulta muy desafiante para la Universidad, porque hasta ahora sólo lo hizo en algunos casos en el marco de la extensión universitaria o del voluntarismo que fundamenta algunos proyectos a través de experiencias aisladas.

Entonces, debemos ubicar a la extensión también desde ese lugar como un ámbito de construcción de conocimiento. La extensión también implica investigación; hay intervenciones profesionales de un altísimo nivel de desarrollo y modelos que transmiten métodos de investigación a los profesionales (Samaja, 2003). En tanto la extensión no sea valorada como un espacio para la producción de conocimiento, la relación de la Universidad con la sociedad se verá obstaculizada y desvalorizada. Creo que todos tenemos que contribuir con la producción y la reflexión acerca de nuestras propias prácticas, ya que no tienen los ámbitos institucionales que se merecen, en tanto espacios donde se construye conocimiento a la par de cualquiera de las otras prácticas en el marco de las actividades académicas.

Por otra parte, el desafío también es pensar a la extensión como un eje fundamentalmente vinculado a la comunicación. Si no sabemos comunicarnos, si no sabemos encontrar las formas de dialogar con el contexto, si no encontramos las formas para poder vincularnos con los distintos sujetos sociales, no vamos a poder hablar de una relación productiva con el medio. Las formas tradicionales de producción académica no tienen su aspecto central en la comunicabilidad.

Y en este camino hacia la resignificación de la extensión, tenemos que tener en cuenta las formas y las condiciones de participación en los procesos de producción y validación del conocimiento que vinculan hoy a la Universidad con muchos otros actores. Por eso hablamos de una relación con actores heterogéneos, hablamos de gestión asociada, hablamos de abrirnos y de una multiplicidad de formas de comunicarnos. Tenemos que saber si somos realmente interlocutores válidos o si solamente vamos con nuestro libro o con nuestra “oferta” a pretender imponerla en el ámbito social. El conocimiento universitario en el siglo XX –según Buenaventura da Souza Santos– ha sido signado fundamentalmente por una perspectiva disciplinar y no estaba atravesado por la perspectiva social, si después la sociedad se

lo apropiaba, bienvenido sea, pero no era uno de sus objetivos. Pero en el contexto actual hay otras formas de construcción que también implican, según este autor, una nueva perspectiva del conocimiento, un conocimiento de tipo contextual con una mirada transdisciplinar, con una idea de mayor responsabilidad y compromiso social y, por lo tanto, con una mayor interactividad, no unilateralidad, como hasta ahora venimos acostumbrados.

En este contexto tenemos que profundizar el análisis de los nuevos perfiles profesionales que van surgiendo a partir del dinamismo de los procesos sociales, y en especial de la relación de éstos y los cambios que se producen en el conocimiento. La flexibilidad y la integración de los saberes tienden a ser las líneas orientadoras, y esto debe ir acompañado de un cambio institucional. Ahora bien, ¿qué Universidad se necesita?... ¿Cómo se caracterizan los nuevos estilos de gestión? ¿Cómo se conforman los equipos de trabajo? Es imposible pretender un cambio si no lo acompañamos con políticas que se encuadren en una nueva relación con el conocimiento.

Insisto, nos hace falta teoría, pero teoría distinta, marcos distintos... No nos neguemos a la posibilidad de repensar la teoría que enmarca nuestras prácticas: “decir que vamos a pensar en la teoría suena a desafío. En realidad lo que nos sobra es la práctica ciega a la que nos obliga el mundo circundante, cuyo único lema parece ser ‘no hablen, hagan’. El desafío entonces, es pensar qué quiere decir este hacer” (Schmucler, 1997).

Además debemos aprovechar las grietas que el sistema nos deja para trabajar, y que son muchas. Hay que aprovecharlas e intentar ver cómo insertamos nuestra reflexión y nuestra experiencia dentro de las instancias de formación.

Si bien éste es el desafío para la Universidad, sabemos que no es fácil realizarlo dentro de una estructura institucional que sigue manteniéndose dentro de parámetros ancestrales, por decirlo así, que hacen que las iniciativas de cambio cuesten demasiado. Por ello, creo que como protagonistas tenemos que buscar nuevas formas de gestión y de producción de conocimientos, en vistas a una real apropiación social de los mismos.

Tenemos que reapropiarnos de nuestra historia e, incluso, recuperar la pasión por este trabajo. Si en aquellos tiempos no tan lejanos muchos tuvieron la fuerza y el compromiso político-ético para pensar y construir alternativas, hoy tenemos que rescatar esa fuerza y esas experiencias en función de poder también pensar y construir nuevas propuestas de educación/comunicación, contando además con la potencialidad que nos brindan las tecnologías de la información y la comunicación para la participación y el acceso al conocimiento.

En este marco no podemos dejar de hacer referencia a Paulo Freire, recordándonos que una lectura radical del mundo es el principal insumo para realizar transformaciones que realmente sean un peligro para el *statu quo*... Y que más allá de los saberes técnicos y científicos está también la cuestión de prepararnos para conocer el mundo de otras maneras, a través de saberes no preestablecidos. “La negación de esto sería repetir el proceso hegemónico de las clases dominantes que siempre determinaron lo que pueden y deben saber las clases dominadas” (Freire, 1993).

Considero que seguimos siendo actores de reproducciones muy fuertes, de relaciones preestablecidas. Pero a la vez pienso que tenemos que potenciar estos espacios donde se problematizan las relaciones entre educación y comunicación, potenciar estos lugares privilegiados para poder desarrollar prácticas alternativas. Por ejemplo, el Centro de Producción en Comunicación y Educación de nuestra Facultad puede convertirse en uno de esos espacios.

Los invito a pensar que el desafío es de todos. Tenemos que repositionarnos para poder hacer visibles nuevas formas de construcción y apropiación social del conocimiento, por más lento que sea el proceso.

Referencias bibliográficas

AAVV (1987). “Comunicación y culturas populares en Latinoamérica”, Seminario del Consejo Latinoamericano de ciencias sociales. FELAFACS. México, Ediciones G. Gilli.

Bergomás, G. Entrevista. Mario Kaplún, en *Revista Constelaciones de la Comunicación*. Año 1, N° 1. Buenos Aires. Septiembre de 2000. Fundación Walter Benjamin.

Dagmar, Z. “Paulo Freire. La Pedagogía del oprimido treinta años después”, en *Revista Propuesta Educativa*, FLACSO. Año 5, N° 9. Octubre de 1993.

Díaz Bordenave, J.(1983). “Democratización de la Comunicación/ Democratización de la Educación”, en *Revista Chasqui* N° 8.

Fernández Moreno, J. M. “Paulo Freire: una propuesta de comunicación para la educación en América Latina”, en *Revista electrónica: Razón y Palabra*, N°13, Año 4. Enero-Marzo 1999.

García Guadilla, C. (1996). *Conocimiento y educación superior en América Latina*, Centros de Estudios del Desarrollo, Editorial Nueva Sociedad.

Gutiérrez, F. (1972). *La Pedagogía del Lenguaje total*, Buenos Aires, Humanitas.

Huergo, J. (1997). *Comunicación/Educación. Ámbitos, prácticas y perspectivas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de la Plata.

Kaplún, M. (1985). *El comunicador popular*, Quito, CIESPAL.

_____ (1992). *La educación por la comunicación. La práctica de la comunicación educativa*, Santiago de Chile, UNESCO.

Samaja, J. Conferencia “La nueva agenda de la Educación Superior sobre la ciencia y la técnica”, Jornadas de difusión de proyectos de Investigación y Extensión. 14 de noviembre de 2003. Paraná, Universidad Nacional de Entre Ríos. www.uner.edu.ar

Schmucler, H. (1997). *Memorias de la Comunicación*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

Souza Santos, B. (2005). *La Universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*, Buenos Aires, Miño y Davila- Laboratorio de Políticas Públicas.

Zemelman, H. (2000). *Uso crítico de la teoría. En torno a las funciones analíticas de la totalidad*, México, Universidad de las Naciones Unidas, Colegio de México.

COMUNICACIÓN COMUNITARIA EN LA CÁRCEL, PREGUNTAS A UN RECORRIDO

*Producción colectiva del equipo integrado por
Emanuel Aguirre, Julieta Aiassa, Trinidad Balbuena,
Paula Banos, Romina Krenz, Lucrecia Pérez Campos,
Irene Roquel, Leandro Romero y Gretel Schneider*

El Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación de la UNER desarrolla –desde el año 2006– una línea de intervención en contextos de encierro, a través del Proyecto de Extensión Universitaria “Comunicación Comunitaria en la cárcel”.¹

Los internos de la Unidad Penal N° 1 de Paraná fueron convocados a participar de un espacio de taller con el objetivo de promover nuevos modos de comunicación en un ámbito de reclusión donde las palabras –al igual que estos sujetos– están apesadas, silenciadas, reprimidas y controladas.

En “La Hora Libre”,² comunicadores y educadores, convencidos de que “*todos tenemos algo para decir*”, intentamos apostar al diálogo, a la

¹ El primer año de esta experiencia se denominó Comunicación Comunitaria: Palabras sueltas... en la cárcel; durante los años 2007 y 2008 se presentó bajo el nombre Comunicación Comunitaria: Palabras libres... en la cárcel. A partir del año 2009, la práctica pasó a llamarse Comunicación Comunitaria en la cárcel, siempre dentro de los mismos lineamientos y metodología. Ver www.chamuyofm.blogspot.com

² La Unidad Penal N°1 Juan José O'Connor de la ciudad de Paraná ocupa aproximadamente tres manzanas. La cárcel cuenta con 330 internos aproximadamente, cuyo promedio de edad ronda los 32 a 34 años. Asisten a la escuela alrededor de 70 reclusos, son 4 los que continúan sus estudios superiores (con un profesor de la UADER que los asiste). Cada uno de los talleres ocupacionales (cunicultura, huerta, panadería, herrería, carpintería) cuenta con un grupo permanente de 12 personas. En “Hora Libre” participan de 15 a 22 internos por encuentro.

integración, a la no-violencia, a la creatividad y al ejercicio del derecho a la expresión, trabajando con relatos, juegos, dinámicas teatrales y diversos saberes puestos al servicio de la expresión personal y colectiva.

Esta intervención se plantea desde la perspectiva de la educación popular y la comunicación comunitaria, abordajes que promueven la valorización de la escucha, la participación en las decisiones y el respeto hacia los derechos del otro. Así, el aprendizaje mutuo ha constituido el factor fundamental que define este espacio. El intercambio se produce desde el respeto por la diferencia, en una “comunidad” que en tanto tal, adquiere características muy particulares.

La vida en la cárcel está determinada por la convivencia forzada en un lugar poco habitable y donde quien tiene más, vive mejor y somete a los demás. La disciplina es franqueable pero riesgosa, el Servicio Penitenciario responde a la provocación con arbitrariedad y los rencores crecen. Los internos manejan un código propio que consiste en hablar de tal modo que escape a la comprensión de la autoridad y de actuar buscando distanciarse del orden imperante.

Los espacios educativos que existen en la Unidad Penal son aquellos que se diferencian de la rutina carcelaria. Contribuyen a proponer otros modos de habitar la prisión, escapando de esos códigos que encierran tanto como las murallas y a ocupar ese tiempo que suele transcurrir demasiado lento. En este marco, el Taller de Comunicación invita a “La Hora Libre”.

¿Cómo podemos pensar la comunicación en la cárcel? Ésta es un proceso en constante movimiento, donde el horizonte de significaciones se construye permanentemente. En esa construcción se evidencian las luchas por el poder y sus tensiones, negociaciones y conflictos. Este texto pretende aproximarse a algunas de las cuestiones que problematizan esta intervención de la Universidad en la cárcel de Paraná.

La cárcel desde la Universidad (y viceversa)

Podemos observar que la cárcel –como institución disciplinaria y correctiva– se encuentra en crisis producto de la aplicación

de políticas neoliberales, sobre todo durante la década de los 90. Según analiza Ignacio Lewkowicz: “No se trata de la decadencia de una institución, sino de la alteración estructural de su función. Tras los mismos muros, con el mismo edificio y el mismo personal, se ha dibujado de hecho una nueva institución: el depósito” (2004:127).

En esta línea y tomando lo planteado por este autor, acordamos que la cárcel ha adquirido en los últimos tiempos el carácter de “depósito de pobres”. La mutación que permite comprender la institución de la cárcel-depósito es el “agotamiento” del Estado nacional.

Las cárceles son entonces, dispositivos en los que se ubica a los individuos que son retirados de circulación porque no pueden habitar la ciudad y están fuera del mercado. Siguiendo este planteo, la tan mentada *resocialización* o *reinserción* se convierte en una quimera, dado que muy difícilmente estos sujetos vuelvan a *insertarse* al lugar al que nunca pertenecieron.

Michel Foucault (2002) sostiene que la cárcel –al igual que la fábrica y el manicomio–, es una institución desde la que se regula, castiga y corrige lo que no es productivo.

Sin embargo, la prisión ya no puede pensarse como aquella institución moderna concebida bajo el amparo de los Estados nacionales, dispositivo normalizador y disciplinar de los sujetos “anormales”, a los que es necesario readaptar y resocializar.

Como una herramienta de castigo, un mecanismo legítimo de control y de integración social, la cárcel es el lugar donde se arroja a los hombres para que ahora y en el futuro no sean una amenaza a la paz social. Esta institución constituye hoy el punto más agudo de la dinámica de expulsión que caracteriza a nuestra sociedad.

Si la institución penal es un depósito de pobres y ya no puede considerarse un lugar de rehabilitación sino de exclusión vitalicia... Si el preso no egresará como ciudadano –mucho menos como consumidor– sino como futuro reincidente... Si los delitos menores y excarcelables serán costosamente custodiados por elevadas fian-

zas... Si no hay rehabilitación sino mera segregación y aislamiento... Entonces, ¿por qué trabajar en las cárceles? ¿Qué hacer en ellas?

Zaffaroni, en el prólogo a García Yomha, sostiene desde una perspectiva realista y a su vez respetuosa de la dignidad humana, que la *resocialización* debe ser repensada “como un esfuerzo por ofrecer y facilitar –nunca imponer– un cambio en la autopercepción de la persona, de modo que eleve su nivel de invulnerabilidad al poder punitivo” (García Yomha, D. *et al.*, 2006:5). En este proceso tiene un importante rol la posibilidad de la formación (educación), la cultura y la expresión.

Las experiencias universitarias dentro de las cárceles –Devoto, Caseros, Ezeiza en Buenos Aires y Las Flores en Santa Fe, entre otras– han demostrado que se ha habilitado un “modo activo de habitar la prisión”. Lo mismo podemos corroborar en los múltiples proyectos comunicacionales que tienen lugar en las cárceles argentinas, con algunos de las cuales nuestro equipo de extensión ha intercambiado experiencias.³

Se trata entonces de construir otro tipo de subjetivación; de proporcionar una “humanidad” que el depósito tiende a cancelar; de construir un espacio de libertad en la prisión.

Éstas y otras posibilidades expresivas pueden servir –más que para imaginar un futuro– para habitar dignamente en un lugar donde la humanidad se torna imposible.

Resignificar –dar otro sentido–, entablar vínculos y defenderlos, perseguir un objetivo en común, mantener un código grupal lejano de las “jerarquías tumberas”, es lo que ha permitido –a un reducido número de internos– pensarse de una manera diferente: si bien “están presos, no son presos”.

³ Sirvan como ejemplos, la Revista Ciudad Interna de la cárcel de Coronda, el Taller de Fotografía Mirada Foto y la Revista 44 Ja Ja en Córdoba, el Centro de Prácticas de la Universidad de La Plata, Talleres Literarios en Gualeguay, Ezeiza, Las Flores, Coronda, Neuquén; como así también Talleres de Teatro en varias Unidades Penales, etc.

Así lo expresa uno de los internos:

Esto es como una visita para nosotros y en el taller nos despejamos la mente, pensamos en otra cosa y hablamos de las cosas de la calle que es muy importante para nosotros. Saber cosas de la calle, (...) y de los cambios que hubo últimamente, tantas cosas nuevas han pasado en estos cinco años que estoy acá.

El día de mañana uno nunca sabe, sale de acá y tiene la posibilidad de trabajar en una radio. Y uno ya sabe el comienzo como es, como es una entrevista, como se escribe algo aunque a mí escribir no me gusta.⁴

Lo cierto es que en La Hora Libre se propone y se intenta poner en práctica –aunque sea por unas horas– un modo distinto de vivir el encierro; se inventa una forma de ser libres, de “buscar la calle...”.⁵ En este encuentro, algunos recobran un poco de la libertad suspendida y otros nos acercamos a la vida en la cárcel.

En las proximidades del adentro

Concebir al ámbito carcelario como el espacio de lucha, negociaciones y tensiones, lugar donde se configura la identidad de determinados sujetos, nos lleva a pensar la comunicación en la cárcel desde una mirada reflexiva acerca de las condiciones concretas de existencia en las cuales los sujetos dan sentido a sus prácticas.

La vida carcelaria misma o las diversas formas de procurarse ciertos goces son –de alguna manera directa o indirectamente– conocidas en las calles y en los barrios marginales. La cuestión delictiva –su gente, su dinámica, su lenguaje, etc.– forma parte de las relaciones entre amigos del barrio, hermanos, primos, conocidos.

⁴ Palabras de Mario.

⁵ Esta expresión, para los internos de la U.P., hace referencia a cualquier tipo de salida hacia el exterior de la institución. Ésta puede ser real (física) o bien relacionada a despejar la mente y lograr abstraerse por unos instantes del encierro.

Es decir, los prisioneros se sitúan en un horizonte cultural que va más allá de los muros: incluye la reproducción de la jerga delictiva, el consumo de drogas, la certeza de la reincidencia, etcétera.

Partimos de la idea de intervención como la posibilidad de “venir entre”. Venir, estar, llegar a una realidad y sumergirse en ella. Nos interesó especialmente focalizar los modos en que esta comunidad se organiza y comunica.

En este sentido, encontramos que la comunidad carcelaria se estructura en una forma jerárquica muy marcada.

La mayoría de los internos pronto adquiere la capacidad de negociación en torno de sus derechos en el convivir diario. Esta negociación tiene que ver con los roles que se establecen en torno a la posición que ocupen en la “*jerarquía tumbera*”.

El escalafón ubica en primer lugar a los ladrones, luego a los homicidas y en tercer lugar a los “violadores”, incluyendo en esta categoría a los culpables de abusos de menores y a los “*matamujer*”. Es así que en la escala de poder que se constituye intramuros, el ladrón es rey, sobre todo quien posee una trayectoria de “*raids*” (giras de robo nocturno) y/o se le adjudique una reconocida participación en motines.

Como en el mundo mercantilizado, en el penal quien más bienes materiales posee, más poder ejerce, dados los beneficios que esto supone y la mejor calidad de vida que se logra. Por lo tanto, la actividad ilegal ha acostumbrado a la mayoría a ciertos fetiches instalados en nuestro país en los años noventa: la tecnología de punta, las zapatillas y la ropa de marca, entre otros.

Estas jerarquías ponen en funcionamiento la vida del penal, los intercambios, las protecciones, etc. Nuestra tarea en esta intervención ha apuntado a desnaturalizar esta trama, hacerla visible y tratar de que no se reproduzca en el trabajo en el equipo. En La Hora Libre, “*todos tenemos algo para decir*”, más allá de las razones por las que nos hallamos en ese mundo gris, más allá de las carátulas, de los prontuarios, de las vueltas de la vida...

En cada encuentro de comunicación nos olvidamos de nuestra situación y somos personas que de a poco vamos cambiando nuestra forma de pensar y actuar con el uso de la palabra.⁶

El grupo que se formó es muy bueno, ya que en él encontré la mayoría de los puntos planteados el primer día; a pesar de que estamos en una cárcel y no es fácil llevar adelante, sobre todo el compañerismo que hay en este equipo. Lo de la radio abierta me pareció fantástico ya que nunca antes había estado con un micrófono hablando frente al público; pensé que iba a salir cualquier cosa, pero salió demasiado bien, a pesar de que fue la primera vez que lo hicimos, y siendo que la mayoría de nosotros no teníamos ni noción de conducir una radio.⁷

Comunicadores y educadores ¿hacia dónde?

Plantear un espacio de comunicación significa pensar en una propuesta educativa; un proyecto que contribuye a un intercambio, a una transformación mutua.

Teniendo en cuenta este colectivo –jóvenes semianalfabetos en su mayoría y alejados de toda institución educativa formal– apelamos a los lineamientos de la educación popular. En este sentido, la comunicación comunitaria se ha alimentado de los principales conceptos de Paulo Freire, quien aportó una visión transformadora para pensar la comunicación y la educación como diálogo y mutuos aprendizajes.

Freire reconoció en el diálogo la posibilidad de promover las transformaciones sociales trabajando con sujetos oprimidos, principales víctimas de la injusticia y la violencia social.

Entendemos que esta concepción nos permite por un lado, acercarnos reflexivamente a la función actual de las cárceles y su dis-

⁶ Palabras de Guido.

⁷ Palabras de Misael.

positivo disciplinario, su población y el rol de la educación en este contexto y por el otro, intercambiar y distribuir capital cultural, socializando distintos saberes –para vivir, para pensar, para crear tanto en el encierro como en libertad.

Entablar y facilitar una relación dialógica entre estudiantes y graduados de una Universidad y sujetos privados de su libertad, condenados por hechos delictivos, presenta desafíos interesantes. ¿Qué tenemos en común? ¿En qué zona de experiencia nos podemos encontrar para producir juntos? ¿Qué objetivo podemos compartir?

En esta búsqueda de un objetivo y significados comunes hemos apelado a varias herramientas de expresión –fundamentalmente a las actividades lúdicas– a fin de establecer un clima de comunicación, ya que “la mirada hacia los aspectos lúdicos y expresivos muestra también otra posibilidad de aproximación a la comunidad” (Carballeda A., 2002:122).

Como “niños”, los adultos podemos descubrir nuevas dimensiones jugando. “Jugar implica ‘fundar un orden’, desarrollar actitudes y conductas diferentes de las habituales que posibilitan otra forma de vinculación con el mundo, la vida social y la trama de significaciones de ésta. Cada acercamiento lúdico a la realidad genera interrogantes, origina nuevas inquietudes e impulsa formas de relación o construcción de lazos sociales. Un acercamiento lúdico a la vida cotidiana presupone, entonces, tanto la generación de interrogantes, como, especialmente, la creación de nuevas formas de relación con los otros” (Carballeda A., 2002:130).

Las dinámicas expresivo-teatrales y los juegos posibilitan “liberar” aquello que tenemos en común y lo que nos hace diferentes en un clima de risas y distensión donde “hacer el ridículo” es la regla y donde nos despojamos de la incomodidad. Asimismo la animación sociocultural y las técnicas de la expresión plástica facilitan el diálogo y la escritura.

Los juegos, junto a los dibujos y los collages nos permitieron conocer no sólo la manera en que los presos viven cotidianamente –los “*ranchos*”, las visitas, las formas de matar el tiempo, los consu-

mos, los castigos–, sino también la conformación de sus familias, su origen barrial, sus intereses, sus sueños y sus proyecciones más allá de los años de encierro.

En este marco siempre intentamos fortalecer los vínculos grupales, y promover las expresiones colectivas, poniendo en juego los valores que cada uno tiene, más allá de las “cargas pesadas” y estigmatizantes con las que convivimos. Al construir una relación grupal basada en la confianza y en la que *“lo que es del grupo queda en el grupo”*, procuramos escuchar lo que se dice y también lo que circula por lo bajo.

María Cristina Mata observa que la tarea de la comunicación comunitaria tiene que ver con “saber escuchar los murmullos y luego lograr que se transformen en voces: esa fuerza que se cobra cuando uno puede decir quién es. Ese murmullo puede convertirse en solidaridad. Ese murmullo aglutina, permite aprendizajes”.⁸

Por otra parte tratamos –en lo posible– de poner en otro lugar los momentos de las “confesiones personales” donde los internos desahogan sus pesares o intentan justificar sus acciones pasadas. Estas “confidencias”, sin embargo, se transforman en una oportunidad de aproximarnos a comprender sus historias y condiciones de vida.

De esto se trata “La Hora Libre”, un espacio para encontrar/nos en la diversidad, para repensar/nos como sujetos creativos y para establecer nuevos vínculos comunicacionales. Un camino que siempre está empezando.

Palabras sueltas que hacen libres

¿Cómo y qué pensamos de inter-venir desde la comunicación comunitaria y la educación popular en un espacio de encierro donde los dispositivos de intervención instalados históricamente se orientan desde la coerción y la censura?

⁸ Mata, María Cristina. “Experiencias y prácticas de comunicación comunitaria en pos de la palabra y la visibilidad social”, en esta edición.

Es en este marco de prácticas de violencia institucional, discriminatorias y estigmatizantes donde nos preguntamos por los posibles indicios de ruptura o superación de esas dinámicas y tramas preexistentes. En este sentido intentamos indagar y observar –para luego proponer y potenciar– aquellos “gestos” no violentos que permiten ciertas transformaciones subjetivas y grupales; acaso ciertos corrimientos *en* palabras y lenguajes, de la propia imagen internalizada y limitante de “preso” que orienta a su vez las formas de ser, estar y hacer de los sujetos en reclusión.

Desde esta perspectiva, creamos vínculos cuya tendencia consiste en romper con una subjetividad reducida a la mera condición de reclusos, permitiendo así a los sujetos tomar distancia y/o diferenciarse de los estigmas que portan y soportan, al momento que imaginan, creen, generan expectativas, consideran opciones y, hasta en algún momento –por mínimo y fugaz que sea–, se proyectan.

*El taller de comunicación (...) me pareció “genial” porque surgió de un grupo, de jóvenes que tuvieron voluntad de hacerle saber a la gente que desde acá también podemos comunicarnos aunque estemos privados de libertad. Con La Hora Libre, aprendí a expresar el chamuyo para bien porque me di cuenta que se puede lograr mucho más... Nos podemos dar cuenta que una parte de la sociedad todavía cree en nosotros.*⁹

“Todos tenemos algo para decir” ha sido, desde el principio, el enunciado que nos habilitó a que el discurso de todos comience a circular. Esto último, consiste en un trabajo nunca acabado ni exento de conflictos que debe generar sus propias condiciones de posibilidad.

Crear y confiar en los otros es un aspecto sustancial para la construcción de esas condiciones en función de una constitución colectiva del vínculo en tanto que actividades significativas y espacios alternativos. También lo es la búsqueda constante, crítica y reflexiva, del sentido de nuestra práctica como edu-comunicadores. Práctica que se despliega en constante confrontación con los propios estigmas,

⁹ Alberto.

identificaciones, autovaloraciones y concepciones acerca de lo que somos y hacemos.

Pensamos aún que el sentido político de nuestras “acciones” pasa por generar esas posibilidades de enunciación y expresión. Y que éstas, en gran parte, nacen de la predisposición al diálogo y a las escuchas donde se tejen imágenes, enunciados y vínculos que, como ya afirmamos, van más allá del contexto de encierro y de las representaciones dominantes encarnadas en los hábitos cotidianos.

Por otra parte, sumado a lo que podamos producir en La Hora Libre –como proceso de construcción progresivo de otras formas de comunicarnos al interior del grupo y del penal–, hallamos uno de los objetivos del proyecto: construir otra “imagen pública del preso”. En este sentido, las radios abiertas, la publicación de la fotonovela construida con personajes de plastilina y el mural comunitario, han apuntado a cumplir ese objetivo a través de la visibilización del protagonismo ejercido por los sujetos participantes del taller en actividades expresivas y creativas alternativas.

Ahora bien, una de las tantas preguntas que nos hacemos es cómo lograr aportar a un proceso de orden político más amplio que esté a favor del desarrollo de los sujetos en comunicación, y en contra de la discursividad “enmohecida”, es decir, de las rígidas prácticas carcelarias que hacen superfluo al sujeto-humano y que van en detrimento de las “autonomías” individuales y colectivas, teniendo en cuenta las condiciones socio-históricas-institucionales heredadas ya aludidas.

El trabajo de estos años en un contexto de encierro, nos ha permitido ampliar el horizonte de nuestra práctica en comunicación comunitaria. Las experiencias artísticas –literarias, artesanales, teatrales– y la posibilidad de iniciar carreras universitarias en el ámbito de las cárceles de nuestro país conforman un mapa de prácticas que nos muestran caminos iniciados y ya consolidados que, si se “conectasen” entre sí, quizá contribuyan a dilucidar en parte la pregunta anteriormente esbozada. Nuestra intervención en la cárcel de Paraná está intentando construir un camino en esa dirección, una práctica que pueda consolidarse reflexionando desde la perspectiva –también siempre en construcción– de la comunicación comunitaria.

Referencias bibliográficas

Carballeda, A. (2002). *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*, Editorial Paidós Tramas Sociales. Buenos Aires, abril de 2002.

Foucault, M. (2002). *Vigilar y Castigar y Los Anormales*, Siglo Veintiuno Editores, Argentina.

Lewkowicz, I. (2008). *Pensar sin Estado*, Ed. Paidós, Buenos Aires.

García Yomha, D. y Camaño, C. (2006). *Manual Práctico para defenderse de la cárcel*, Instituto de Estudios Comparados en Cs. penales y sociales, Buenos Aires.

PENSANDO EN COMÚN I*
COMUNICACIÓN EN CONTEXTOS DE RECLUSIÓN
“PONER EL CUERPO”: REFLEXIONES
SOBRE LA INTERVENCIÓN

- ¿Qué espacios de trabajo interno se dan grupalmente para poder asimilar y recanalizar la violencia institucional que circula en estos espacios y que son muy impactantes para el cuerpo y la mente? Personalmente, creo que uno se cansa, porque como ser humano tenemos límites.

- Yo, en cambio, considero que nunca te cansás. Se trata de un proceso donde van surgiendo cosas nuevas a partir de, en nuestro caso, los antecedentes que nos transmiten formas de trabajar. No contamos con un sustento económico para financiar nuestro proyecto. Ni el Estado ni ninguna otra institución nos da dinero. Pero independientemente de ello, el trabajo compromete, y es cuerpo y alma. Y más allá de que dependamos de un área de la Facultad, nuestro trabajo se define por la fuerza que ponemos en él. Intentamos crecer y utilizar el material con el que contamos y también apostamos a la formación de personas para incorporarlas al proceso. Valoramos mucho el interés que se pone en el trabajo. No priorizamos un sueldo.

- Nosotros podemos hablar de dos tipos de experiencias. Una en la cárcel de mujeres con un trabajo de más de dos años, de frecuencia semanal sin interrupciones. Comparto en parte lo que dice la compañera pero considero que necesitamos por momentos realimentarnos. Es decir, hay tiempos en que se producen crisis, momentos que son desagradables porque se traducen en un estado de impotencia,

* Espacio de intercambio correspondiente a la Mesa de Trabajo “Comunicación en espacios de Reclusión”, de las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 8 al 10 de noviembre de 2006; Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos). La falta de identificación de las intervenciones obedece a las limitaciones propias del registro de audio.

en el que pensamos que estamos frente a una muralla que no podemos saltar porque ya no nos quedan más energías. De todas formas ponemos la búsqueda, la palabra, el oído, la intención... Pero al sentir que las energías se nos van agotando tuvimos que ir encontrando una solución para nutrirnos y no dejar caer los esfuerzos y lo ya concretado. Esta solución es compartir, para luego proseguir. Compartir con personas con las cuales se puede entablar cierta simpatía. Esas personas bien pueden ser los internos. Éstos devuelven de diferentes maneras lo que se pone en juego en las experiencias. Pensamos que el trabajo es agotador y por ello se vuelve necesario hablar y trabajar con gente que pueda comprenderlo. En general, una de las batallas más arduas es contra el “vos también, dónde te vas a meter...”. Es decir, contra todo lo que implica ese enunciado: sus significados, sus contextos referenciales... “¿Por qué no te quedás con tus hijos, por qué no hacés jardín o por qué no dormís la siesta?”, como si todo eso fuera más productivo que ir a una unidad penitenciaria a tratar de crear desde la literatura.

- En nuestro caso, todos tratamos de escribir después de haber ido al Penal, para conformar un registro. Esto sería una parte importante que hace a la contención del grupo. Leer y charlar nuestros registros, compartirlos, deviene fundamental para recobrar fuerzas a la hora de volver al Penal. Es decir, el mantener un intercambio fluido entre nosotros, sobre cómo vivimos y cómo nos afectan las experiencias, es absolutamente necesario para que se nos vayan un poco las sombras de la cara.

- Nosotros también le damos importancia a la conversación. Pero tuvimos que incorporar a la psicóloga del penal porque teníamos casos que no alcanzábamos a comprender. Había dos internos que jamás entregaron nada y el problema era que había que otorgar certificados avalados institucionalmente. Lo que nos ayudó en materia de contención al interior del proceso fue el mutuo apoyo entre nosotros y el aporte de la psicóloga, que nos dijo que les otorgásemos los certificados a los dos internos, argumentando que son dos personas sistemáticamente castigadas por mala conducta y que desde que se estaba dictando el taller nunca más fueron castigados. De alguna manera, también el taller servía de contención si

pensamos en otras funciones institucionales, más concretamente, de la institución carcelaria.

- Me parece importante rescatar un poco la cuestión de la vulnerabilidad de los diferentes sectores. Para mí esto es un trabajo apasionante. A mí me llenan de energía las demás personas, la energía está en la gente. Por ahí el trabajo implica amarguras y oscuridad; pero también hay un involucramiento con el trabajo en la cárcel, lo que sería un elemento de satisfacción no sólo laboral sino a nivel personal. Yo tengo amigos, afectos en la cárcel. Y además me parece interesante que, por ejemplo, mis hijos chiquitos conozcan esa realidad desde ahora.

- Me parece fundamental la cuestión de poner el cuerpo. Nosotros somos un grupo de trabajo conformado por seis personas. Sin embargo, hay muchísimos proyectos que se van dando al mismo tiempo a lo largo de un año. Es menester señalar que en estos procesos se transforma en algo importantísimo la contención –diría obligatoria– entre los grupos. Se trata de una contención intergrupala que activa a todo el mundo y que hace que las personas que participan en un proyecto determinado se interioricen en los proyectos de los demás, precisamente mediante esa contención. En las reuniones enseguida se visualizan ese tipo de cuestiones. Ponerle el cuerpo, estar, ayuda a visualizar los malestares anímicos y así generar una contención. La necesidad de la misma se expresa en la búsqueda y elaboración de estrategias grupales de contención. Ponerle el cuerpo a las situaciones adversas, si bien desgasta, también es una estrategia grupal que genera compromisos y realimenta energías. Poner el cuerpo se da cuando al trabajar logras una conexión con lo que estás haciendo.

- Creo que podemos hablar de “poner el cuerpo” en otro sentido. Poner el cuerpo en relación a un afecto, a un cariño, a una contención, a un abrazo... Somos gente que valoramos el estar cerca del otro. Por eso, cuando vamos a coordinar talleres generamos distintos vínculos que tienen que ver con el poner el cuerpo desde lo que sentimos y no meramente desde lo que rige una obligación a realizar una determinada tarea que obliga al cuerpo a estar de un modo más definido o reglamentado.

- Yo quería decir con relación al cuerpo dos cosas. Por un lado, sabemos que los cuerpos, en circunstancias como las que venimos describiendo y comentando, se alimentan de adrenalina. La actividad nos genera esta cuestión de que todo el tiempo que le dedicamos resulta ser poco. Además, las personas que trabajamos en esto nos alimentamos de otros cuerpos, a través del lenguaje que éstos expresan. Dentro de la cárcel, por ejemplo, antes de poner a consideración del público más masivo el documental sonoro, en una primera instancia ofrecimos el mismo a la escucha de los propios internos, para ver qué opinaban ellos al respecto, si se sentían reflejados, o si había algo que ellos preferían que sacásemos, etcétera. De esta manera, nos alimentamos de eso, así como también de ponerle el cuerpo a la sensación de no dar más. Resulta más fuerte por su importancia el ímpetu de querer registrar la experiencia, para que quede de alguna manera; en el sentido de que pueda transformarse en un antecedente y en una política comunicacional dentro de una oficina de prensa. Y para que a su vez vaya más allá del voluntarismo.

- Me quedé pensando en lo que implica poner el cuerpo. Por un lado, en el Área de Comunicación Comunitaria trabajamos en grupo. Esto significa que al trabajar en grupos de contención y de complementación, lo que nos proponemos se hace viable, factible de concretarse y de prolongarse en algún proceso. De lo contrario, es decir, sin la contención y la complementariedad grupal, se haría mucho más difícil, sino imposible, trabajar. Por otro lado, siempre estamos intentando dar o elaborar algún tipo de comprensión intelectual a lo que nos está pasando, al proceso en el que todos estamos implicados. También es una cuestión fundamental el cómo, de qué maneras sostenemos el proceso en términos emocionales, psicológicos e intelectuales. Y desde luego, de qué forma sostenemos nuestro trabajo y nuestros ánimos desde un punto de vista más técnico, es decir, desde lo profesional. Tratamos permanentemente de sacar a la luz el caso que estamos viviendo, problematizar la teoría.

Esto último consiste en la realización de una lectura mensual de un texto de referencia. Se trata de la construcción de un espacio en el

cual discutimos ese texto, desde el caso o la experiencia que cada uno está llevando a cabo dentro del marco de un proyecto determinado. La idea es que esta iniciativa que ahora ha decaído un poco, se sostenga en el tiempo. Pienso que intentar comprender, teorizar o pensar la propia visión de/en la práctica, es también un modo de ayudar-nos a poner el cuerpo. Es decir, tampoco podemos poner el cuerpo en un sinsentido. Por el contrario, el cuerpo se pone en un marco de comprensión, de sentidos que hacen a la respuesta del por qué lo ponemos, hasta dónde podemos ponerlo, etcétera.

Respecto a lo emocional que nos sucede, este año estamos, desde el ACC, pensando seriamente en plantearnos para el año próximo la existencia de un espacio con un tercero, donde nosotros podamos trabajar desde ese punto de vista emocional. O sea, trabajar todo aquello que traemos o cargamos de los talleres y demás experiencias o situaciones. Estas cuestiones que estamos pensando, no están contenidas solamente en una dimensión del pensamiento, en el sentido de que están en nuestras cabezas sin relación alguna con la práctica. Se trata de un modo de producir teoría que no es sólo de la “cabeza” por decirlo así. En otras palabras, producir teoría en este marco sería un modo de comprensión de la práctica.

- Me parece que los grupos que estamos acá, estamos viviendo en un clima muy emocionante. Siento que ponemos mucho el cuerpo y que por ahí la distancia que tomamos con las personas con las que trabajamos es más bien una “distancia cercana”. La violencia, el encierro, las cárceles, los abusos, la locura, entre otros temas, son todos muy difíciles, muy contaminantes. Me parece que amamos lo que hacemos y que queremos seguir haciéndolo, pero la mochila y la contractura al trabajar con esas problemáticas también son reales. Muchas veces hacemos esto por una cuestión que obedece a una militancia más que a una profesión, en el sentido de que cobramos poco o nada por lo que hacemos. Esa mochila se nos va instalando en el cuerpo, y se nos instala en forma de síntoma. Es una mochila que se expresa en el cuerpo. Entonces, si no nos damos o construimos espacios sistemáticos de autocontención, de aprendizaje colectivo y de trabajo en equipo, el trabajo se hace más difícil y las contracturas se expresan en los cuerpos. Por lo tanto, las personas que trabajamos

en comunicación comunitaria, en educación popular, o como denominemos a nuestras prácticas, necesitamos de ese espacio al menos de vez en cuando, en el cual podamos descargar todas las tensiones que acumulamos. Más aún, si tenemos en cuenta que tratamos con temas y problemáticas que son contaminantes, y que toda contaminación tiene una relación directa con nuestra salud, por ende, con nuestro bienestar físico y mental.

- Un modo propicio de aportar, acaso el único, es ejercer con la práctica aquello que hay que ejercer con cualquier tipo de práctica que quiera construir conocimiento, lo que a su vez implica un enorme y radical distanciamiento. Si no podemos distanciarnos de la práctica, difícilmente podremos aprender. Para aprender es necesario ver la práctica como práctica del otro, es menester abstraer y distanciarnos aunque sea por un momento, para así retornar y enterrar los pies en las realidades que nos involucran y comprometen. De lo contrario, difícilmente podremos generalizar y ofrecer construcciones para otros. La pregunta fundamental sería: ¿cómo pongo algo entre medio de la práctica y de mí? No quiero creer que la práctica de la comunicación comunitaria en lugares de encierro sea mucho más riesgosa y terrible que otras prácticas profesionales. No comparto ese tipo de caracterización.

III. POR EL CAMINO DE LAS MEMORIAS...

LAS REDES MÁGICAS DE LA MEMORIA: MEMORIA Y TRADICIÓN ORAL EN LAS LEYENDAS POPULARES*

Néstor Ganduglia

El muro torcido

Hace un par de años realizábamos una jornada sobre el tema “La tradición oral en una educación para la diversidad cultural”, con docentes de la ciudad de Paysandú. Allí tuve la fortuna de aprender un montón de historias mágicas nacidas desde el misterio del río y del heroísmo de la resistencia, pero ninguna me dejó huella tan marcada como la que me contó un señor mientras caminábamos por la ciudad luego de finalizada la jornada. Él me señaló una esquina donde hay ahora un edificio de ladrillos rojos y reciente construcción. Allí, según me decía, hubo hasta no hace mucho tiempo atrás una casa viejísima pero hermosa. Sin embargo, estaba tan descuidada que el primero que puso la plata suficiente convenció enseguida al municipio de que había que tirarla abajo para construir allí algo nuevo. Cuando los obreros empezaron a excavar para hacer los cimientos del nuevo edificio, se encontraron con un hueco en la tierra y de allí empezaron a sacar huesos humanos y armas antiguas. Llamaron inmediatamente al capataz, quien empezó a sacar cuentas. Pensó: *“si yo aviso esto, primero viene la policía, después la*

* Conferencia ofrecida en el marco de las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 8 al 10 de noviembre de 2006; Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos) y revisada para esta publicación.

técnica, después vienen los antropólogos, después vienen los historiadores, después los periodistas, y yo tengo un contrato que cumplir". Entonces, su orden fue: *"¡Metan todo eso pa'dentro, déjense de joder, y hagan el muro!"*. "¿Cómo? ¿Está seguro?", preguntaron los obreros. "Sí", contestó él. Los obreros, entonces, cuidadosos de su trabajo, metieron todo aquel hueserío adentro y efectivamente allí comenzaron a levantar los muros que serían el cimiento del nuevo edificio. Resulta que cuando el muro empezó a crecer, más o menos un metro, metro y medio, lo midieron con la medición que requieren estos casos, y descubrieron que estaba torcido. Vino el capataz, con bronca, y les dijo *"tiren todo eso y levanten un muro como la gente"*. Así lo hicieron, picaron todo, y empezaron a levantar el muro de nuevo. Un metro, metro y medio, más o menos... torcido otra vez. El capataz reaccionó: *"me están tomando el pelo"*. Se hartó, los echó a todos, y trajo una cuadrilla nueva. Y les dijo *"bueno, la tarea de ustedes, hermanos, es tirar todo esto y hacer un muro como la gente"*. Tiraron todo abajo, levantaron el muro, metro, metro y medio... torcido. En la cuarta vez recién lograron que el muro fuera lo suficientemente derecho como para funcionar como cimiento del nuevo edificio. Pero para ese entonces, en todo Paysandú y alrededores estaban enterados de que ahí abajo había algo.

Me parece fascinante la alegoría que esta historia entraña en torno a las funciones de la memoria. Nuestra cabeza occidental, en tanto mentalidad conquistadora, suele imaginar que la memoria es una especie de sujeción al pasado, lo cual es un grave error. La historia del muro de Paysandú es como si nos estuviera diciendo lo siguiente: sobre un cimiento tan frágil no puede levantarse un edificio sólido. Esto es lo que nos está diciendo el relato: sin memoria, no hay proyecto. Toda memoria social es el cimiento de un proyecto de futuro. Esto transgrede claramente la noción de tiempo que tenemos naturalizada en esta racionalidad dominante, que es la nuestra.

¿Qué es, entonces, la memoria? Lo primero que tenemos que hacer, a mi modo de ver, es repensar el propio concepto y el sentido que tiene para, desde allí, empezar a dibujar cuál es el verdadero territorio del trabajo en el que estamos, y cuáles son los auténticos desafíos a los que nos estamos enfrentando.

Las memorias colectivas

Podríamos señalar un conjunto de soportes de las memorias colectivas, de las memorias populares y comunitarias, que responden a un sentido de la memoria selectiva: una cuidadosa selección de las experiencias y aprendizajes de la comunidad que sirven para cimentar un determinado proyecto de futuro. Nos encontraríamos con que el trabajo con la memoria multiplica no sólo la extensión de su territorio (en relación con el que usualmente le asignamos, de mera “mirada al pasado”), sino también el sentido de su desarrollo en términos de contribución a los procesos de cambio social.

Yo vengo de Uruguay, un país que todavía está luchando por empezar a comprender cuál debe ser el verdadero lugar de las memorias en los procesos históricos. Lo estamos haciendo, me parece, de la forma más dolorosa de todas. “Memoria” todavía significa en nuestros países, y creo que con buen criterio, un concepto muy fuertemente asociado a las atrocidades relacionadas con la violación de los Derechos Humanos durante las últimas dictaduras militares. Aquellos hechos representaron una fractura tan profunda, que nos obligó a repensar cuál es el lugar de la memoria hoy y, sobre todo, cuál debe ser el lugar reservado para la memoria en nuestras sociedades contemporáneas. Por supuesto que nuestros problemas con la memoria son mucho más viejos de lo que a veces sospechamos. Han sido muchas las fracturas que tendremos que intentar recomponer ahora a través del trabajo con las memorias. Pero no deja de ser valioso empezar por estas últimas.

La memoria puede, entonces, cobrar mil formas. Las tradiciones orales son buen ejemplo de los dispositivos sociales que los pueblos implementan para atesorar su memoria más cara. En este sentido, las memorias populares jamás guardan cualquier cosa al azar, nunca son arbitrarias, porque toda memoria es necesariamente el producto de un diálogo de significaciones. Si un contenido no posee características de trascendencia que movilicen el diálogo en torno suyo, simplemente se extingue en el olvido.

Podríamos pensar en términos de historia oral; un concepto relativamente nuevo, al menos en su aplicación sistemática, que trans-

grede en sí mismo lo que todavía siguen siendo parámetros dominantes de la historia como ciencia. Asimismo, se trata de un concepto que está muy fuertemente asociado al campo social, a las historias de vida. Seguramente porque la existencia de una comunidad se constituye a partir de los aportes de las múltiples historias de vida; porque para explicar cómo es o era la vida en una comunidad, nada mejor que aludir a esas raíces que permiten dilucidar el entramado socio-histórico en el que se desarrolló. En toda historia de vida hay indicios de una historia de la comunidad, así como en toda historia de la comunidad conviven múltiples historias de vida.

De alguna manera, hay como una suerte de “nostalgia” en esta forma de abordar el relato de la historia de una comunidad específica. Pero un sentido especial de nostalgia, una nostalgia hacia adelante. Porque, en definitiva, la nostalgia no es hacia atrás. Es la depresión la que va hacia atrás. Es como si las personas de una comunidad dijeran: “Ése es el modo de vida, el modo de relación comunitaria, que nos gustaría proponer para el futuro de nuestra comunidad”. Es como si en aquella simple respuesta estuviesen haciendo, simultáneamente, una crítica a los procesos modernos de banalización y *zapping* vincular en las comunidades, especialmente las urbanas, más expuestas a las virtualidades, las aceleraciones de la vida cotidiana y el bombardeo de información.

¿Cuál es, entonces, la relación entre historia oral e historias de vida? Todo testimonio de una historia de vida supone, en realidad, una articulación entre la verticalidad personal y la horizontalidad comunitaria. Las historias de vida sirven no sólo para saber cómo fue la vida de alguna persona en alguna situación social, sino también –y fundamentalmente– para dilucidar el entramado social e histórico en el que esa vida se desarrolló. Es decir: en toda historia de vida hay indicios de una historia de la comunidad, así como en toda historia de la comunidad conviven múltiples historias de vida.

Ésta es apenas una de las modalidades o soportes de memoria colectiva oral. Hay, además, muchos otros soportes –de los cuales sólo vamos a poder nombrar algunos pocos– que a menudo no consideramos como tales, y que extienden notablemente el territorio de trabajo en el que nos estamos aventurando.

Ritualidades, territorios, devociones

Las ritualidades constituyen un soporte de memoria colectiva, plenas de significados y de sentidos. Muchas veces no consideramos la dimensión social que ellas encarnan. Inclusive, a menudo restringimos el término *ritualidad* y lo remitimos a ciertas prácticas mágicas que son propias de los pueblos originarios y que desarrollan periódicamente en sus comunidades. Como si ello fuera poco, tenemos tendencia a considerar las ritualidades como cosa ajena, no propia de ciudadanos modernos. Pienso, en este sentido, en algunas ceremonias mapuches, que en buena medida tienen que ver con rituales de reciprocidad en los que se sostiene la modalidad de vinculación comunitaria al mismo tiempo que se sella el pacto solidario con la tierra, lo que –en síntesis– define a la comunidad mapuche en su conjunto. Sin embargo, solemos olvidar las significaciones de dichas ritualidades, porque a pesar de ser tan visibles no dejan de resultarnos ajenas.

El mate, para mencionar un ejemplo concreto, no es solamente una bebida o una infusión: es un ritual, del mismo modo que el asado se ha convertido en un ritual. Todos y todas participamos cotidianamente en un conjunto de rituales que sostienen determinados contenidos. Habitualmente olvidamos cuáles son esos sentidos y contenidos, a los cuales deberíamos prestar mayor atención, pero de igual forma participamos en ellos. Porque además de individuos –que es lo que tenemos presente que somos– también somos comunidad y respondemos a las necesidades comunitarias, aun cuando nuestra racionalidad no nos permita comprenderlo fácilmente.

Por otra parte, la noción de *territorialidad* que los pueblos construyen es también un soporte de memoria colectiva, en el cual deberíamos focalizar cada vez más. Para citar un ejemplo, en el sur de Panamá vive todavía el pueblo de los kunas, en una zona marcadamente selvática. Los kunas, curiosamente, fueron el primer pueblo de este territorio que logró su autonomía social y política, con sus propias formas de justicia y organización política reconocidas por el Estado. ¿Cómo lograron semejante victoria? Estamos hablando de Panamá, el país del canal, un territorio entrecruzado por los más po-

derosos intereses del mundo. Los kunas no lograron su autonomía porque tuvieran un ejército sofisticado, o porque representaran una amenaza muy seria. ¿Cómo lo lograron, entonces?

Cuando un niño o una niña kuna nace, sus padres tienen una curiosa obligación, que consiste en tomar la placenta, ir hasta un lugar secreto –sólo conocido por ellos dos–, enterrar allí la placenta y en ese mismo lugar plantar un árbol. Los antropólogos dirían inmediatamente: “ritual de ofrenda a los dioses”. Eso es lo que decimos cuando no tenemos ni la menor idea de por qué lo hacen. Pero si lo pensamos bien, cada kuna, nace, crece, vive toda su vida y finalmente muere sabiendo que en algún lugar de su territorio tiene un hermano árbol. Sin embargo, como no saben con certeza cuál de todos los árboles es su hermano, verán entonces un hermano en cada árbol. Así se educa un modo de relación con la naturaleza, y en particular con el territorio, una relación de familiaridad con la tierra, que hace que cada hombre y cada mujer kuna defiendan su territorio como a su familia. Una relación que nosotros -lamentablemente- hemos perdido, atravesados por una racionalidad occidental para la cual el territorio es sólo una propiedad, un dibujo en un mapa, producto de divisiones, de pactos políticos o conquistas militares.

Estas diversas nociones de territorialidad, tan ricas y tan propias de cada pueblo, podrían transformar radicalmente los modos de afrontar el trabajo comunitario, sea en un barrio o en cualquier otro espacio. Incluso, la misma noción de barrio puede ser transformada radicalmente a partir de nuevos sentidos del territorio.

Las devociones, por otro lado, también constituyen un soporte de memoria social. Un soporte que, de alguna forma, santifica o heroíza a ciertos personajes de las historias comunitarias y los eleva al rango de personajes de tradición y sujetos de devoción por ser representativos de lo mejor del conjunto. Podríamos preguntarnos, por ejemplo: ¿Por qué el “Gauchito” Gil? ¿Por qué nunca es un “General” Gil, o un “Doctor” Gil? Es el “Gauchito” Gil. Nada más y nada menos que un gauchito que dejó la vida peleando por la Federación y que tuvo la espantosa mala suerte de enamorarse de la mujer de un comisario y acabar degollado en un árbol. Vemos,

entonces, que hay allí una trasgresión al poder y un ideario de por medio, y es ésa la trascendencia que cura y sana.

De esta forma, tampoco puede ser casualidad una historia como la de la Difunta Correa, que es en el fondo –según me parece a mí– una alegoría de quien vive porque aún después de muerta sigue dando vida. Como sea, no vamos a encontrar por allí santos doctores o santos generales. Sí vamos a encontrar santos bandidos, pero deberíamos preguntarnos por qué. Todas esas devociones que entrecruzan de punta a punta al territorio de América Latina no pueden ser solamente una casualidad o el producto de la estupidez supersticiosa de millones. Es por esto que deberíamos poder entender los criterios que organizan las múltiples memorias populares, porque sin ellos no entenderemos lo que las mismas nos proponen como proyecto de sociedad.

Tomando mate

La alimentación también constituye un soporte de memoria social, que transgrede casi violentamente esta moderna era de “fast food”, para la cual comer es una mera función biológica necesaria para sostener el funcionamiento de la máquina que somos, razón por la cual cuanto más barato y rápido lo hagamos, tanto mejor.

Hace algunos años atrás yo trabajaba en la documentación de tradiciones orales en la costa caribeña de Colombia. Me llamaron mucho la atención algunas características de sus poblaciones, que conforman una larga franja que sigue en Venezuela. Poblaciones mayoritariamente de negros y negras. La gente me recibía siempre, sabiendo que soy un apasionado del tema de las tradiciones, con un despliegue enorme de sus platos típicos. Y a mí no dejaba de sorprenderme que a lo largo de esa franja casi todos los platos eran muy distintos entre un pueblo y otro, y sin embargo tenían dos ingredientes en común: maíz y yuca.

No tengo la menor idea de cómo es la planta de yuca, porque en mi país no crece, pero sí tengo perfectamente claro cómo es una planta de maíz y sé cómo es un plantío de maíz. Por eso me llamó poderosamente

la atención recorrer todo el territorio de la Costa Atlántica y no ver en ningún lugar plantaciones de maíz. Entonces, empecé a preguntarle a la gente: “¿Dónde está el maíz, que aparece en todos los platos típicos?”. Ellos me respondían: “Ah no, m’hijo. Acá no hay maíz, porque esto es muy caliente. Esta lejísimos”. “¿Dónde?”, preguntaba yo de vuelta. “Allá”, me respondían, “allá...”, en el altiplano. “¿Y por qué todos los platos típicos tienen un ingrediente que les cuesta tanto traer de tan lejos?”, insistía yo con mis interrogaciones. Pero no obtenía respuesta contundente.

Finalmente terminé dando con un historiador, un negro viejo que me dijo: “La respuesta a eso que usted pregunta es mucho más interesante de lo que se imagina”. Según me contó, hace más o menos 250 años atrás, hubo en toda la Costa Atlántica de Nueva Granada una inmensa rebelión de los esclavos negros. Se comunicaban con tambores, de un lado a otro, en un lenguaje tan fino que lograron acordar a través de decenas de kilómetros un día y una hora para el levantamiento, así como también un lugar donde reunirse. Se reunió un gran grupo que decidió alejarse de la costa porque allí podían ser rodeados con facilidad. Y tuvieron que caminar continente adentro. Iban descalzos, prácticamente sin ropa y sin nada que comer. Pronto tuvieron que empezar a escalar montañas, cruzando fríos y quizás nevadas. Muchos de ellos –sobre todo los ancianos, las mujeres y los niños– nunca llegaron a su destino. Nadie les dio alimento ni abrigo, porque sabían que tras ellos vendrían los españoles y que iban a castigar como traidor a quien les echara una mano. De manera que tuvieron que recorrer cientos de kilómetros a pie, sufriendo frío y hambre, además del dolor de perder a su gente en el camino, poco a poco. Los que lograron escalar las montañas y alcanzar el altiplano se encontraron con la única población que verdaderamente les abrió las puertas de sus casas, brindándoles también lo que tenían para comer. Era otro pueblo esclavizado y perseguido, el pueblo muisca. Desde entonces, hace más de dos siglos, los descendientes de aquellos esclavos rebeldes siguen alimentándose cada día con aquel episodio de solidaridad entre dos pueblos perseguidos y humillados. No importa que desde tan lejos tengan que traer su maicito y su yuca. Para ellos, alimentarse no es meramente mantener las funciones biológicas. Alimentarse es –fundamentalmente– darse vida y sentido en función de su memoria.

Así también, deberíamos preguntarnos cuánto hace que se toma mate en estas regiones. La mayoría de nosotros seguramente responderíamos que hace por lo menos unos 200 o 400 años. Sin embargo, ya existe evidencia suficiente como para suponer que en realidad hace más o menos 4.000 años que se toma mate en nuestras regiones. Antes de que alguien en Egipto soñara que alguna vez iban a construir pirámides, aquí ya se tomaba mate. Ésta es una pregunta que suelo hacer para señalar hasta qué punto nuestra propia noción del tiempo, es decir, nuestras subjetividades, están colonizadas. Cuando decimos “¡Uy! desde siempre”, ¿Cuánto es ese “desde siempre”? Decimos “¡Uy! 200 años, o quizás 300, como mucho 400”. Nadie pasa de 500. Esto se debe a que ni siquiera podemos concebir tiempo más allá de la llegada de los conquistadores. El tiempo mismo, para nuestro imaginario aún colonizado, empieza ahí. De ahí para atrás no hay nada.

Una vez, caminando por Tacuarembó –en el centro de mi país– me encontré con un maravilloso pensador que me invitó a su casa. Era una casa de barro, un quincho que él mismo había levantado. Por supuesto, inmediatamente se puso a preparar el mate. Yo me senté en un banco que había al lado de una mesita y seguimos conversando. Él puso, como diríamos en la ciudad, a hinchar la yerba, en esa mesita al lado mío, con la bombilla y todo. Yo creí que me estaba cebando el primer mate, por lo que hice el gesto de agarrarlo. Ahí, por primera vez en toda aquella mañana, el señor se dio vuelta y me dijo: “*¡Chist!... El primero es para el espíritu*”.

Yo le agradezco a aquel señor, porque me enseñó que lo que yo preparo cada mañana no es meramente una infusión que me levanta el ánimo para encarar el día. Es una invocación a un espíritu. Aunque no tenga convicciones religiosas, yo sí conozco a ese espíritu, porque lo he visto toda mi vida: es el espíritu de esa cosa ávida y chiquita que se da porque sí. Es una forma de relacionarse. Es un juego en el que damos algo sin esperar nada a cambio, porque es el derecho del otro que yo se lo dé. Nada más que eso.

Como ya somos gente grande, no creemos en espíritus, por supuesto. Sobre todo porque estamos en el marco de una Universidad. Sin embargo, en todas esas pequeñas cosas estamos transgrediendo

—aún sin querer— los parámetros dominantes, a través de nuestras memorias. El mate, entonces, no es una mera costumbre: es un ritual que sirve para invocar un espíritu que la gente creó para que se mantuvieran vivos los valores que les dan sentido como comunidad; es la cosa chiquita y cálida que se entrega porque sí, que trasciende diferencias de color o clase, que fraterniza, que acerca, abre corazones y habilita la palabra con toda su magia. Porque una comunidad sabe bien que cuando esos valores se extingan, ya no podrá ser más una comunidad. Confieso públicamente que, desde aquel encuentro, ya no es preparar una bebida lo que hago cada mañana, sino invocar a ese espíritu para que sea él quien me guíe el resto del día.

El pasado por delante

La memoria es, a la vez, un alimento de identidad. Como ya dijimos, no se trata solamente de una conexión con el pasado. Es más bien una crítica al tiempo occidental. Leonel Lienlaf —un amigazo mapuche— es un poeta del sur de Chile que se refirió a esto con muchísima claridad, cuando hace un par de años atrás compartíamos el Ier. Foro Latinoamericano de Memoria e Identidad. En aquella ocasión, él señalaba: *“Sólo a ustedes los huincas (es decir, los blancos) se les puede ocurrir que lo que tienen por delante es el futuro. Ustedes tienen todo dado vuelta. Allí en mi pueblo dicen, desde los más antiguos entre los antiguos, que lo que uno tiene por delante es el pasado, por eso lo puede ver”*. Entonces, nosotros le preguntábamos: *“Pero, Leonel, ¿y cómo hacen para construir un proyecto de futuro?”*. Ésa era nuestra mayor preocupación. Él nos miraba como diciendo *“a estos blancos hay que explicarles todo”* y nos contestaba: *“Sencilísimo. Transformando el pasado”*.

Acabamos de esbozar una idea muy familiar para un psicoanalista, sólo que el Psicoanálisis tiene aproximadamente cien años de existencia y esta verdad mapuche tiene milenios de historia. Si aprendiéramos a escuchar a estos pueblos, a lo mejor aprenderíamos también muchas cosas que nos están haciendo falta para afrontar nuestro propio futuro. Porque la memoria sirve para restablecer el entramado comunitario de vínculos que sostiene cualquier posibilidad de un proyecto colectivo.

Yo tuve la hermosa oportunidad de conocer la ciudad de Tartagal, en Salta. En aquella ocasión fui invitado a trabajar con un grupo amplio de personas, en una población que se llama Embarcación, para conducir allí un taller sobre diálogo intercultural con gente wichí, toba y guaraní. Confieso que cada vez que tengo la hermosa oportunidad de trabajar con gente de pueblos originarios, me encuentro con el mismo obstáculo: la diferencia en los ritmos. Uno, pongamos por caso, hace una pregunta a un auditorio de comunidades originarias y lo más común es que se produzca un gran silencio. La gente queda como con la vista en el horizonte. Eso puede durar dos, tres minutos, cinco, diez, quince... hasta veinte. Entonces, a uno que viene de la ciudad –donde se producen pensamientos como si fuesen hamburguesas o zapatillas–, en esos mismos minutos le pasaron millones de cosas por la cabeza. Uno siente que está haciendo el papel de tarado, o que no le están entendiendo nada, o que el que no entiende nada es uno... en fin. Tanto es así, que en la mañana del segundo día de trabajo decidí ser franco y comunicarles esta sensación que tenía. Ni bien empezó la reunión de trabajo, les dije: *“Ustedes no se preocupen, discúlpennme si me ven ansioso cuando se genera el silencio. Yo me imagino que tiene que ver con que yo les estoy imponiendo mi lengua, que no es la de ustedes. Tendrán que hacer traducciones...”*. Se produjo, nuevamente, el largo silencio. De pronto, una señora de edad bastante avanzada, muy tímidamente levantó la mano y me dijo: *“Mire m’hijo, yo le voy a explicar. Algo de eso hay. Lo que pasa es que cuando usted nos hace una pregunta, yo primero tengo que pensar cuál es la respuesta que yo le daría. Recién después yo tengo que irme hasta allá, hasta donde están mis abuelos, mis ancestros, y preguntarles a ellos cuál es la respuesta que ellos le darían. Después yo me tengo que ir hasta allá, hasta donde están wawas, los niños que todavía no nacieron, y preguntarles también cuál es la respuesta que ellos le darían. Y recién cuando pueda armar una sola respuesta con las tres, solo ahí le puedo contestar”*.

Confieso que me dio un poco de envidia aquella señora, de una comunidad que carece de casi todo lo que aquí consideramos esencial. Recuerdo haber visto un niño wichí absolutamente extasiado mirando durante buen rato una canilla de agua abierta. Y sin embargo yo –que vivo en una ciudad con más de un millón de habitantes, en pleno centro, donde se mueve gente todo el tiempo–, reconoz-

co que cuando tengo que buscar alguna respuesta a una pregunta que la vida me formula, me siento espantosamente solo. La soledad campea como un mal epidémico, especialmente allí donde la gente está más amontonada. Terrible paradoja de nuestra era de las comunicaciones. Nunca antes en la historia de la humanidad la gente estuvo tan sola como ahora. Estas personas, por el contrario, han sabido sobrellevar su humilde condición mientras sostienen toda una asamblea interior de varias generaciones de su propio pueblo, de su propia comunidad, para entre todos dar la mejor respuesta posible a cada pregunta que la vida les hace.

Las memorias no son objetos de museo, sino cosas vivas, que sirven precisamente para eso, para contar con aquellas voces interiores. Una tarea aún pendiente para quienes nos hemos convencido de que esas voces no existen, perdiéndolas para siempre y sumiéndonos en la más terrible de todas las soledades. Esa misma señora, si se va a la ciudad buscando trabajo, no consigue empleo porque no sabe manejar “Windows”. Hay todo un conjunto de saberes que, de alguna forma, tenemos no ya que “rescatar” sino más bien que reconocer en todo su inmenso valor.

Aplicada en estos casos, “rescate” es una palabra que me ha dejado de gustar, porque resulta que todo lo que yo me propuse rescatar me lo terminé encontrando en perfecto estado de salud. No necesitaba ser “rescatado” como yo suponía. Es más, creo que mantenía mejor su estado de salud si yo no me metía a alterarlo. Lo que sí tenemos que rescatar son nuestros propios oídos, para aprender a escuchar, y nuestras propias sensibilidades, para aprender a trascender los miedos que el trabajo con la memoria nos obliga a enfrentar. Porque trabajar en el campo de la memoria implica, muchas veces, permitir que otro te mueva el piso, que te modifique varias de las convicciones que han sustentado tu propia vida. Por eso, aprender a escuchar a menudo es un oficio doloroso. En especial para quienes sin darnos cuenta, junto con los contenidos curriculares de nuestras carreras universitarias, hemos aprendido que somos los portadores de la verdad y que nosotros sí sabemos cómo funciona el mundo.

La diversidad de las memorias

Yo suelo hablar en plural cuando me refiero a la memoria. *Las memorias* pueden ser tan diversas, y a menudo contradictorias entre sí, como los saberes y las personas. Y es bueno que así sea, porque son representativas de las sociedades que las generan, sin forzar la unicidad. En el campo de las memorias no hay una verdad única como en “la” verdad histórica, llamada a ser la memoria oficial. La historia es también un sustento de futuro, aunque generalmente la veamos como una mera descripción del pasado. Todo lo que se escribe en los libros de historia es, en realidad, un determinado proyecto de futuro. Es el proyecto que debemos aceptar porque la historia lo dice. Por poner un ejemplo: ¿quiénes estuvieron en la batalla de San Lorenzo? Sólo recordaremos los nombres de generales, de personalidades políticamente prominentes. No sabemos el nombre de uno solo de los criollos rasos que dieron la vida allí por un sueño de país libre. La historia también está repleta de excluidos. Y sobre ese relato de nuestra historia, no podremos sino concebir una sociedad repleta de excluidos, donde las personas importantes son los generales y los políticamente prominentes.

Las memorias, en cambio, difieren de la historia en que son diversas, razón por la cual nuestra tarea por delante –si bien difícil– consiste en adoptar una actitud nueva con respecto a esa diversidad, para reinventarla cotidianamente. La idea de diversidad cultural no es nueva en el terreno de las ciencias sociales, pero jamás en la historia humana había alcanzado la dimensión social, política e histórica que tiene en estos momentos.

La diversidad empezó a ser considerada como merecedora de estudio –al igual que tantas otras cosas en nuestro pensamiento occidental– cuando resultó problemática, es decir, cuando se convirtió en un problema sin resolución para la mentalidad hegemónica. Entonces, allá por los años ’50, comenzó a decirse que lo que había que promover era la “tolerancia” hacia el “otro diferente”. Esa idea inicial pronto cayó a pedazos y se demostró completamente insuficiente, porque la tolerancia con el otro diferente tiene mucho de “me banco que existas”, de “vos allí, yo acá”. No resuelve el asunto

en términos de organización de una sociedad diversa, y en cambio puede llegar a sustentar cosas tan espantosas como el apartheid en Sudáfrica. A la idea de tolerancia le sucedió la del “respeto”, que por lo menos representaba un cierto acercamiento, algo un poco más entrañable. Pero también pronto se demostró insuficiente para dar solución al “problema” de la diversidad.

Yo creo que hoy estamos ante un desafío mucho mayor. Tenemos que ser capaces de “disfrutar” del otro diferente, sin considerarlo un problema sino, justamente, una potencialidad. Tenemos que ser capaces de permitirnos una transformación, dejarnos transformar por el otro. Ésa es la tarea que está implícita en el abordaje de las memorias sociales. Porque las memorias sociales existen, justamente, para erigirse en alternativas de un proyecto diferente al hegemónico, al que está instalado socialmente. Por ende, este abordaje tiende a remover nuestros propios parámetros, los que nos sustentan a nosotros mismos y a la posición social que hemos forjado durante toda nuestra vida. Además, todas esas diversas memorias sociales, las que no están en los soportes más visibles o más inmediatos, son las que tienden a sostener aquellas memorias a las que más tememos, que son las memorias de lo doloroso. Esas memorias que son las que más nos cuestan. Las memorias, en este sentido, tienen una función: sostener los saberes, esperando que la sociedad realice el proceso para poder tolerarlos, respetarlos y también disfrutarlos, apropiándose los.

Motivos para seguir juntos

Cuando hablamos de memorias y decimos que está bien que sean diversas, es justamente porque las memorias tienden al mismo tiempo a hacer visibles a sectores sociales y aspectos de la realidad que han sido subsumidos mediante distintos mecanismos de poder. Que ya no son necesariamente las armas, sino la vergüenza y la humillación, por ejemplo. La vergüenza de relatar, y enfrentar, un pasado. El miedo a ser descalificado, a ser tratado de supersticioso o de tonto. El miedo a que lo que uno cuenta sea una manera de legarle a sus hijos para siempre, la miseria y la exclusión social en la que uno vivió, como pasa generalmente con personas de los pueblos originarios. Yo

he visto muchas familias que ya no le enseñan su lengua a sus hijos, ni sus tradiciones ni sus saberes, porque temen que todo eso los condene –como los condenó a ellos durante toda su vida y por generaciones– a vivir en la más vergonzosa de las miserias. Redimensionar las memorias sociales es, de este modo, redimensionar a los sectores invisibles, a los sectores socialmente invisibilizados.

Pensando, por ejemplo, acerca de la memoria de los inmigrantes, uno podría preguntarse: ¿a quién le interesa la forma en que vivían los inmigrantes italianos hace 80 años atrás? Sencillo: ese conjunto de memorias seguramente destapará algo que tenga una vigencia absolutamente trascendental en este momento histórico en el que en la mayoría de los países más “avanzados” (esos que nosotros imitamos como modelos de desarrollo), “inmigrante” es una idea fuertemente asociada con “garronero”, ladrón de empleo o, en el mejor de los casos, mano de obra baratísima. El trabajo de visibilizar la memoria de los inmigrantes no hace otra cosa que extraer cuidadosamente los elementos del pasado necesarios para saber que un inmigrante es alguien que viene con toda una carga de cultura, de saberes, de modos de vincularse social y comunitariamente. Es alguien que viene con toda una herencia cultural a aportar lo suyo a sociedades tan fragmentarias y dañadas por la productividad industrial como las de Europa o las de los Estados Unidos. Y lo seguirán haciendo –felizmente– porque no hay muro ni guardia nacional que sea capaz de detener semejante proceso migratorio. Mientras haya un sólo latinoamericano o latinoamericana que no encuentre sustento digno en su propia tierra, no habrá muro capaz de detenerlo.

El trabajo con las memorias, en definitiva, es un modo de dignificación de saberes, y por ende de los sectores sociales que los sostienen vivos. Y el trabajo de apropiación social de la memoria, que debe acompañar siempre toda tarea en relación con las memorias populares y sociales, es un trabajo de movernos el piso mutuamente y de construir identidad en el sentido en el que yo prefiero definir a la identidad. He leído decenas de definiciones diferentes respecto de qué es la identidad. Muchas de ellas contradictorias entre sí. Algunas, inclusive, contradictorias consigo mismas. Pero la gente me enseñó a quedarme con la más sencilla de todas, aquella que dice:

la identidad es el conjunto de los motivos que tenemos para seguir juntos.

Trabajar con las memorias es ser capaces de revivir y de apropiarnos colectivamente de toda esa mirada de motivos para seguir juntos, que pacientemente los pueblos –a pesar de las múltiples represiones, las de las armas pero también las de la historia, las de los valores, las de las relaciones de poder entre saberes– han sabido sostener y mantener vivos, en movimiento, esperando que algún día sepamos comprender que el nuestro no es el saber más importante, y que si no somos capaces de dignificar y de apropiarnos socialmente de los saberes que los pueblos construyeron y todavía sostienen, pronto no tendremos ya motivos para seguir juntos.

TRAMAS DE BARRIO: CONTAR PARA SER TENIDAS EN CUENTA ____

*Luciana Danielli, Claudia Medvescig, Mara Muscia e
Irene Roquel**

Orígenes, motivaciones y decisiones

Al momento de decidir dar inicio formal a nuestro proyecto sobre memoria barrial y tercera edad a fines de 2005, teníamos ciertos antecedentes de trabajo en el barrio Belgrano –conocido como “La Pasarela”–, y tanto desde el Área de Comunicación Comunitaria (ACC) como del Departamento de la Mediana y Tercera Edad –ambos pertenecientes a la Facultad de Ciencias de la Educación de la UNER–, coincidíamos en la decisión política de apoyar e impulsar proyectos en y con los sectores más marginados y postergados de la sociedad paranaense.

Lo que nos convocaba precisamente a este trabajo articulado, era poder potenciarnos en un proyecto común orientado a promover la revalorización del rol protagónico de un grupo de mujeres de la tercera edad en el entramado sociocomunitario del barrio Belgrano –barrio urbano-marginal de la ciudad de Paraná– y en especial en la Asociación Civil “Club de Madres y Abuelas”, que este grupo había iniciado hace más de 20 años atrás.

* El resto de las integrantes del equipo del Proyecto de Extensión son: Aurora Ruiu (directora), Patricia Fasano (co-directora), Valeria Olivetti, María Emilia Carrieres, Liliana Barbagelata (colaboradora), Sylvia Mayer (colaboradora) y Mariana Muñoz (pasante).

Pero debemos aclarar que los primeros indicios de esta necesidad -que inicialmente no estaba explicitada como tal, pero de la cual sí había una manifestación difusa-, eran una conjunción de síntomas compartidos, propios a su vez del cruce de las condiciones de personas caracterizadas a la vez como adultos mayores, pobres y mujeres. Abandono, soledad, pérdida de lazos y de espacios propios, desilusión, fueron algunos de los indicios que surgieron al comenzar a reunirnos para intentar definir una propuesta. Asimismo, manifestaban un sentimiento de exclusión respecto del funcionamiento de la organización barrial que ellas mismas habían iniciado modestamente, dado el crecimiento y burocratización que trajo consigo la llegada de recursos externos.

Las mujeres reclamaban atención, reconocimiento y un espacio material de encuentro y expresión de recuerdos y saberes. También expresaban la necesidad de dejar un “legado” a las generaciones más jóvenes del barrio. Un legado que reconociera su trayectoria y esfuerzos, y que al mismo tiempo hablara de participación, de ganas de hacer y de generar transformaciones en la comunidad.

Yo quisiera que los chicos lleguen a ser grandes y tengan una ocupación en algo, si Dios los ayuda, que lleguen a ser maestros, que digan: “Yo estuve en ese barrio que era pobre, donde trabajaban unas viejas, que hicieron todo esto con amor”.¹

A partir de los sucesivos encuentros que propusimos a fines de 2005 para conformar el grupo interesado -y de cuya convocatoria nos encargamos conjuntamente con algunas de estas mujeres y a través del boca en boca-, el proyecto fue tomando forma. Así, en 2006 iniciamos formalmente las actividades encuadradas en el Proyecto de Extensión que grupalmente decidimos llamar “Viejas Historias: Memoria Barrial y Tercera Edad”. Podemos decir que del encuentro de necesidades, intereses, motivaciones y decisiones surgió la posibilidad de generar un espacio de taller para compartir experiencias. Más adelante, nacería además la posibilidad de

¹ Las citas pertenecientes a las participantes del Proyecto corresponden a registros sonoros de los talleres.

realizar una pieza comunicacional, y de manera conjunta resolvimos que fuera un libro.

De esta manera, le propusimos al grupo de mujeres una instancia en la que pudieran contar la historia “no oficial” del barrio desde sus propias voces, para reconstruir en ese contexto el recorrido protagonizado por ellas; el que dio origen y forma al barrio, a la organización civil y al grupo mismo. En sintonía con la intención original de las mujeres -de que su labor no quedara en el olvido-, se trató de compartir en ese espacio, y a través de sus memorias, las posibilidades y frutos de la participación, la solidaridad y la acción comunitaria, cristalizados en sus saberes y experiencias concretas como alternativas o “enseñanzas” que luego pudieran ser dirigidas a las generaciones jóvenes del barrio.

En términos generales, nos planteamos como objetivo favorecer el reconocimiento del rol activo de los primeros pobladores en la producción de los acontecimientos significativos vinculados a la vida y la historia de las comunidades barriales, a partir de diferentes estrategias de expresión, y de la socialización de lo producido tanto en las distintas generaciones de los barrios como en la Universidad.

La premisa de este proyecto, por otra parte, se apoya en la reafirmación de la *memoria* como mecanismo sociocultural que fortalece los sentidos de pertenencia e identidad. Por consiguiente, apunta a la generación de instancias de reflexión, negociación y socialización de la(s) memoria(s) en sectores populares de tercera edad, reconociendo la multivocidad en relación al concepto de memoria y fundamentalmente a las diferentes vivencias en relación a ésta.

Espacios, grupalidad y encuentros

En cuanto a la metodología del proyecto y los fundamentos de la misma, cabe mencionar que concebimos, por un lado, el trabajo de comunicación en ámbitos comunitarios como una labor de apertura de nuevos espacios o de resignificación de los ya preexistentes, donde puedan participar y ser protagonistas aquellos sectores de la sociedad que se encuentran marginados o postergados. Propiciar

espacios en los que grupos vulnerados –esto es, expulsados a nivel material y/o simbólico- puedan revalorizarse y reposicionarse como interlocutores, construyendo posibilidades de diálogo al interior del grupo y de la misma comunidad de origen, para así también entablar diálogos con otros sectores de la ciudad y la sociedad.

Por otro lado, las experiencias de educación con adultos mayores indican que para los sujetos de la tercera edad el trabajo colectivo es fundamental, dado que los pares son referentes que les permiten reconocerse en otros, valorar sus trayectorias de vida y compartir las experiencias, incluso las de pérdidas de las capacidades cognitivas o motrices, de los seres queridos, de la presencia y el protagonismo en espacios de acción y decisión, entre otras.

Es desde aquí que en una primera etapa del proyecto prevaleció la idea de construir un espacio de encuentro del que este grupo de mujeres se pudiera ir apropiando. Una instancia de recreación y de salida de la cotidianidad, en el que logran compartir actividades lúdico-expresivas con sus pares. Y a la vez, un espacio en el cual alcanzarán a recuperar y/o reconstruir un rol protagónico, a partir de la palabra y de la escucha, para reencontrarse con sus experiencias, resignificarlas, valorarlas y poder “(de) mostrarlas” en diversas instancias de socialización.

Decidimos optar por el trabajo grupal ya que, enmarcado en una situación distendida y re-creativa, permite la mutua estimulación del diálogo, el intercambio fluido y, sobre todo, la activación de la memoria personal y colectiva. Desde el primer momento fue prioridad darle espacio a la situación colectiva, al relato oral armado entre todas; con la intención de no presentar historias unidireccionales ni cerradas, sino de tratar de observar, resignificar y propiciar estas otras formas de “hacer memoria”.

En este sentido, consideramos a la dinámica grupal que se imprimió en todo el proceso como una de las cualidades más valorables y valoradas del proyecto como así también el aporte primordial de esta experiencia a otros trabajos de memoria barrial, y a la producción final -en formato libro-, donde el equipo editor trabajó para intentar plasmar ese “espíritu colectivo y participativo”. (Por eso mismo,

también, a través del trabajo de edición se intentó que la misma se tradujese en la producción final, el libro).

Tal como expresa Halbwachs: “Toda memoria, incluso la individual, se gesta y se apoya en el pensamiento y la comunicación del grupo: cada uno está seguro de sus recuerdos porque los demás también los conocen...” (2002:2). La posibilidad de reconstruir un recuerdo está dada por la integridad y la unión grupal. “Hacer memoria” es aquí, revalidar una relación grupal, y un modo de relación, que permite a su vez pensar en proyección. La memoria es pasado vivido, experimentado y reconstruido por un determinado grupo o comunidad; es comunicativa, y supone el intento constante por mostrar que si ese pasado se recupera, por lo tanto, la identidad del grupo y sus proyectos, también permanecerán.

Oralidad y otros recursos expresivos

Como herramientas dinamizadoras de los encuentros grupales, y motivadoras de los intercambios sobre situaciones pasadas e historias de vida, recurrimos a la utilización de la narración oral y otras técnicas de expresión (escrita, dramática, plástica, lúdica), convencidas de la libertad, creatividad y espontaneidad que éstas aportan a cualquier trabajo colectivo.

La utilización de la narración oral en particular, como disparador de la mayoría de los encuentros, se sustentó en dos aspectos: primero, es la oralidad la forma de comunicación que prima en la cultura de todas estas mujeres; segundo, la narración oral en un marco grupal activa la memoria colectiva, como un acto de donación y de celebración de la palabra hablada. Por ende, se intentó favorecer así el ejercicio de la oralidad como instrumento de expresión de la propia subjetividad, de la memoria personal y de la memoria colectiva.

Sin embargo, cabe aclarar, siguiendo a Huergo (2004), que cuando describimos en estos términos nuestra “acción”, nos referimos a que retomamos y revalorizamos la expresión oral y el diálogo como forma de comunicación inherente a los sectores populares, no como

el resultado de nuestra intervención, ni como el evento que se produce en el marco de nuestras “dinámicas” de comunicación popular o comunitaria, ya que el diálogo, en sentido cultural, trama todo el tiempo la cultura popular.

Basar en los relatos orales la construcción de un camino compartido significa, justamente, encontrar los lazos de las subjetividades de estas mujeres; los puntos de reconocimiento e identificación entre ellas, con la comunidad de la que forman parte, y también con un modo de comunicación que no les es ajeno ni extraño y con el cual se sienten cómodas. Los relatos orales habilitan la posibilidad de conservar un modo de ser, una identidad, y de poder transmitirla, interviniendo a su vez en el proceso social de una comunidad al tiempo que se construye una memoria colectiva

Coordenadas: temporalidad, territorios y silencios

La *temporalidad* y la *territorialidad* constituyen dos de los ejes sobre los cuales se construye la trama de la memoria. Mas estos soportes, así pensados o habitados, no responden a las exigencias de la modernidad capitalista y occidental. En el marco de la memoria colectiva, no son geográficamente exactos, ni linealmente cronológicos.

En el caso de esta experiencia de trabajo de memoria barrial, la identificación de estos ejes con sus particulares formas de hacerse presentes en los relatos, fue posible a partir de la puesta en común y la espontaneidad de sus protagonistas al contar. Estas condiciones permitieron ir tramando y desentrañando, desde la multivocidad, acontecimientos significativos diversos y descripciones de características físicas y espaciales del barrio en distintos momentos.

Mujer 1: Era un barrio re, pero re pobre... pobre... pobre. No había casas, no había nada en ese entonces. Pero te digo que cuando nosotros vinimos acá esto era campo.

Mujer 2: Campo, campo mortal nomás, porque lo único que había eran los árboles, los chañares.

Mujer 3: Y así a los costados había como un enramado. Sí, eso alcancé a ver yo.

Mujer 1: La gente vivía en ranchitos.

Mujer 2: Estaban separados los ranchitos. Había uno por acá, otro por allá, nunca juntos.

Mujer 4: Era mucha gente y estaba todo separado.

En consonancia con esta línea, a lo largo de los talleres tratamos de que las participantes pudieran expresar libre y espontáneamente sus historias y las de su barrio. Es decir, no se promovió una estructuración de las narraciones, ni la definición de “hitos históricos” en los términos hegemónicos y/o tradicionales. Sí se intentó, empero, registrar aquellos hechos personales y barriales, comunitarios y sociales, que fueron surgiendo a partir de las distintas actividades propuestas. Es decir, desde la coordinación, quisimos evitar imponer una periodización, para así acompañar y registrar los recorridos propios que el grupo mismo fuese marcando.

Esto implicó que, al iniciar los encuentros –y más allá de que ya estaba la decisión compartida de reconstruir la historia del barrio–, las primeras referencias espacio-temporales tuvieran que ver con lugares y momentos anteriores a la llegada de las mujeres al barrio. A estas memorias, ellas mismas las denominaron “prehistoria”, porque tenían que ver con su infancia y adolescencia, y con situaciones previas a su llegada a “La Pasarela”.

Dentro de esta “prehistoria”, también emergió como tema común la ruralidad, ya que casi todas las mujeres del grupo habían nacido en el interior de la provincia. Las memorias de las experiencias anteriores a la vida en el barrio afloraron constantemente, evidenciándose en el desarrollo lo traumático que fue para ellas el cambio de hábitos y costumbres desencadenado por su traslado del campo a la ciudad. Este pasaje, según aflora de los relatos, requirió una readaptación de sus conocimientos y experiencias así como una nueva identificación territorial que les permitiera afrontar la vida en un nuevo entorno.

Asimismo, las fronteras temporales del relato construido por las mujeres sobre el barrio, están impregnadas de sus historias personales. Dado que es preciso relacionar el acto de rememorar con las representaciones temporales que tienen los actores particulares, cabe señalar que el tiempo que atraviesa las narraciones que se generaron en el marco de esta experiencia, no es un tiempo anónimo, sino más bien un tiempo que nutrió su sentido en la dinámica familiar de las que estas mujeres fueron y son protagonistas. En el puente entre los momentos privados y los momentos públicos, y en el pasado cotidiano compartido, se encuentran los soportes de la trama de las memorias comunitarias, ocupando un lugar preponderante la genealogía familiar y doméstica.

Yo vine de Diamante. Yo vine... a ver... Allá estuve 24 años, pero allá nació... vamos a sacar bien la cuenta... Mi hijo menor tiene 44 años y él nació acá. No, acá no, allá... [Señala para donde quedaba su anterior vivienda]. Yo ya estaba ahí cuando él nació... Mi hijo mayor tenía más o menos... le calcularía 10 años. Y hoy él tiene 54 años, no, 53; pero él no nació ahí, él vino chico. Mi hija tenía seis años... Mis hijos, los dos mayores, ya habían nacido, pero vinieron chicos porque iban a la escuela. De acá se iban a la escuela, que yo los llevaba a la escuela Santa Fe. ¿Te acordás? Ellos fueron todos a la escuela Santa Fe. A mí me trajo eso, me trajo venir porque mi marido andaba en los trenes...

De esta manera, los tiempos y espacios del barrio se organizan en función de las biografías personales de estas mujeres.

Rastreando en esta temporalidad, también podemos encontrar en sus discursos los hechos que consideran memorables: aquellos en los que “ellas” tomaron la iniciativa y/o en los que fueron activas protagonistas de transformaciones positivas y logros comunitarios.

Nosotras logramos en el barrio lo que nadie logró. Nosotras conseguimos las 90 casitas. Cortamos el caño del agua que iba al ejército para sacar agua para nosotros.

Por otro lado, si tenemos en cuenta la pobreza del barrio y el estigma de “marginal” condensado en la imagen pública de éste, como

entorno generador de violencia y hechos delictivos, aparece como soporte de las memorias de estas mujeres una territorialidad diferente a la antes expuesta, con elementos “defensivos” o “reivindicativos”. Cabe mencionar que este barrio, si bien se encuentra muy cerca de la zona céntrica de la ciudad –apenas a diez cuadras– se halla al mismo tiempo muy lejos de la mirada de los paranaenses, ya que es víctima de una sistemática indiferencia y de una antigua estigmatización manifiesta incluso en la denominación popular del barrio anclada en un elemento físico-espacial que la separa de la ciudad: “La Pasarela”.

El barrio Belgrano nació como barrio ferroviario, y sus primeros habitantes estuvieron ligados al trabajo en el ferrocarril e incluso se fueron instalando allí por el progreso que les deparaba. Pero a la vez, al vaivén del constante movimiento de personas, dentro del barrio también se incorporaron núcleos de actividad ilegal, lo que a la larga se convirtió, para el resto de los habitantes de la ciudad, en un elemento recurrente de identificación que le era adjudicado tanto a la zona como a sus residentes, casi sin distinción. Posteriormente, debido al proceso neoliberal que se había iniciado en el país, el cierre del ferrocarril significó la pérdida de casi todas las fuentes de trabajo, y el barrio se vio sumergido en una profunda pobreza, a la que también en su momento le hicieron frente estas mujeres, promoviendo acciones comunitarias espontáneas.

Es a raíz de todo esto que, consciente de los discursos prejuiciosos y difamatorios de los que es objeto el barrio, generalizados en gran parte de la opinión pública y reforzados por los medios masivos, una de las mujeres comparte: *Yo tengo una imagen que me duele mucho, cuando la gente dice ‘La Pasarela’... Sí, fue La Pasarela y es La Pasarela, porque tiene el puente, tiene todo... Pero La Pasarela antes era una cosa, pero cuando nosotros vinimos ahí –y me doy el lujo de decirlo–, cuando nosotros vinimos ahí, todo se acabó. Porque nosotros enseñamos muchas cosas acá, las Abuelas’. Muchas. ¡Dejamos todo! Dejamos los años, dejamos lo que hicimos a la gente, hicimos cosas para la gente...*

De esta manera, se inscribe en las expresiones de este grupo de vecinas la necesidad de contar una historia distinta de su barrio, que en definitiva difiera de las dibujadas en las páginas policiales de los diarios, para lograr autoafirmación y reconocimiento, como así tam-

bién una diferenciación o distanciamiento respecto del estigma que cargan como habitantes de ese barrio estigmatizado.

En relación a esto, y sumándose como otro eje o soporte de las memorias, también aparece el *silencio* o *silenciamiento* –tanto de situaciones como de personajes que formaron parte de la historia barrial–, producto de la ambivalencia y contradicción propia de esta necesidad de reivindicación que responde a su vez a una representación incorporada de lo “socialmente correcto”.

Mujer 1: Yo cuando iba al centro, yo no decía que vivía en la Pasarela. [Risas]

Mujer 2: Yo tampoco.

Mujer 3: Claro, porque...

Coordinadora: Y si te pedían un dato, como “¿dónde vive, señora?”...

Mujer 1: En Avenida Ejército. En Avenida Ejército.

Mujer 2: O sino decíamos Paracao. [Ambas son calles cercanas al barrio]

Mujer 1: Ajá. Porque la Pasarela para nosotros era como... Mala palabra era... Es que nosotros nos negábamos a decir en el lugar que vivíamos.

Cabe mencionar aquí que, una vez finalizada la etapa de talleres y en instancias de la edición del texto para la producción final, algunas de las mujeres pidieron que ciertas anécdotas o temas que se desarrollaron a lo largo de los encuentros fueran excluidos de la pieza gráfica. Estos hechos o contenidos, asumidos por ellas como vergonzantes –y por lo tanto censurables–, tenían que ver, por ejemplo, con situaciones de clandestinidad en el barrio, cuya inclusión en la publicación podría afectar –según explicaban– la imagen o la sensibilidad de vecinos actuales.

Estas tensiones y resistencias a incluir elementos que desde el equipo coordinador considerábamos parte importante de la trama

de la memoria social del barrio, supuso un nuevo eje de debate con las mujeres para intentar reconsiderar y llegar a un consenso acerca de aquellos vínculos con ciertos personajes o hechos, que si bien forman parte de lo silenciado o evadido, no dejan de ser parte del recorrido que transitó la comunidad hasta el presente.

A raíz de esto surgió la necesidad de reflexionar sobre el lugar de los elementos –resistidos– en la reconstrucción de la historia común del barrio. Y en consecuencia nos preguntamos: ¿qué sucede cuando desde la comunicación comunitaria planteamos la importancia de abrir nuevos espacios que habiliten la participación y el protagonismo a través de la toma de la palabra de los actores que se encuentran marginados o postergados, y éstos devuelven o manifiestan resistencias y represiones internalizadas a decir justamente aquellas cosas que tienen que ver con esta situación de marginación y postergación?

Según Schmucler, “la memoria siempre es la forma en que un grupo se reconoce con relación al pasado, es decir, qué del pasado es lo que debe sostenerse para que la existencia en nuestro presente tenga el sentido que cree más adecuado” (2007:9).

Las coordenadas que seguimos en las tramas de las memorias de las mujeres nos sirvieron como guías para aproximarnos a historias del barrio que, a partir de las voces de sus protagonistas, nos cuentan una versión diferente de la oficial. Reiteramos, este trabajo de memoria barrial no intenta alcanzar parámetros de verosimilitud, ni sustentarse en hechos y fechas congruentes y comprobables, sino que pretende reflejar los frutos de la memoria simbólica construida colectivamente, donde las personas, los espacios y los tiempos se superponen y hasta se contradicen, en la búsqueda de visibilidad de lo vivido, de la reconstrucción del entramado comunitario, y de su proyección. Así pues, coincidimos con Ganduglia cuando respecto a la construcción colectiva de las memorias dice que “la existencia de una comunidad se constituye a partir de los aportes de las múltiples historias de vida; porque para explicar cómo es o era la vida en una comunidad, nada mejor que aludir a esas raíces que permiten dilucidar el entramado socio-histórico en el que se desarrolló. En toda historia de vida hay indicios de una historia de la comunidad, así

como en toda historia de la comunidad conviven múltiples historias de vida”.²

Comunicación comunitaria y trabajo con las memorias

A la luz de lo ya expuesto en derredor de esta experiencia, queremos reflexionar para finalizar, sobre la importancia o pertinencia actual de la comunicación comunitaria en los trabajos de y con memoria(s).

En primer lugar, al introducir la dimensión comunicacional en un momento de rememoración, toma mayor visibilidad el carácter compartido de las memorias que, como toda construcción de sentidos, se van generando y reconstruyendo a partir de la constante puesta en común. Y esos esfuerzos van ligados indisolublemente al acto de narrar. De narrarnos.

Cuando hablamos especialmente de *comunicación comunitaria*, hacemos referencia a una construcción de sentidos por lo general anti-hegemónica, que implica reafirmación y reconocimiento de identidades culturales diversas y generalmente, por lo mismo, marginadas.

Por eso decimos que un trabajo de comunicación comunitaria con las memorias trasciende el posicionamiento subjetivo e interno, abriendo la posibilidad de posicionarnos como interlocutores sociales frente a y con otros/otras. Trabajar con las memorias, además, aporta a la comprensión de dos de los ejes que vertebran los interrogantes y objetivos de la comunicación comunitaria: la convivencia (vivenciar con otros) y la participación.

Y esto es así porque las memorias se juegan en la existencia concreta de las sociedades, de los grupos y de las personas, no como simple evocación de hechos sino como compromiso con nuestra vida hoy. Esto implica que pensemos la memoria (o las memorias) como diálogo y acuerdo (nunca permanente, siempre en tensión). No se trata entonces de conservadurismo o de preservación de un pasado,

² Extracto perteneciente a la conferencia incluida en esta misma publicación.

sino de “actualización” a la luz de las urgencias del presente. Y, en ese proceso, lo que se actualizan son los vínculos y normas que nos conforman en nuestro habitar. Porque, al decir de Jelín (que cita a Koselleck), “el presente contiene y construye la experiencia pasada y las expectativas futuras” (2002:12).

La misma autora sostiene también que la memoria tiene importancia en relación a la construcción y el fortalecimiento del sentido de pertenencia en las sociedades contemporáneas (caracterizadas por falta de raíces, “desarraigo” y cambios veloces) y, en momentos en que las identidades se ven en peligro ante la pretensión homogeneizadora del mercado global y la pérdida de marcos de interpretación, el trabajo con las memorias ayuda a reconstituir el sentido de continuidad que precisan los grupos para reconocerse como tales. La referencia a un pasado común permite construir sentimientos de autovaloración y confianza, tornándose fuente de seguridad ante el temor al olvido. Esto último se vuelve más claro en el caso de esta experiencia, protagonizada por un grupo de mujeres adultas mayores, tratando de “dejar algo” para las generaciones más jóvenes del barrio, siendo ese algo no tanto un producto “acabado” o “cerrado” como una apertura a seguir construyendo.

Para este caso, nos resulta interesante traer a cuenta otra afirmación de Jelín: “la memoria es una visión del pasado construida como conocimiento cultural compartido por generaciones sucesivas y por diversos ‘otros/as’” (2001:175).

En este sentido, el proyecto fue concebido sobre la convicción de que un trabajo de estas características no tiene repercusiones sólo en las propias participantes, sino en la comunidad en general de la que ellas han sido artífices y de la que forman parte. Y que en el acto de rememorar, a partir del intercambio de lo vivenciado, “las abuelas” pueden contribuir, desde la reconstrucción crítica de la historia personal y grupal, al delineamiento del relato histórico de la comunidad sobre sí misma.

En los escenarios actuales, en los que toma relevancia política la manera en que nos “proyectamos”, esto es, la capacidad de generar una imagen o imaginario (con valores, compromisos y expectativas

propias), el hacer memoria también es una posibilidad genuina y coherente de lograr reconocimiento y visibilidad, al tiempo que puede constituirse aun como un aporte a la construcción de ciudadanía.

A partir del convencimiento de que la memoria cumple un rol fundamental en los procesos de conformación identitaria (en la actualidad construida más sobre lo diverso que sobre lo unívoco), creemos que cobra importancia el propiciar espacios en los que grupos socialmente marginados o postergados puedan reposicionarse como interlocutores, lograr el reconocimiento social de sus voces, de sus reclamos, e incluso de su presencia: “decir-nos” para poder decidir, “contar-nos” para poder “contar”, ser tenidos en cuenta.

Tal como afirma Martín-Barbero: “Contar es tanto narrar historias como ser tenidos en cuenta por los otros. Lo que significa que para ser reconocidos necesitamos contar nuestro relato, pues no existe identidad sin narración ya que ésta no sólo es expresiva sino constitutiva de lo que somos. Tanto individual como colectivamente, pero especialmente en lo colectivo, muchas de las posibilidades de ser reconocidos, tenidos en cuenta, contar en las decisiones que nos afectan, dependen de la veracidad y legitimidad de los relatos en que contamos la tensión entre lo que somos y lo que queremos ser” (2001).

En síntesis, desde esta línea de trabajo de comunicación comunitaria y memoria barrial, sostenemos que es fundamental reconocer y revalorizar las experiencias históricas de participación y desarrollo de una comunidad, así como también producir y reforzar lazos de integración entre los diversos grupos que la integran. Mediante la exploración y la comunicación de las memorias creemos que es posible el des-cubrimiento de todo aquello que aparece como cotidiano, como acontecimiento natural de la vida diaria en comunidad, pero que cobra especial importancia, al ser resignificado y tomado en cuenta, en los relatos y en el ejercicio de la propia palabra en el marco de una construcción colectiva.

Referencias bibliográficas

Ganduglia, Néstor. “Las redes mágicas de la memoria. Memoria y tradición oral en las leyendas populares”, en esta edición.

Halbwachs, M. (2002). “Fragmentos de la Memoria Colectiva”, en *Athenea Digital*, N° 2. Barcelona: UAB. <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/52>

Huergo, J. (2004). “Comunicación popular y comunitaria: Desafíos político-culturales”, en *Revista Nodos*, N° 4. La Plata: UNLP. <http://www.perio.unlp.edu.ar/nodos>

Jelín, E. (2001). “Las memorias en las calles y en la acción. Espacios de lucha por los derechos humanos”, en *Memorias, identidades e imaginarios sociales*, Primeras Jornadas de Patrimonio Intangible. Buenos Aires, Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.

_____. (2002). *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI Editores.

Martín-Barbero, J. (2001). “Políticas culturales de nación en tiempos de globalización”, en *Revista Número*, N° 31. Bogotá. <http://www.revistanumero.com/31col.htm>

Schmucler, H. (2007). “La inquietante relación entre lugares y memorias”, en *Memoria Abierta*, Buenos Aires. http://www.memoriaabierta.org.ar/materiales/pdf/hector_schmucler.pdf

PENSANDO EN COMÚN II*

PUEBLOS ORIGINARIOS: CONSTRUIR LA VISIBILIDAD

(Gabriela Sosa¹) La experiencia comenzó en el año 2002. En Pampa del Indio, que es una localidad chaqueña, se realizó una reunión y se discutió sobre la necesidad de tener mayor visibilidad hacia la sociedad blanca. Después de este encuentro, la situación fue cambiando poco a poco, en cuanto a los intercambios que se lograron. Se consiguió tener más protagonismo y fundamentalmente ser considerados como otro actor social más. Entendimos que para ser verdaderamente actores sociales con injerencia en las decisiones había que obtener una visibilidad real. Y para este fin estaban los medios. Es decir, si todos los que intervienen en la escena pública aparecen en los medios, ¿por qué no aparecía el indígena? Así arrancó nuestra experiencia.

Los corresponsales, por su parte, son designados por las organizaciones políticas. Lo cual, por supuesto, provoca tensiones y conflictos. Por un lado esto es bueno, ya que no se fomenta el ejercicio de la profesión tal y como se la podría entender desde una concepción del periodismo liberal. Es decir, resulta crucial la construcción de un vínculo sólido y de un compromiso con la comunidad. Por otro lado, existe la tensión propia de las organizaciones políticas. Hay corresponsales que tienen una verdadera vocación de comunicar y de trabajar, pero también hay otros que surgen ligados a la cuestión política. No faltan dirigentes que toman estos puestos como objetos de negociación. Este tipo de disputas por el poder no está ausente, como en todos lados. De cualquier forma, se construyó con el tiempo la Red de corresponsales.

En ocasión de la realización de la Cumbre de los Pueblos, las comunidades indígenas hicieron un taller donde nos enseñaban

* Espacio de intercambio enmarcado en las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 8 al 10 de noviembre de 2006; Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos).

¹ Comunicadora social de la Red de Comunicación Indígena (Chaco).

a saludar en la lengua de cada una de ellas. Fue realmente muy fuerte, porque estuvimos un día y medio participando. Pero los medios masivos sólo se preocuparon por mostrar al Presidente en la Cumbre; no mostraron cuando ellos le entregaban un documento. De manera que la forma de “zapatear” fue con la ausencia en la conferencia de prensa. Esto fortaleció muchísimo la importancia del documento.

Creemos que es necesario que en comunicación y medios alternativos se empiece a difundir el conocimiento como patrimonio de los pueblos. Por ejemplo, el lenguaje de ceros y unos de la computadora retoma la base de un sistema anterior, sistema que estaba ya en los mensajes de los representantes de la cultura quichua. Por eso, yo propongo que a través de los medios alternativos tratemos de contagiar a la sociedad en su conjunto, para que sepan que hay muchos conocimientos de la tecnología moderna que se basan en antiguas culturas, o mejor dicho, en culturas actualmente sepultadas.

LAS RELACIONES INSTITUCIONALES

(Liliana Lizondo²) Nosotros trabajamos con dos organizaciones, pero hay que tener en cuenta que hace 10 años que estamos trabajando con las comunidades. Se trabaja, por ejemplo con proyectos de género y también en relación con el tema de radio. Se podría decir que se trata de un trabajo social, así como también en cuestiones agropecuarias. Respecto de cómo nosotros –como Universidad– iniciamos este trabajo y convocamos, es bastante complejo. Pero creo que no tiene que surgir necesariamente de las comunidades indígenas, de una demanda por parte de ellos: somos nosotros los que convocamos a través de los proyectos y de los programas socio-agropecuarios, lo cual no deja de tener las limitaciones propias de los organismos que auspician los proyectos, que representan y hacen de interventores. Es decir, son cuestiones que no dejan de estar ligadas a la política de gobierno de la provincia.

² Comunicadora social de la Universidad Nacional de Salta (sede Tartagal) y coordinadora de La Voz del Pueblo Indígena.

Entonces, no sólo hay luchas con las instituciones con las que se trabaja y con los paisanos; porque con la gente a veces no tenemos una relación directa, hay gente a la que conocemos por estar trabajando en las comunidades y los invitamos a participar. Pero tampoco arrancamos desde cero: tenemos gente que trabaja en el Programa Social Agropecuario y también tenemos previstos proyectos de capacitación para jóvenes. Contamos con la colaboración de un grupo de estudiantes, que trabajan con nosotros y pertenecen a las comunidades. A través de ellos podemos conectarnos con la sensibilidad de los jóvenes y tratamos de movilizarlos para que se inserten en alguna capacitación.

(Gabriela Sosa) Chaco tiene organizaciones indígenas que son muy fuertes y hay allí mucha tradición de lucha por el tema de tierras. Asimismo, existe cierto contacto previo con otras instituciones, porque -como ya se dijo- la película no empezó cuando uno se puso a mirarla. Toda la historia de ese contacto con otras instituciones, al igual que el trabajo anterior, ayuda a sensibilizar respecto de estos temas. Pero la demanda surge de las organizaciones. Y esto casualmente en Chaco se fue levantando. En Formosa también ha habido un gran levante. Santa Fe también cuenta con sus organizaciones, en las que se mantienen vínculos con las comunidades de esos lugares. Podríamos decir que son comunidades-lugares, lugares que están volviendo a construir viejos vínculos.

En cuanto a lo que hacen los corresponsales: ellos hacen envíos de sus producciones semanalmente, para programas de radio, de diferentes modos. Tienen grabador para trabajar, cassettes y demás insumos. Algunos envían los cassettes, otros llaman por teléfono –o se los llama–, otros editan en mp3, otros escriben y luego se incorpora al programa, otros escriben para el boletín, otros mandan sus escritos por mail. Hay lugares que tienen una importante organización y cuentan con comunicadores indígenas. No hablamos, lógicamente, de profesionales salidos de la Universidad. Hay experiencias como las de Villa Río Bermejito, donde se trabaja con las cooperativas y es algo muy interesante. Todas esas experiencias constituyen un proceso que ha posibilitado que existan comunicadores indígenas. Porque también ha habido muchas instituciones que han ido rea-

lizando todo ese trabajo y las organizaciones lo han tomado como una cuestión relevante. Lo van incorporando y se van apropiando de esos instrumentos. Todo va cambiando, ingresan jóvenes que tienen una gran adaptación a los recursos tecnológicos y para ellos es un proceso muy importante. Muchos de ellos han vuelto a hablar su lengua en esto de transformarse en comunicadores de sus comunidades. Vuelven hacia allí y recuperan su identidad, se reencuentran con sus orígenes. Y son esos jóvenes los que van a sostener todo esto. Además, otro punto crucial es que las organizaciones ponen especial énfasis en esta tarea de formación del joven, porque hay un interés político.

Hay quienes se pelean por transformar e integrar a la Universidad con la comunidad, pero también existe un interés en que esos jóvenes entren a la formalidad del sistema y se conviertan en abogados, en comunicadores graduados. Se trata de oficiar esto. Claro que la responsabilidad de hacerlo recae en el Estado, porque las condiciones de acceso no son las mismas. Ya para algunos grupos que son también vulnerables, no son las mismas; ¡imagínense, si uno habla una lengua, tener que estudiar en otra, encontrándose en la Universidad con tanta palabra difícil y tanto planteo extraño! Esto, a su vez, es un desafío para la Universidad.

IV. POR LOS AVATARES DE LA COMUNICACIÓN COMUNITARIA...

APRENDER CON LA COMUNIDAD*

Juan Isella

¿Cómo se hace para trabajar en comunicación comunitaria? ¿Cómo se hace para trabajar en comunidad?

Soy docente de la Universidad de Buenos Aires e integro una cátedra que se denomina Taller de Comunicación Comunitaria que se dicta para los alumnos de la licenciatura en Comunicación Social que dicta la Facultad de Ciencias Sociales. Venimos trabajando desde hace varios años con vecinos autoconvocados, Sociedades de Fomento, asociaciones culturales, comedores, fábricas recuperadas y con una gran cantidad de experiencias interesantes.

La problemática que nos inquieta desde hace varios años dentro de la cátedra es la dificultad para entender qué pasa en la comunidad con los relatos teóricos, a veces totalizantes y otras desactualizadas. En otras palabras, nos preguntamos cómo explicamos lo que sucede cuando aquellos relatos teóricos que disponemos no nos permiten *explicar y comprender* los procesos y prácticas determinadas en contextos específicos. Esto produce tensión entre los alumnos que van

* Texto basado en la presentación realizada en el marco de las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 8 al 10 de noviembre de 2006; Área de Comunicación Comunitaria – Facultad de Ciencias de la Educación – Universidad Nacional de Entre Ríos) y revisado para esta publicación.

con determinados relatos para entender las acciones, por un lado, y con las explicaciones que dan los actores sociales involucrados, por el otro. Consideramos que allí se produce una fuerte tensión que hace que los alumnos sientan una aguda frustración, causada por la imposibilidad de explicar lo que está sucediendo. Asimismo, la comunidad siente otra tremenda frustración porque no se siente identificada con aquello que se dice que es.

Acerca de cómo nombrar a *los otros* y *las otras*

Tenemos que pensar que estos *relatos*, en tanto relatos académicos, son tomados por el científico social para contar lo que está sucediendo con eso que entiende como real y que, a su vez, construye realidad. Se trata de relatos que no sólo plantean conceptos sino también las formas de actuar que tenemos al trabajar en la comunidad. Sobre este asunto, más que respuestas contamos con preguntas, es decir, ésta es una problemática que genera interrogantes.

La primera pregunta que inevitablemente nos genera es: ¿cómo nombramos a *los otros* y a *las otras*? ¿Son sujetos?, ¿son actores?, ¿gente?, ¿pueblo?... La elección que hagamos sobre cómo nombraremos a los otros, nos legaliza en primer lugar a nosotros. Es decir, somos nosotros lo que no somos los otros y las otras.

En algunos trabajos que comenzamos a mirar desde una perspectiva de género se nota muchísimo esta cuestión, porque cuando queremos identificar problemáticas concretas que tienen que ver con las prácticas y relaciones entre varones y mujeres dentro de organizaciones, se nos dificulta mucho hablar en términos de varones y mujeres. Hablamos más bien de actores y de sujetos, porque el concepto de sujeto –por ejemplo– de alguna manera se presenta como integrador.

Este dato no es menor porque tenemos que pensar que dentro de las mismas organizaciones con las cuales colaboramos, participamos y donde nuestros alumnos y alumnas realizan sus experiencias pedagógicas, se suelen reiterar roles estereotipados de la sociedad en las acciones de protesta y resistencia. Las mujeres se dedicarán a

actividades naturalizadas para ellas: el cuidado de niños y adultos, comida y albergue; y los varones a la seguridad y negociación con las autoridades.

Un trabajo de reciente aparición, y que se puede conseguir en forma gratuita en Internet, coloca de manifiesto esta desigualdad que parte de una desigualdad simbólica y real que se vive en la sociedad. Permítanme compartirla:

Este plan –jefas y jefes de familia instalado en 2002–, en las características de su complementación, presenta un reconocimiento a esta presencia femenina en su denominación (nombrando explícitamente a jefes y jefas) pero sin embargo no propone ninguna diferencia posterior en su puesta en marcha. Incluso en la misma denominación iguala la situación de ser jefe o jefa, cuando la realidad nos muestra que en general la Jefa se encuentra sola (sin su marido o compañero) y a cargo de sus hijos e hijas y debe afrontar la situación de desempleo sin poder contar con alguna ayuda especial por su condición de madre. Éste no es caso de los varones que acceden al plan de jefes, donde la denominación les otorga una jefatura (jerárquica) de un conjunto familiar que incluye a la mujer.¹

De este trabajo podemos inferir que las determinaciones simbólicas, o la necesidad de reformular sus denominaciones, tampoco instauran realidades que rompan con los estereotipos que predominan en la sociedad. Indudablemente los reconocimientos simbólicos deben estar acompañados por acciones concretas.

Una teoría determinada afirma que los sujetos son activos actores que desarrollan ciertas actividades o prácticas en la comunidad. Empero, el concepto de sujeto en sí, no nos va a decir qué pasa concretamente en las prácticas que se movilizan cotidianamente y que llevan consigo una lucha de poder entre mujeres y varones dentro de una organización dada. Esto implica una redefinición de los con-

¹ El trabajo es un reporte provisorio de una investigación auspiciada por UNESCO y cuyo coordinador fue Cross Battistin.

ceptos. Hay que pensar que cada concepto en realidad es una lucha de poder en la cual nosotros imponemos determinadas categorías a los otros y a las otras.

Es necesario redefinir a los otros y las otras cuando se está trabajando con ellos, por el hecho de que cuando enfocamos al otro en términos de descripción, esto es, de describir qué le sucede, estamos poniendo en juego una concepción teórica en particular. No hacemos otra cosa que decir: “*esto son ustedes*” o, por ejemplo: “*ustedes participan más y ustedes menos*”. ¿Quién dice eso? ¿Cómo le podemos decir a alguien si participa más o menos, si ese alguien dedica la hora que tiene después de venir a trabajar a generar algo en el barrio?

Las denominaciones de la participación

Habría que pensar, y ésta ya es otra dimensión, acerca de cómo pensamos estos relatos o estas teorías científicas, cómo describimos o cómo contamos o nos cuentan aquello que está sucediendo. Cómo nombramos cierta participación es un verdadero problema.

Hace un tiempo me decían: “*sí, está todo muy bien, queremos trabajar con ustedes. Pero no hagan lo mismo de siempre: vienen, hacen un diagnóstico y después dicen que está todo mal y se van*”. Ellos ya saben que las cosas no están bien. Parecería que en nuestra dinámica actual de trabajo solamente reconstruimos lo obvio, desde parámetros obvios para personas que ya saben lo que les pasa. Pero me parece que nos olvidamos de esto, imaginemos la situación: ellos están en su organización, trabajan voluntariamente, dedican tiempo y encima le decimos que lo que hacen está todo mal, o sea, las acciones que vienen realizando con mucho esfuerzo para nuestros relatos teóricos son erróneos.

El problema consiste en que no trabajamos junto a ellos desde la construcción del relato del problema, nosotros vamos a la comunidad con el problema construido. Ya el hecho de utilizar la palabra *intervención* implica cierto modo de proceder, cierta lógica: inclusivo-exclusivo que “interviene” en la realidad.

Es interesante cómo plantea Gustavo Cima de villa, casi en un juego de palabras, a la razón intervencionista:

... reconocido un problema que requiere de una necesaria interferencia sobre el mundo, la intervención por la que se opta produce, mantiene, destruye o impide determinado estado de cosas p, para lo cual se confía en cierto saber que implica una única solución correcta como verdad y en tanto resulte de cierto método cognoscible; ello, ejecutando una acción racional con arreglo a fines orientada por el cálculo, la búsqueda de beneficio y la eficacia como instancia de actuación y consecución (2004).

Nos cuesta pensar en nuevas palabras que nos permitan producir nuevos acercamientos a la comunidad: “acompañamiento” y “facilitación” todavía no nos conforman.

A esto, como docentes y alumnos, debemos sumarle otra dificultad, que consiste en pensar que la realidad es tan simple y accesible como la presentan los relatos. Esto nos pasa porque simplificamos las prácticas comunicativas, es decir, porque seguimos aplicando modelos tales como emisor/mensaje/receptor, modelos en el que el emisor ocupa el lugar del todopoderoso y aparece un receptor que de alguna manera (aunque hace una década que se viene resignificando y teorizando) ocupa un lugar menos activo.

Ese modelo de la comunicación involucra también una forma de pensar los conceptos y de ubicarse respecto del emisor, del mensaje y del receptor: ¿en qué lugar nos paramos?, ¿cómo trabajamos esos lugares?

Espacios de encuentro para escuchar a los otros y las otras

Consideramos que hay un debate puntual, de hecho hemos trabajado particularmente este tema, acerca de todo un *espacio o territorio de encuentro* –que puede ser virtual o no– en el que, al trabajar con la comunidad, no hacemos foco en ella o en buscar un espacio,

un nuevo relato que nos permita escribir lo que pensamos sobre la misma comunidad. Más bien se trata de un espacio a construir y conocer que implica poder charlar, conversar, dialogar. Por eso, no se trata de ir a describir y nombrar algo. Creo que es un relato que tenemos que ir construyendo con la comunidad, un espacio que nos permita reflejar nuestros juicios previos, nuestros miedos, nuestros avances y retrocesos. Una especie de sistematización de la experiencia, pero no descripción de la misma sino como relato pedagógico. Relatos que se construyan en primera persona, no distanciados sino involucrados. Indudablemente dentro de un contexto de aprendizaje, de relación entre docentes y alumnos.

Con motivo de encontrarme en las Jornadas de Comunicación Comunitaria, cuando estábamos desayunando en el hotel se acercó una persona a charlar con nosotros. Era un integrante del proyecto de radio del Borda, “La Colifata”. Se puso a conversar de manera muy entusiasta, con unas evidentes ganas de contarnos tantas cosas. Esto me llevó a pensar que a veces no nos tomamos el tiempo suficiente para poder escuchar. Y nuestro rol precisamente se centra en disponer de un tiempo para poder escuchar a los otros. Yo me quedé maravillado por la cantidad de cosas que me contaba. Y creo que también era bueno para quien contaba cosas, aquella posibilidad de que lo escuchasen. Tener un buen oído, una buena escucha, es casi un principio ético de todo comunicador. Después criticaremos, dialogaremos en lugares simétricos, cada quien con sus saberes particulares, que no son ni peores ni mejores. Esto nos habla del tipo y de la posibilidad de intervención del comunicador.

La idea fuerte y puntual que quería tratar es la del espacio de encuentro, ese territorio donde no hay verdades que no se pueden traspasar o mover. Incluso las teorías y las explicaciones no son fijas, hay que empezar a reconstruir teorías pero a partir de los relatos de los mismo afectados. No podemos quedarnos con los primeros anteojos teóricos que adquirimos, sino que a éstos hay que agregarle la construcción de nuevos relatos que, seguramente, serán provisorios.

Probablemente esos relatos van a reflejar qué nos sucede, o qué sucede en el barrio de González Catán o en Libertad o en Merlo, o en cualquier otra comunidad. No podemos quedarnos en la impor-

tación meramente de teorías y relatos sociales generales. Tenemos que contar otras cosas a partir de otros lugares y, sobre todo, generar teorías que nos permitan explicar nuestras propias realidades.

Referencia bibliográfica

Cimadevilla, Gustavo (2004). *Dominios. Crítica a la razón intervencionista, la comunicación y el desarrollo sustentable*, Buenos Aires, Editorial Prometeo.

LA IDENTIFICACIÓN, ¿ES O SE HACE? SOBRE EL TRABAJO EN UNA RADIO COMUNITARIA*

*Patricia Fasano, Gretel Ramírez, Claudia Medvescig,
Marianela Morzzán, Pilar Espósito e Irene Roquel*

La FM Comunitaria Doña Munda es la primera radio comunitaria de la ciudad de Paraná¹ creada a fines de 1999 por iniciativa de un grupo de vecinos de dos barrios de la zona de San Agustín Sur. La radio salió al aire gracias al apoyo económico del Centro Franciscano de Argentina, delegación Paraná, y de la Comunidad de Hermanas Franciscanas de Gante (Alemania) y tuvo una primera etapa (años 1999 y 2000) de participación entusiasta de un grupo de alrededor de 40 vecinos.

La idea de contar con una radio para el barrio empezó a tomar voz cuando, el 4 de diciembre de 1999, un grupo de vecinos que participaba de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) y grupos de la Iglesia se reunieron convocados por el Centro Franciscano. A esta

* Estas reflexiones surgieron en el marco del trabajo realizado como comunicadoras entre agosto de 2004 y diciembre de 2005 en la FM Comunitaria Doña Munda, de la ciudad de Paraná. Dicho trabajo consistió en el acompañamiento del proceso de la radio mediante la realización de talleres de comunicación radiofónica y comunitaria, como parte del Proyecto de Extensión: "Comunicación Comunitaria: Haciendo la Radio" (Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - UNER). El material de base del análisis está constituido por los registros escritos y audiovisuales realizados durante los encuentros. Una primera versión de este texto fue presentada como ponencia en las IX Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación (Villa María, Córdoba), 22 al 24 de septiembre de 2005.

¹ Y, hasta el momento, la única radio comunitaria barrial de la ciudad.

primera le siguieron una serie de reuniones con el fin de poder diferenciar “*lo que es una radio comunitaria o popular*”, de “*la radio comercial, tradicional*”. Pasaron los meses y en mayor número cada vez más jóvenes del barrio se acercaban a participar de las reuniones. En febrero de 2000, un vecino de San Agustín ofreció un equipo transmisor (25 W) y en pocos días se comenzó con la señal de prueba desde el Centro Comunitario “Padre Kolbe”. Un mes después, la radio salía al aire los fines de semana de 9 a 20 hs. con programación propia.

Mediante bingos, ventas de empanadas, rifas y otros beneficios, se consiguió el dinero para poder comprar una consola de sonido, bandejas reproductoras de cds y cassetas, lo que permitió devolver los equipos prestados y comenzar a tener equipamiento propio. La programación era variada: programas tropicales, ecología, románticos, informativos barriales, religiosos, de interés general, folklóricos, música del recuerdo.

Cada programa debía ser realizado por dos o tres integrantes a fin de poder enriquecer la labor. Con el tiempo se fueron designando roles como coordinadores de programas, telefonistas y de atención al público para poder recepcionar pedidos que los vecinos enviaban en esquelitas. El sentido de pertenencia y el compromiso con la radio era tan fuerte que sus integrantes constantemente buscaban y evaluaban alternativas para mejorar. Los sábados, después que cerraba la programación, todos expresaban sus puntos de vista sobre distintos aspectos de la emisora y se fijaban nuevas metas.

Esta primera etapa finalizó en noviembre de 2000 con la rotura de los equipos de transmisión y, fundamentalmente, la ruptura del grupo humano que resultó fracturado por las diferencias de criterios, en apariencia irresolubles, sobre cómo organizar la radio.

En julio de 2004, los equipos estuvieron nuevamente en condiciones de transmitir gracias a la persistencia de un pequeñísimo grupo liderado por quien se encargaba de la gestión de fondos y de la vinculación con la fuente de financiamiento, a quien llamaremos Estela²; una agente externa al barrio que desarrollaba en éste su militancia

² Todos los nombres de personas que aparecen en este artículo son ficticios.

social. En esta nueva “puesta al aire” de la FM Doña Munda, a Estela la acompañaba un pequeño grupo integrado por la presidenta de la Asociación y otros tres antiguos integrantes del proyecto.

En este contexto fuimos convocadas como integrantes del Área de Comunicación Comunitaria (ACC) a realizar talleres de comunicación orientados a incentivar la participación de las personas del barrio en la programación de la emisora.³

Si bien la preocupación por la convocatoria se manifestó de manera constante, en una oportunidad fue expresada de la siguiente manera por Pepe, un allegado al grupo “impulsor”:

¿Cómo producimos la IDENTIFICACIÓN de los oyentes con la emisora?

Esta preocupación, expresada por un vecino, nos llamó la atención e invitó a problematizar algunos supuestos teóricos básicos con los que veníamos trabajando. Nos sorprendió que una radio denominada “comunitaria” tuviese que preocuparse por construir la identificación de los oyentes.

En relación a lo comunitario, fundamentaremos a partir de la reflexión realizada sobre nuestra praxis que:

a) Lo “comunitario” está compuesto por varias, múltiples y encontradas subjetividades que lo atraviesan y constituyen.

b) El hecho de que los proyectos se propongan como “comunitarios” no significa necesariamente que surjan de la participación plena de la comunidad, ni siquiera que sean inclusivos.

c) La identificación de los integrantes de la comunidad con el proyecto denominado (por algunos) “comunitario” no es algo que venga dado, sino una meta a trabajar permanentemente.

³ El proceso que relatamos llegó a su fin a mediados de 2006, momento en que la radio volvió a cerrar sus transmisiones. En mayo de 2008, la radio “Doña Munda” volvió al aire, ahora a cargo de un grupo de la Capilla liderado por una Hermana Franciscana y convertida en una radio religiosa. Así continúa en la actualidad.

Ninguna de estas afirmaciones se pretende novedosa; por el contrario, deseamos sumarnos a las problematizaciones que en tal sentido vienen realizando algunos de nuestros referentes latinoamericanos en relación a supuestos que sostuvieron durante años la teoría y las prácticas de comunicación popular, fundamentalmente en torno a tres conceptos centrales en ese campo e íntimamente relacionados entre sí: lo comunitario, la participación y la comunicación posible (a través de la identificación).

Comunidad

Torres Carrillo plantea que “a pesar de haber reconocido al barrio como espacio de identificación sociocultural de sus habitantes, no consideramos que los barrios sean ‘comunidades’ unitarias y homogéneas... Por el contrario, los asentamientos populares no constituyen un universo cerrado, ni son ajenos al conjunto de procesos que afectan la vida de la ciudad y de la sociedad: son escenarios donde se expresan y emergen diferencias de diversa índole” (2001:10).

A poco de comenzar a acompañar el proceso de la FM Comunitaria Doña Munda, encontramos que quienes en ese momento llevaban adelante el proyecto de la radio “comunitaria” eran un grupo pequeño de personas con un “sueño” que por momentos parecía el mismo, mientras en otros sólo parecía coincidir en tanto medio para conquistar anhelos distintos: “*contribuir a posibilitar la ‘felicidad’ de todos*” [Estela, “promotora social y humana”], “*poder ‘compartir’ con la gente del barrio*” [Francisco, vecino], “*llegar a la gente, comunicarme*” [Luis, vecino].

Ese pequeño grupo de sujetos individuales diferentes entre sí, que en el marco de la FM Doña Munda por momentos y en relación a ciertos fines constituía un “nosotros”, a su vez se diferenciaba del resto del barrio y de otros grupos de sujetos individuales que constituían a su vez otros “nosotros” en relación a éste y otros espacios. De esa heterogeneidad está hecha la materia de ese algo que se denomina “la comunidad”, a la cual pertenecía en este caso la FM Comunitaria Doña Munda.

Alfaro (1988) advierte claramente que “los sujetos no son sólo individuos, sino también solidaridades naturales, espontáneas y construcciones colectivas, forjadas por voluntad, las que también significan distanciamientos, tensiones y enfrentamientos. La organización está compuesta también de sujetos, donde tienen cabida las expectativas individuales, las demandas de reconocimiento, los efectos, como los apetitos caudillescos, y otros no nombrados”.

Como puede ya entreverse, a lo que apuntan nuestras interrogaciones es a identificar los complejos procesos de diferenciación existentes allí donde desde cierta superficial mirada podría suponerse que hay homogeneidad. Esto nos demanda diferenciar de entrada la existencia de –al menos– tres tipos de subjetividades en juego:

a) la de los actores individuales, miembros de la comunidad y miembros –algunos– de la radio; b) la de la organización nucleada en torno del proyecto de la radio comunitaria; y c) la de la comunidad como un todo con modalidades específicas de socialidad y comunicación.

A su vez, atravesándolas como una entidad con identidad propia, está el medio de comunicación, como lugar donde tales subjetividades de alguna manera [ése es el asunto, justamente: de qué manera] circulan y condensan cierta producción de sentidos.

De cómo ciertos individuos de la comunidad pasaron a ser una organización. La identidad como proceso social. El lugar del conflicto

En cierto momento histórico algunos individuos de la comunidad junto a otros extracomunitarios decidieron *organizarse* para llevar a cabo un proyecto: tener su propia radio comunitaria, teniendo en cuenta que una organización es a la vez la “acción de organizar, el resultado de esa acción y el conjunto organizado en sí mismo” (Bártoli, 1992); y, lo que más nos interesa: se trata de “formas sociales establecidas como *procesos por los cuales la sociedad se organiza*” (Arach Minella, 2005).

En ese momento, nació un sujeto colectivo cuya *identidad* estaba por construirse, entendiéndolo con Torres Carrillo como identidad colectiva de una agrupación social al “cúmulo de representaciones sociales compartidas que funciona como una matriz de significados que define un conjunto de atributos idiosincrásicos propios que dan sentido de pertenencia a sus miembros y les permite distinguirse de otras entidades colectivas; en fin, al conjunto de semejanzas y diferencias que limita la construcción simbólica de un nosotros frente a un ellos” (2001:10).

Por otro lado, Hall (2003) propone que la *identificación* es una construcción realizada en un proceso, siempre incompleto, “siempre en proceso”. Según el autor, en este proceso nunca se pierde, se gana o abandona porque, a pesar de tener condiciones de existencia determinantes (como las experiencias de vida, un recorrido histórico y un territorio en común), incluyendo los recursos materiales y simbólicos que son necesarios para sustentarla, la identificación es, en última instancia, condicional y contingente. Es una articulación que opera a través de la diferencia e implica un trabajo discursivo, una demarcación de los límites simbólicos, que siempre dejan un fuera, un otro. La identidad siempre se constituye en relación con aquello que “no es”, con aquello que falta.

Pero en ese adentro tampoco hay un sistema coherente de relaciones, una articulación total, sino sólo una sutura en la que siempre se encuentran conflictos y ambivalencias. “Las identidades nunca están unificadas, (...) están sujetas a una historización radical y están permanentemente en proceso de cambio y transformación” (Hall, 2003), porque se constituyen siempre dentro de un juego de poder y de exclusión, que no es una totalidad primordial –aunque así sea presentado–, sino el resultado de un proceso naturalizado y sobre-determinado de cierre.

En la construcción de esa identidad colectiva alrededor del proyecto de la radio participaron múltiples subjetividades individuales y sociales cuya tensión de fuerzas era tarea de la organización encausar en dirección al objetivo común. Y al hablar de “subjetividades individuales y sociales” nos referimos a posiciones de sujeto en el

espacio social, construidas por el atravesamiento de distintos discursos (Verón, 1998).

Así, mientras algunos veían en el proyecto de la radio una oportunidad de abonar a la construcción de la “*fraternidad universal*”, otro quería “*llegar a la gente*”; otra, “*que este barrio sea un barrio grande, reconocido*”. Toda la complejidad de la vida cotidiana de los sujetos atraviesa la vida de la organización: hábitos, ritos y costumbres que se repiten, recrean y resignifican dando lugar a la lucha y la resistencia hacia el afuera, pero también entre los integrantes de la misma.

La diversidad se multiplica en relación a las estrategias y prácticas que cada quien interpreta como las adecuadas para alcanzar los más diversos fines: si ha de transmitirse o no música en inglés, si la cumbia villera es una apología del delito o una radiografía popular de la realidad y si ha de difundírsela o no, si es necesaria o no la capacitación profesional, en fin, diferencias de criterios en las que la diversidad aflora generando tensiones, a veces, aparentemente irresolubles.

¿Por qué “irresolubles”? Porque nos hemos habituado a pensar el *conflicto* como un problema, en lugar de una tensión de fuerzas de cuyo impulso la organización salga fortalecida; por el contrario, siempre estamos pensando en organizaciones libres de conflicto, cuando en realidad éste es una consecuencia inevitable de la vida en sociedad. Es más, las organizaciones no están habituadas a trabajar con el conflicto como motor.

Lo que nos interesa resaltar es que la diversidad no es accidental sino constitutiva de la organización; y que en la capacidad de ésta para producir articulaciones (en el sentido en que lo trabajan Laclau y Mouffe, 1987) inclusivas de la diversidad, le va la vida. Más cuando se trata de una organización comunitaria.

Participación

La historia de la FM Doña Munda nos habla de una etapa originaria en la que “*éramos muchos, y a veces da nostalgia*”, pero en la que también “*era un quilombo*”. Incluso, la sensación que quedó en

el grupo que luego volvió a reactivar el proyecto es que eran “*muy democráticos, pero no funcionó*”. El problema en la segunda etapa, en cambio, fue la falta de participación de los vecinos.

Pero resulta que, desde la visión del pequeño grupo, “*la gente* [los otros, el resto del barrio] *quiere venir y hacer su historia*”; esto es, no sumirse a cierto orden interno que supone “*respetar los Objetivos*” redactados por el grupo impulsor de esta segunda etapa de la radio. Los “Objetivos” son una declaración de principios en la que el grupo se posicionaba respecto de la misión de la emisora, del tipo de música a transmitir y de otras cuestiones que definían sobre todo la ideología de la radio plasmada en un tipo de programación. En esta declaración de principios, realizada en el marco de la participación en innumerables espacios de formación en comunicación comunitaria, se reproducía un “deber ser” que situaba el horizonte de realización del proyecto en unas condiciones de participación y consenso que diferían bastante de las condiciones de posibilidad reales de ésta y la mayoría de las organizaciones.

Ese “deber ser” llevó a que los actores tengan en claro que “*una radio comunitaria es una radio que está al lado de la gente, es de la gente más pobre y está al servicio de los más pequeños. Es una radio que informa y defiende a la gente, actualiza desde otra mirada. Hace que la comunidad se sienta participe, se involucre y dé su testimonio*” [Jorge, integrante de la Juventud Franciscana y parte de la FM]. Sin embargo, la preocupación por la falta de participación significativa de la comunidad se daba de bruces con ese “deber ser”. La voluntad inclusiva manifestada se chocaba con el temor a caer nuevamente en esa suerte de torre babilónica en la que “todo vale”: frente al conflicto que había generado en la etapa anterior la divergencia de posiciones, se apelaba ahora a cierta forma de ordenamiento que en tanto había sido elegido por algunos e impuesto para otros, se convertía en un intento de *disciplinamiento* fuertemente resistido. ¿Por quiénes? En primer lugar, por los adolescentes. En segundo lugar, por otros sujetos del barrio.

Pero, ¿en qué punto, en qué momento el orden interno necesario se convierte en una disciplina? ¿Es posible acaso poner

en forma (codificar) (Bourdieu, 1993) sin restringir? La <vis formae> (la fuerza de la forma) de la que habla Bourdieu, ¿puede acaso por definición no ser en alguna medida violenta (impuesta)? ¿Cuál es la participación posible en la operación de codificación? Como lo planteaba Baudrillard (1974), quien maneja la operación de codificación lo maneja todo; entonces volvemos a las preguntas aparentemente sin respuestas que nos dejaba en su momento su planteo: ¿qué comunicación es posible en los límites del código?

Si partimos de considerar a la identificación como un proceso de articulación que opera a través de la diferencia (ción), tal como lo propone Hall, es posible delimitar en el mismo la permanente construcción de subjetividades definidas en términos “nosotros”/“ellos”. Esto puede verse claramente en el caso de la FM Doña Munda, donde aparecen varios pares de nosotros/ellos en la constitución de las identidades en juego.

En cuanto a la gente que participaba en la producción de la radio (“Nosotros”, la organización), veíamos emerger:

- un “nosotros1” (un micro-grupo) conformado por las cinco personas gestoras de la segunda etapa del proyecto, que conformaban la “Comisión” y se reunía semanalmente para: buscar recursos para el financiamiento, coordinar la programación, asignar horarios y días, definir y resolver todos los temas que se iban presentando; y

- un “nosotros2”, conformado por la totalidad de los integrantes del proyecto de la radio quienes, respecto del pequeño grupo gestor constituía un “nosotros-ellos” y que eran quienes participaban de la programación y demás actividades, sin tomar parte en las tomas de decisiones.

Funcionaba también una segunda distinción nosotros/ellos interna: “nosotros” (Adultos) / “ellos” (Adolescentes). Desde los Adultos, “ellos” (Adolescentes) sólo quieren hacer operación técnica, no quieren asistir a la capacitación, no cumplen los horarios de apertura de la radio. En tanto, desde los Adolescentes “ellos” (Adultos) no nos dejan pasar la música que queremos, tenemos que pedir permiso

para hacer los programas, etcétera. Resultado: los adolescentes se retiran de la escena de la radio, salvo excepciones.⁴

Por otro lado, había una distinción nosotros/ellos entre quienes hacían los programas (la organización) y los oyentes: el proyecto de la radio se orientaba a que ese “ellos” (los oyentes) se volviese “nosotros”; entonces, desde el momento en que la radio se dirigía a la comunidad, el oyente era intencionalmente interpelado a través de un “nosotros” inclusivo.

Pero cuando hablamos de participación, ¿qué ocurre con esta constitución del “nosotros”? Porque, al hablar de “comunidad”, se suponía que todos conformaban en cierto sentido una unidad: dentro de esta concepción se enmarcaban los discursos de los integrantes de la radio. Pero si era así, ¿por qué las decisiones eran tomadas por unos pocos (la “Comisión”)? Esto era señalado como una contradicción por los vecinos que habían participado en la primera etapa de la radio y ahora permanecían distanciados; e interfería en la construcción de sentimientos de pertenencia de algunos vecinos en relación a la radio como proyecto comunitario. La radio le hablaba al barrio y quienes la llevaban adelante manifestaban deseos de transmitir las distintas voces de la comunidad. Pero, ¿lo logran? ¿Qué hacer para lograrlo? ¿Cómo construir la identificación?

La participación del barrio en la radio es fundamental, pero acá volvemos a la dicotomía del ser/deber ser expresada en término de formas: inevitablemente hay un molde que le da forma a la participación en la radio y a esa forma la construyen unos pocos. La participación está regulada por una práctica cotidiana que comunica que *“el lugar está abierto, pero no para transmitir lo que querés”; “no para que cada uno haga su historia”*. Entonces, la pregunta que surge es: esos pocos, ¿en qué medida y en qué sentido representan a la comunidad a la que pretende representar la radio? Y además, ¿por qué los organizadores

⁴ Es interesante señalar que esos preceptos funcionaban más a nivel simbólico que real (a través de carteles que intentaban instaurar un orden interno), ya que luego en los hechos era imposible establecer un control exhaustivo del contenido de la programación, de modo que los pocos adolescentes que participaban de la radio ponían la música que deseaban. Parecía una silenciosa lucha por el ejercicio de la autoridad.

insisten en que la participación es fundamental para el funcionamiento de la radio? Podríamos decir que esta necesidad de hacer participar a los vecinos tiene que ver con esos preceptos sobre comunicación comunitaria que enmarcan los discursos y las prácticas; como si hiciera falta completar las piezas de un todo y como si esa falta fuese percibida como una identidad no constituida o incompleta.

Alfaro advierte que “la participación admite múltiples sentidos. Su contenido liberador depende de sus intenciones y métodos, como del modo cómo se incorpora a la vida subjetiva y objetiva de sus destinatarios. [...] En el mundo de los educadores y comunicadores populares, la participación es por lo tanto casi un ritual y una fe significativa y garantiza la liberación, no puede faltar. [Pero...] ignorábamos o tratábamos de olvidar que la complejidad social y cultural ha hecho más borrosa la diferencia entre las clases, las culturas, lo urbano y lo rural, lo masivo y lo popular [...] Que unas prácticas participativas no podían cambiar tan fácilmente un relación social tan arraigada. [Por lo tanto...] ¿Quiénes somos, para qué estamos? ¿Cuál es nuestro lugar en la participación? El que hoy día lo podamos plantear así con toda su crudeza, es señal de redenciones mutuas que ya se inician, tejiendo la esperanza” (1988).

La comunicación posible (a través de la identificación)

En definitiva, nuestros interrogantes coincidían con los que planteaba María Cristina Mata acerca de “los momentos, lugares y modalidades a partir de los cuales unos individuos y grupos elaboran sus propuestas y otros las hacen suyas, las rechazan o modifican” (1989). También dice: “Una radio es más que un conjunto de mensajes. Es una *institución* con historia, con roles políticos jugados ‘a favor’ o ‘en contra’ en momentos claves de la vida del país y de la ciudad. Es un conjunto de locutores, conductores de programas, periodistas, artistas, que tienen nombre y rostro, historias particulares. Y no puede pensarse un sistema de recepción al margen del rechazo o adhesión que esas historias suscitaron y suscitan en sus oyentes. Por último, una radio también es su audiencia: los ‘iguales a mí que escucho’ o los otros. Y por allí también pasan los modos de recibir los mensajes,

por las redes de naturaleza simbólica que logran diseñar entre sus públicos” (1989). En tanto medio de comunicación, la radio constituye un prisma a través del cual es posible ver refractados ciertos modos de ser de lo comunitario.

Las emisiones de Doña Munda partían de una suposición acerca de lo que la comunidad quería escuchar, es decir, lo que el grupo *interpretaba* de la comunidad. El oyente ideal, en este caso, era el vecino a quien se conoce y con el que se comparte una vida cotidiana y un territorio, la persona con quien uno (comunicador) se encuentra al salir a la calle. De esta manera, se produce algo así como una relación de transferencia en relación al oyente que supone al menos por parte de quienes hacen la programación, si no una identificación del oyente con la radio, sí una identificación de la radio con el modelo de oyente construido.

Pero el *prisma* refracta, no refleja: esto significa que en el propio ejercicio de resignificación permanente que toda comunicación supone, es posible introducir la diferencia. De eso se trata la articulación.

Entonces... ¿la identificación es o se hace?

Al preguntarnos ¿a quién le hablan? ¿Quién está del otro lado mientras la radio emite? Ricardo Haye (2000) sintetiza esta operación realizada desde la producción: esto supone que cada una de las personas que se posiciona como emisor (conductores, operadores, informativistas, musicalizadores, etcétera) interpela a sus escuchas en función de la construcción imaginaria realizada para preverlos. A su vez, el oyente se comporta como tal desde sus condiciones reales, también construyendo la identidad del emisor a partir de un cúmulo de información que es completada transferencialmente a través de un proceso de proyección.

Así, entre ambas posiciones –emisión y recepción– se establecen diferentes modos de co-operación (sensorial) que, al proyectarse una en relación a la otra, se re-significan permanentemente, se vuelven a significar pero de otra manera, con nuevos elementos: los que cada quien “trae” consigo a la situación de comunicación. Desde ahí se constituiría la identificación, en este caso en relación a la radio.

Pero en el caso de la FM Comunitaria Doña Munda, la operación de mutua re-significación está teñida por una historia (la “primera etapa” de la radio) que, por su fuerte carga emocional, obstruye las posibilidades de emergencia de nuevos y diferentes elementos de significación.

Cuáles sean los elementos identitarios del otro que se traigan al encuentro resulta fundamental para que el proceso continúe su marcha de manera productiva. Pero en este sentido, del mismo modo que hay asimetría entre el medio y sus oyentes, es diferente también el grado de responsabilidad que a cada una de las partes le cabe en la posibilidad de destrabar el proceso: quienes asumen la gestión y planificación del proyecto comunicacional –en este caso, comunicadores populares– saben que la identificación “se hace” y que, en ello, al proyecto le va la vida.

Pero también es cierto que, al mismo tiempo, la identificación “es”, en el sentido de que siempre hay una estructura, ciertos rasgos objetivos que vienen dados y que condicionan la práctica social, sin los cuales ningún proceso de identificación sería posible: una historia, determinadas redes sociales, condiciones objetivas de vida, una base territorial común, una lengua, maneras históricas de relacionarse entre sí, etcétera. Esta dimensión “objetiva” de la identificación no es, sin embargo, una entidad que venga dada de una vez y para siempre, sino que implica ciertas condiciones compartidas que, al mismo tiempo que suponen cierta común-unidad, implica también disputa de posiciones, relaciones de fuerza en conflicto motorizando permanentemente el proceso: maneras distintas de pensar y hacer lo común, que sólo se mantienen unidas a través de pequeñas puntadas, si seguimos con la metáfora de la sutura.

Ahora bien, la necesidad de comunicación está en el centro de este proceso de construcción de lo común y, en el caso que estamos analizando, todos y cada uno de los integrantes de la comunidad conoce vivencialmente –sabe– de la importancia de un medio de comunicación como la FM Comunitaria Doña Munda para enriquecerlo. De manera que en la medida en que el conflicto pueda transformarse permanentemente en articulación de diferencias, la salud de los proyectos comunitarios estaría resguardada.

Referencias bibliográficas

Alfaro, R. M. (1988). “¿Participación para qué? Un enfoque político de la participación en comunicación popular”, en *Diálogos de la Comunicación*, N° 22; Lima, FELAFACS.

Arach, K. (2005). *La dialéctica de una comunicadora social*. Tesis de Licenciatura en Comunicación Social; Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos. Mimeo.

Bártoli, A. (1992). *Comunicación y organización. La organización comunicante y la comunicación organizada*, Buenos Aires, Paidós.

Baudrillard, J. (1974). *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI.

Bourdieu, P. (1993). *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa.

Hall, S. (2003) *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Haye, R. (2000) *La radio del siglo XXI. Nuevas estéticas*, Buenos Aires, Ediciones Ciccus-La Crujía.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI.

Martín Barbero, J. (2004). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Mata, M. C. (1989). “Radios y públicos populares”; en *Diálogos de la Comunicación* N° 19. Lima, FELAFACS.

Ortiz, R. (1996). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Torres Carrillo, A. (2001). “Barrios populares e identidades colectivas”; en *Mar y Arena* Año 2 N° 9; Revista Electrónica de la Facultad de Ciencias Sociales; Universidad Autónoma de Sinaloa; Mazatlán Sinaloa, México.

Verón, E. (1998). *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa.

“CAPACITACIÓN” EN COMUNICACIÓN COMUNITARIA: EL LUGAR DE LA CULTURA POPULAR

*Patricia Fasano, Karina Arach Minella, Gretel
Ramírez, Marianela Morzán y Verónica Mingarini*

*“No basta con hacer circular las palabras
de un lado a otro de la barrera que separa
a las clases populares de las otras clases,
para restablecer la continuidad del espacio social
y del espacio simbólico”
Claude Grignon*

Lo que motiva la elaboración de este artículo es la necesidad de reflexionar sobre la relación que establecemos con los sectores populares con los que nos vinculamos a través de acciones de capacitación emprendidas desde el Área de Comunicación Comunitaria (ACC), a la cual pertenecemos.

La misma gira en torno de una preocupación fundamental que acompaña todo el tiempo nuestras prácticas, y que tiene que ver con el complejo escenario en el que en estos albores del siglo XXI se presenta esta suerte de “resurgimiento” de la comunicación comunitaria en nuestro país y en el entorno de la carrera de Comunicación Social de Paraná.

1. Un marco para mirar nuestras prácticas

Desde hace algunos años, se ha vuelto cada vez más habitual escuchar hablar de la importancia del rol de la comunicación comunitaria en el desarrollo de una ciudadanía activa.

Podría conjeturarse que tal emergencia está directamente relacionada con el refulgir del protagonismo político de las pequeñas

organizaciones que caracterizó la llamada “crisis del 2001”, y es cierto que dicha crisis social, económica y política tornó evidentes en la opinión pública no sólo los niveles de pobreza de la Argentina (que súbitamente despertó del sueño de ser parte del Primer Mundo) sino también el necesario protagonismo de las organizaciones de la sociedad civil en ese contexto.

Lo que esto no explica es cómo la “comunicación comunitaria” –como estrategia técnico-política de las organizaciones– llega a popularizarse como alternativa y qué condiciones hacen posible la aparición de –en nuestro caso– la Universidad como aliada de la sociedad civil en ese cometido.

Dos factores, creemos, han intervenido de manera decisiva para posibilitar dicho escenario: por el lado de las organizaciones comunitarias, la difusión de un modelo de gestión internacional de financiamiento que promueve la realización de “acciones comunicacionales” en los contextos comunitarios, en muchos casos inclusive como requisito indispensable; por el lado de los sectores profesionales de la comunicación, la existencia de una profunda crisis laboral –y existencial– en torno de las competencias académicas y profesionales del comunicador social. Ya desde la década del '90 venían presentándose las *condiciones* para el encuentro entre esos dos actores sociales y políticos: uno en procura de elementos técnicos, el otro en procura de un remozamiento político de la profesión de comunicador social.

Lo que una mirada más atenta obligaría a ver es que, en muchos de los casos, esto supone que ni las prácticas de comunicación comunitaria advienen herramientas de expresión (política) de los sectores populares como resultado de un proceso “espontáneo” de apropiación de las mismas, ni el contacto de los profesionales de la comunicación con los actores comunitarios es el resultado de un proceso sostenido de construcción de un vínculo entre universidad y medio incorporado –hecho *cuerpo*– en la formación académica y profesional de los mismos.

Sería ésta una mirada ciertamente “nostálgica” de ciertas condiciones políticas en cuyo marco parece haber surgido, allá por las décadas del '70 y '80, la comunicación comunitaria, al abrigo de pa-

radigmas políticos revolucionarios, traducidos en prácticas de educación (y comunicación) popular.

Preferimos mirar desde otro lugar (teórico, epistemológico, político) que nos permita ver esas *condiciones* como *mediaciones*, tal como Martín Barbero lo viene planteando desde hace ya dos décadas: como “los *lugares* de los que provienen las constricciones que delimitan y configuran la materialidad social y la expresividad cultural” de las prácticas de comunicación (1987:233).

Siendo así, las *mediaciones* se presentan como *articulaciones*, es decir, como elementos que al relacionarse se transforman; y en el caso que nos ocupa, los elementos a los que nos referimos son, como lo apunta Jorge Huergo (2001), “los sectores, las prácticas y las representaciones hegemónicas y los sectores, las prácticas y las representaciones subalternas”, encarnados aquí por las figuras de la Universidad y las organizaciones.

Tales *articulaciones* se tratan, a no dudarlo, de *articulaciones políticas*. Y verlas como *mediaciones* nos permite considerarlas no como las “desviaciones” de un modelo ideal, sino como las condiciones *reales* desde las cuales entender nuestras *prácticas* en términos de “*praxis*” (el concepto de “*praxis*” nos permite pensar, reflexionar, producir teoría *desde* y *en* las acciones reales y concretas del presente, que es necesariamente un presente histórico, un presente dentro de ciertas *condiciones históricas*).

2. En el comienzo, la demanda

Cabe aclarar que las reflexiones que presentamos aquí corresponden fundamentalmente a las prácticas de capacitación llevadas adelante por uno de los equipos del Área de Comunicación Comunitaria: el que trabaja en relación a los proyectos de medios comunitarios, especialmente radios. Así, el equipo brinda capacitación, acompañamiento, asesoramiento profesional a grupos pertenecientes a organizaciones, centrando la capacitación en la dimensión “comunitaria” de la comunicación y en algunos procedimientos técnicos específicos, generalmente, de la dinámica radial.

Lo que sucede concretamente es que los representantes de diferentes comunidades nos convocan en tanto profesionales de la comunicación (o estudiantes avanzados) para “atender” los problemas en/de la comunicación en sus lugares de referencia. Esto se traduce de las más variadas formas: talleres de expresión, talleres de radio para adolescentes, creación de una radio barrial, creación de un boletín, etcétera.

Ahora bien, ¿qué requieren exactamente cuando nos convocan?

Muchas veces, la convocatoria llega en términos de *“queremos un cursito de radio”*, o *“nos gustaría tener una radio barrial”*, o *“nos prometieron un subsidio para la radio en el barrio, pero no sabemos por dónde comenzar”*, *“queremos que los niños tengan una experiencia con el lenguaje radiofónico en la escuela”*, entre otros. Se nos convoca, aparentemente, como poseedoras de un saber técnico huérfano de toda perspectiva política.

Miraremos más de cerca algunas de esas experiencias, para poder *ver* un poco mejor lo que allí acontece.

Caso 1. FM Comunitaria “Doña Munda”

En 2005, los integrantes de la FM Comunitaria “Doña Munda” (primera y en ese momento única radio comunitaria de Paraná), del barrio Padre Kolbe, nos solicitaron una suerte de apoyo técnico para la producción de sus programas de radio. La radio había vuelto a transmitir luego de estar cerrada cerca de dos años, y el equipo de comunicadores populares a cargo de los programas era, en gran medida, nuevo.

El requerimiento era claro: precisaban capacitación técnica en radiofonía, incluyendo operación técnica y armado de programas, especialmente. Lo que hicimos –durante un año– fueron encuentros de taller en los que, con un grupo que rondaba entre los 5 y 10 integrantes (todos adultos y un adolescente), trabajamos técnicas de sensibilización musical, de percepción auditiva, de producción periodística (encuestas, entrevistas, lectura e interpretación de noticias), de operación técnica y otras, poniendo un permanente énfasis en el

contenido y la condición comunitaria del espacio. En el transcurso de los encuentros fuimos interiorizándonos sobre el problema que constituía para el grupo la insuficiente participación de los vecinos en el proyecto de la radio, así que de a poco fuimos también implementando conjuntamente *estrategias de convocatoria del vecindario*, que incluyó la realización de una Radio Abierta como cierre del año.

A mediados de 2006, la radio volvió a cerrar las transmisiones debido a la *falta de participación de los vecinos*, y en el 2008, se nos convocó a participar en el proceso de puesta al aire (por tercera vez) de la emisora.

Caso 2. Club de Abuelas, 1era. Etapa: Experiencia con el grupo de adolescentes (y la organización)

A fines de 2005, el equipo del ACC fue convocado por el Club de Abuelas del Barrio Belgrano con la expectativa de que les ayudáramos a tener la radio propia. El proyecto comenzó con mucho entusiasmo y con alrededor de ocho jóvenes, que serían los encargados de poner en marcha el proyecto en representación de la organización. Se realizaron algunos talleres de sensibilización con integrantes de otras radios comunitarias que ya habían tenido éxito, como la FM Aire Libre de Rosario, y se comenzó a trabajar intensamente en la presentación de proyectos para obtener financiamiento para la compra del equipo de transmisión.

Luego comenzamos con el taller de radio comunitaria. Los encuentros empezaron siendo quincenales pero luego, a pedido de quienes participaban del taller, el mismo comenzó a ser semanal. Cabe aclarar que, debido a las otras actividades que allí se realizan, la organización contaba con equipamiento de audio y computación que permitía usar micrófonos, grabar, mezclar, editar, etcétera en el ámbito del taller; debido a ello, también, varios de los jóvenes que participaban de los encuentros ya manejaban con fluidez esa tecnología, o sea que lo único que faltaba era poder “salir al aire”.

Transcurridos los meses y ante la falta de aparición de financiamiento para comprar los equipos, el entusiasmo inicial se fue enfriando.

do. Esto, sumado a la existencia de algunas cuestiones relacionadas con su pertenencia a la organización, motivó que varios integrantes del grupo dejaran de participar de los encuentros de taller.

Después de unos meses sin actividad, el equipo del ACC planteó una nueva propuesta: un taller de radio con niños, con el objetivo de continuar con la sensibilización de la comunidad en relación al proyecto de la organización de tener una radio propia.

Caso 3. Club de Abuelas, 2da. Etapa: Experiencia con el grupo de niños

Durante los últimos cuatro meses del 2006, llevamos adelante un taller de Radio para niños y niñas en el Club de Abuelas. Este taller intentó fortalecer las relaciones de la organización con nuestro Proyecto de Extensión, que se encontraban un poco desgastadas por la frustración experimentada con el proyecto anterior y también por la existencia de algunas visiones estratégicas diferentes entre la organización y el equipo del Área.

Con este nuevo grupo, integrado por niños de diversas edades, jugamos a “hacer radio” imaginando situaciones radiofónicas. Así nació “Radio Barrio Belgrano” y el programa “Es lo que hay”, que se emitía por medio de equipos de audio y parlantes para todo el Club de Abuelas y el vecindario.

Para finalizar el año, se recopilaron en un CD las producciones radiofónicas realizadas y se le entregó una copia a cada niño –junto con la certificación de la Facultad– en un acto público realizado en el barrio. Nosotras, como comunicadoras comunitarias, en un primer momento sentimos que habíamos fracasado, pero después entendimos que no había sido poco lo logrado. Más allá de lo producido en lo que a material radiofónico refiere, se había *conformado un equipo de niños que valoraron su palabra y su forma de expresarse*, y que querían hablar con su comunidad, querían hablarles a sus padres, a sus hermanos, compañeros de escuela, maestras, amigos, a todos. Escribieron cuentos, eligieron música, reconocieron quiénes de ellos eran buenos para “hablar”, quienes eran buenos para “escribir”, quienes tenían

mejor gusto para la música, y quien entendía mejor la parte técnica. Un grupo de niños y niñas se transformó, en el transcurso del taller, en un *equipo*. Y ése, en verdad, había sido nuestro “objetivo”.

Interrogantes

En la presentación de los casos se van perfilando algunos de los interrogantes con los que nuestra práctica nos enfrenta, y que deseamos desplegar en este artículo:

- ¿Cuáles son los *límites*, tanto presupuestarios como políticos y éticos, de nuestras posibilidades de *intervención* en la escena comunitaria? ¿Hasta *dónde* es propicio y conveniente que contribuyamos a “sostener” materialmente los proyectos de comunicación comunitaria con los que nos relacionamos? ¿Cuál es nuestro *rol* como actores en ese proceso?

- ¿Qué significa que se nos demande como “profesionales”?

- La demanda de un “servicio profesional” por parte de comunicadores sociales universitarios, ¿no constituye acaso una demanda de contribuir a *poner en código* (generalmente radiofónico) el discurso popular? Y también en ese sentido, ¿cómo manejarnos entre los límites de, por un lado, el riesgo de la estereotipación de ciertas formas de la cultura popular con su consecuente pérdida de especificidad y, por otro lado, la necesidad de promover la producción de piezas comunicacionales “audibles” dentro de los códigos de audibilidad de la población? ¿Qué implicancias tiene transformar en “radiofónico” el lenguaje popular?

- ¿Y no constituye, acaso también, esta demanda que las organizaciones realizan a la Universidad una demanda de “legitimidad” de los saberes de la cultura popular (a ser re-estetizados para encuadrarse en las “leyes” de la comunicación masiva)? Este modo de materialización del vínculo, ¿es un modo de legitimación de un saber que se posee, o es un *pedido* de autorización a quienes se asigna la *autoridad* para discernir lo que <es> de lo que <no es> radialmente audible?

- Al demandarnos desde ese lugar, la relación se construye desde un comienzo posicionándonos en el lugar de representantes de una

institución (la Universidad) portadora legitimada del “saber” (técnico-profesional). Esto supone una asimetría social desde el comienzo. ¿Cómo administrar esa asimetría?

Éstos son algunos de los interrogantes, en relación a los cuales venimos desarrollando algunas intuiciones teóricas, que son las que brevemente vamos a presentar a continuación.

Andando por el (espinoso) terreno de las paradojas

Somos parte de un escenario indiscutiblemente nuevo, para el cual no nos preparan las (en general desactualizadas) producciones teóricas sobre comunicación popular y comunitaria. En ese marco, y en relación a los interrogantes antes presentados, tenemos algunas intuiciones para compartir.

Primera intuición: es prioritario aportar a la actualización de la producción teórica sobre comunicación comunitaria

En ese nuevo escenario, ocurre que –a diferencia de lo que pasaba en las décadas de los ’70 y ’80, en que la condición “artesanal” parece haber sido casi un requisito de las prácticas de comunicación popular– las organizaciones sociales se relacionan de manera autónoma con entes de financiamiento (del Estado nacional o del exterior), consiguen los fondos para emprender proyectos de comunicación comunitaria –es más, en algunos casos los propios proyectos son impulsados por esos entes como condición para la ejecución de proyectos sociales más amplios–, y luego requieren la capacitación técnica de ciertas instituciones legitimadas (como la Universidad), lo que a su vez les agrega mérito en la gestión con dichos entes. Hay así (al menos) tres *institucionalidades* que se vinculan *en* estas prácticas: 1) la de la organización comunitaria (en la persona de sus líderes); 2) la del ente de financiamiento; y 3) la de la organización capacitadora (en este caso la Universidad). Tres *mediaciones institucionales* en la producción del proceso de comunicación comunitaria, incluso antes de que éste sea encarnado por los demás actores comunitarios.

O sea que muchas de las veces somos convocados con la secreta pero perceptible expectativa de que contribuyamos a encender el fuego comunal de la comunicación comunitaria allí donde existe solamente el propósito de una gestión: los líderes quieren “tener” una radio o que la radio existente “funcione”, entonces se nos convoca con el anhelo de que contribuyamos a cumplir ese propósito. ¿Y no es eso legítimo?

Pareciera que esa suerte de “imposición” política de generar proyectos de comunicación comunitaria que experimentan algunas organizaciones, como también esa suerte de fantasía de que la comunicación comunitaria consiste en gran medida en la disponibilidad de un dispositivo tecnológico (los aparatos de transmisión de la radio y los equipos de audio), es una condición de origen de nuestra actual relación con los proyectos de comunicación comunitaria, donde lo que se nos está solicitando, detrás de la demanda visible de “capacitación técnica”, es la creación conjunta de las condiciones *políticas* imprescindibles para llevarlos adelante.

Segunda intuición: tras el lenguaje técnico de la demanda por “capacitación técnica”, lo que las organizaciones comunitarias esperan es que contribuyamos a posibilitar las *condiciones políticas* de las prácticas de comunicación comunitaria

Esto nos lleva a pensar, entonces, ¿qué rol nos cabe jugar en ese escenario, ya no en tanto actores técnicos, sino en tanto *actores políticos*?

Viene aquí a nuestra memoria lo expresado por María Cristina Mata en ocasión de las II Jornadas de Comunicación Comunitaria, cuando decía que “la Comunicación Comunitaria tiene que ser un espacio de integración de diferentes grupos, no sólo de grupos de la comunidad sino de grupos, de instituciones y de otros lugares que puedan compartir un horizonte político; reconociendo la diferencia y reconociéndose como actores sociales diferentes; pero todos con la misma obligación y legitimidad para actuar en política. Por eso, si uno no se asume como actor social sino como alguien que va a cooperar con otro, a comprometerse con otro, un compromiso donde parece que el otro es el actor social legítimo y uno tiene la dismi-

nución de ser el pequeño burgués, a mí me parece que le hacemos un flaco favor a la posibilidad de construir verdaderas alternativas políticas. Nuestra palabra nunca será una palabra que no intervenga en esa construcción, aunque digamos que nuestra palabra es de cooperación, de apoyo y de lo que se trata es de asumir que nuestra intervención es una intervención política”.¹

La cuestión, para nosotras, pasa por cómo realizar una oferta de capacitación-acompañamiento que ni descuide la *dimensión política* requerida en el vínculo, ni descuide la *dimensión técnica* explícitamente demandada. O, en otros términos, que atienda a la *demandada técnica* asumiendo plenamente la *responsabilidad política*.

Esta cuestión presenta una paradoja, ya que: por un lado, las organizaciones demandan explícitamente asistencia técnica y en el proceso termina desnudándose la necesidad de un acompañamiento político; pero por el otro, esas mismas organizaciones sólo nos reconocen una plena *autoridad* como actores técnicos, no políticos. Se trata de una *autoridad* asentada en una idea de “profesional” –como decíamos al comienzo– legalizado por su *saber técnico*, pero despojado de una dimensión política.

¿Cuánto de esa idea *tecnocrática* de “profesional” ha sido abonada por la propia Universidad? ¿Cuánto de ella es aún asumida por nosotros cuando creemos que estamos “cooperando” con un proceso que es de otros?

Tercera intuición: establecer un *diálogo* con lo *popular* es el camino a través del cual se encuentran, en nuestro trabajo de “capacitación”, las dimensiones *técnica* y *política* de nuestra labor

Diremos ahora algo que debimos haber dicho desde un comienzo: “capacitar” es un concepto que se opone de manera feroz a nuestras buenas intenciones. “Capacitar” implica que alguien es “capaz” y alguien es “incapaz”; y, ahí sí, sólo en la esfera exclusivamente *técnica* nuestra tarea es la de “capacitar”. ¿Y esto qué significa en

¹ Mata, María Cristina. “Experiencias y prácticas de comunicación comunitaria en pos de la palabra y la visibilidad social”, en esta edición.

nuestro caso exactamente? Significa transferir herramientas que posibilitan poner en código de “audibilidad mediática” el lenguaje popular, entendiendo la *técnica* en tanto “organizador perceptivo”, como lo propone Martín Barbero para caracterizar “aquello que en las prácticas articula la transformación material a la innovación discursiva; con lo que la tecnicidad más que a aparatos nos remite al *diseño* de nuevas prácticas, y más que destrezas, es *competencia en el lenguaje*” (Martín Barbero, 2002:231).

Éste es un *costado* de nuestro trabajo profesional, que requiere necesariamente de otro, relativo al modo en que nos relacionamos con lo *popular*, que es donde toma forma el carácter político de nuestra intervención. Y cuando decimos *lo popular*, nos referimos a ese *lugar* a la vez tan evidente y tan difícil de asir en el que las matrices y formatos culturales de los sectores populares se proponen como el otro término de un *diálogo* a través del cual se *articulan* distintas institucionalidades, en este caso el de las organizaciones comunitarias barriales y el de la Universidad. Ese *lugar*, por otra parte, en el que habita la tensión permanente de las prácticas de la vida concreta, de la vida cotidiana. En palabras de Martín Barbero, “ese ‘lugar’ desde el que se hace posible históricamente abarcar y comprender el sentido que adquieren los procesos de comunicación, tanto los que desbordan lo nacional ‘por arriba’ –los procesos macro que involucran la puesta en funcionamiento de los satélites y las tecnologías de información–, como los que lo desbordan ‘por abajo’ desde la multiplicidad de formas de protesta ‘regionales’, locales, ligadas a la existencia negada pero viva de la heterogeneidad cultural” (2002:125).

El *diálogo* con lo *popular* como *condición* –fundamentalmente *existencial*– de los comunicadores es el lugar en el que se llena de un *sentido político* emancipador la práctica de intervención comunitaria. Y al decir “diálogo” no estamos pensando en una convencional horizontalidad despojada de asimetrías y de conflictos, pletórica de armonía. Por el contrario –y es lo que estamos intentando problematizar en esta ponencia–, pensamos en el “diálogo” como un vínculo de *negociación*, de *tensión*, pero también de *acuerdos* (provisorios, inestables, a veces fugaces). En un “*suceso* o proceso de *encuentro* entre los sujetos, desde horizontes culturales diferentes” (Huerdo:2001).

Una propuesta para andar (despacio)

¿Qué hacemos *en la práctica* con estos principios, cargados de paradojas y en un terreno tan movedizo?

Propondremos a continuación una suerte de esquema de trabajo basado en tres etapas o momentos² que nuestra experiencia nos ha señalado como ineludibles en el trabajo de capacitación-acompañamiento de procesos de comunicación comunitaria tales como los que hemos presentado más arriba.

Elas son:

- a) la apropiación de una discursividad (lo que María Cristina Mata caracterizó como “pasar del *murmullo* a la *palabra*”;³
- b) la familiarización con un lenguaje técnico;
- c) la reflexividad (política) a través de la praxis (comunicativa).

a) La apropiación de una discursividad

Llamamos de este modo al primer momento del trabajo con integrantes de experiencias de comunicación comunitaria, consistente en el *reconocimiento positivo* de una identidad desde la cual expresarse –la comunidad y la cultura popular– y del propio “*acento*” (Grignon y Passeron: 1992) que esa identidad supone en la *forma* de expresión. Este momento incluye experiencias de vocalización, de movimientos del cuerpo, de reconocimiento musical, de expresión gráfica, etcétera.

b) La familiarización con un lenguaje técnico

Aquí se trabaja para generar una mínima apropiación de procedimientos técnicos que permitan “achicar las distancias” con el imaginario que en general se tiene sobre “los medios”; es decir: se propicia una familiarización con algunas técnicas a través de experiencias siempre realizadas a partir de esa discursividad apuntando

² Usamos el término “*momentos*” debido a que no se trata de etapas sucesivas, sino de distintas dimensiones –a veces simultáneas, a veces sucesivas, siempre desordenadas– de un mismo proceso.

³ *Ibídem* nota 1.

en la dirección en que lo señala Martín Barbero (1989) cuando propone pensar a “lo *masivo*” como “*mediación* histórica de lo *popular*”.

El espectro de las *técnicas* abarca tanto cuestiones ligadas a la *dimensión tecnológica* –operación de aparatos de audio, manejo de micrófonos, manejo de programas de PC, edición de músicas, etcétera–, como a la *dimensión* más específicamente *comunicacional* –realización de piezas en distintos formatos como entrevistas, encuestas, narraciones sonoras, musicalizaciones; armado de programas, criterios de construcción de noticias, etcétera– y, por último, lo que tiene que ver con el *trabajo en grupo* –asunción y alternación de roles, tomas de decisiones colectivas, etcétera–. Este momento es trabajado a través de la producción de piezas comunicacionales grupales.

El trabajo en esta fase es el que permite la multiplicación y sistematización de la experiencia, en la medida en que supone la internalización de *métodos y técnicas* (claro que esta internalización depende de la asiduidad con que los mismos son practicados).

c) La reflexividad (política) a través de la praxis (comunicativa)

La *reflexividad* es una actividad que tiene lugar espontáneamente a través de la *praxis*, en la medida en que el sujeto va viendo su propia transformación en el espejo de sus producciones. Y cuando decimos “el sujeto” no estamos pensando solamente en los participantes de los talleres: también estamos pensando en nosotros como “capacitadores-comunicadores”. La *reflexividad* es un proceso que *nos* ocurre en la medida en que nos vamos *transformando* y podemos percibir esas transformaciones a partir, claro, de una disposición a transformarnos.

A veces el momento de la evaluación –indicado al final de toda dinámica de taller– facilita el ámbito para la verbalización de esa reflexividad. A veces, la conciencia de ese proceso llega mucho tiempo después, cuando ya se está distante de la experiencia y en condiciones de procesar la propia transformación. A veces, no ocurre nunca.

Para nosotros, técnicamente, hay dos prácticas que contribuyen decisivamente a ese proceso de reflexividad: el *registro* escrito de las experiencias y la *reflexión teórica* sobre ellas.

Pues bien, algo de eso es lo que hemos intentado hacer a través de este artículo.

Para terminar, deseamos dejar flotando en el aire una interrogación, ni nueva ni sorprendente, que acompaña permanente nuestro trabajo: ¿Ser *conscientes* nos ayuda a disminuir la violencia simbólica implícita en las relaciones creadas a través del vínculo de capacitación en comunicación comunitaria?

Apostamos a que sí. Al menos, nos ayuda a hacernos *responsables*; y, siguiendo la tradición de Mijail Bachtin –y Valentín Voloshinov (1992)–, la *responsabilidad* sería la primera condición de la *comunicación*.

Referencias bibliográficas

Bachtin, M. (1982). *Estética de la creación verbal*, México, Siglo Veintiuno.

Grignon, C. y Passeron; J. C. (1992). *Lo culto y lo popular*, Madrid, Ediciones de La Piqueta.

Huergo, J. (2001). “La popularización, mediación y negociación de significados. La popularización de la ciencia y la tecnología”, Ponencia presentada en el Seminario Latinoamericano Estrategia para la Formación de Popularizadores en Ciencia y Tecnología. Red POP- Cono Sur. La Plata, 14 al 17 de mayo. <http://www.redpop.org/publicaciones/mainlapopularizacion.html>

Martín Barbero, J. (1989). *De los medios a las mediaciones*, México, Gustavo Gili.

_____. (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Voloshinov, V. (1992). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza.

PENSANDO EN COMÚN III*

MEDIOS COMUNITARIOS: SOBRE LA EXPERIENCIA DE LA FM COMUNITARIA “DOÑA MUNDA”

PRESENTACIÓN

(Delia Pesoa¹) La historia de esta radio comunitaria comenzó allá por el año 1999, en la Capilla San Francisco de Asís de la ciudad de Paraná. Surgió la necesidad de que el barrio Padre Kolbe tuviera un medio de comunicación, más exactamente una radio; razón por la cual se convocó desde la Capilla a la Hermana Mariana, del Centro Franciscano, y a un conjunto de gente, con la idea de empezar a pensar qué se podía hacer. Y así comenzaron las reuniones. Primero en octubre del '99, luego también en noviembre y diciembre, hasta que en febrero del 2000 ya estábamos arrancando con el funcionamiento de nuestra radio comunitaria.

En la Capilla no se podía transmitir porque los espacios estaban ocupados. Entonces, comenzamos a hablar con la gente de la Comisión Vecinal. Ellos nos prestaron un espacio muy chiquitito –que al principio era sólo una cocina–, sacaron de allí todas sus cositas y nosotros empezamos a poner las nuestras. Los primeros equipos que teníamos eran prestados, armados y muy chiquitos, de muy poco alcance. Eran solamente de 5 vatios, por eso salíamos a dos cuadras alrededor, no mucho más. Y se prendió mucha gente en el barrio.

En aquel momento éramos aproximadamente entre 30 y 40 personas, todas del barrio. Ninguno sabía de comunicación... jamás habíamos estado delante de un micrófono. Simplemente éramos gente con ganas de hacer, con ganas de comunicarle a otros vecinos cosas

* Presentación y posterior intercambio acontecidos en el marco de las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 8 al 10 de noviembre de 2006; Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos).

¹ Vecina del B° Padre Kolbe y por entonces presidenta de la Asociación Civil “Doña Munda”.

importantes para nosotros: qué es lo que hacía la cooperadora de la escuela, qué estaba haciendo la capilla, etc. Y más allá de estas informaciones, estaban también los valores y talentos del barrio. Había mucha gente que sabía cantar, gente que sabía recitar, gente de nuestros barrios de Paraná que nunca iba a poder llegar a los medios masivos.

De este modo, comenzamos a transmitir continuamente los viernes, sábados y domingos –tres días a la semana–, con el día completo de programación. Éramos muchísimas personas al principio. Nos encargábamos todos de todo, casi sin pensar. Todos queríamos tener un programa. Al comienzo estábamos con mucho miedo de agarrar el micrófono. Después, cuando nos fuimos soltando, ya nos peleábamos por hablar, por ver quién se quedaba con la palabra.

Lo primero que hicimos fue establecer los objetivos de la radio entre todas las personas que conformábamos el grupo. Los objetivos eran muy sencillos, eran más bien pautas que habíamos acordado. Estuvimos saliendo al aire desde allí aproximadamente un año y medio, con muchas complicaciones. No entraba dinero, la gente que trabajaba allí lo hacía *ad-honorem*, por buena voluntad, y si se rompía cualquier cosita nos costaba realmente carísimo. Contábamos con la colaboración del nieto de Doña Munda –una vecina tradicional del barrio, en honor a quien se le puso el nombre a la radio–, que vivía en el barrio Gaucho Rivero. A él le gustaba mucho el tema de la radio y tuvo, en alguna época, una radio que se llamaba FM Latina. Él acomodaba y arreglaba los equipos, se acercó a nosotros y empezó a ayudarnos, cada vez que se nos rompía algo. Lo hacía todo de manera bastante artesanal.

Tampoco teníamos teléfono propio. Nos lo prestaba una vecina de la cuadra. Cuando había algún llamado telefónico, mandábamos a una persona corriendo para que trajera el papelito. Incluso el hijo de ella, que era muy chiquito en ese momento, iba corriendo –con lluvia y con barro, porque tenía que atravesar la placita del barrio– y nos alcanzaba los mensajes de la gente. Muchas veces nos pedían temas musicales que nosotros, lógicamente, no teníamos. Todo el material que teníamos lo traíamos desde nuestras casas. Pedían un tema musical, nosotros aclarábamos en la radio

que no lo teníamos y pedíamos que nos lo acercaran, si alguien lo tenía. De esta forma, la gente se iba enganchando y nos prestaba su material musical.

En aquellos momentos, hace unos cuatro o cinco años atrás, no tenía forma de obtener dinero para afrontar los gastos que significaba mantener los equipos. Entonces, todos los domingos organizábamos bingos, venta de tortas fritas y pasteles. Inclusive organizamos un baile del recuerdo, en avenida Ejército, junto con la gente de la escuela “Gaucho Rivero” que nos ayudó muchísimo, con el propósito de que entrara dinero de alguna forma. Pero nuestra finalidad era que no se convirtiera tampoco en una radio comercial. Pretendíamos que no hubiera publicidad, sino más bien gente que apostara a nuestro proyecto. Invitamos a los comerciantes del barrio –el carnicero, el verdulero, el panadero– a que aportaran para nuestro proyecto. Nosotros les pasábamos publicidad, con sus nombres, destacando que esa era la gente que nos apoyaba y ellos colaboraban con 2 pesos, 3 o 5 según sus posibilidades. Como era mucha la gente que estaba en la radio, siempre alguno de nosotros tenía algún comerciante amigo para sumarse. Con el tiempo, era bastante la gente que nos apoyaba y aportaba con su colaboración. A través de ello se pagaba la luz de la comisión vecinal, otras cuentas y demás gastos.

Estuvimos saliendo al aire un año y medio, con diversos programas de ecología, interés general, un informativo barrial, folclore, programas de los chicos de la escuela, infantiles; hasta que se nos rompió un equipo. Se rompió el transmisor, que salía muy caro y no lo pudimos hacer arreglar. En ese tiempo, además, cambió la comisión de la vecinal. La comisión entrante quiso que la radio se convirtiera en una más de las actividades de la Comisión, y nosotros no aceptamos; decidimos no apoyar esa idea y tuvimos que cerrar la radio hasta encontrar un lugar desde el cual poder salir al aire. Por otra parte, en ese mismo momento, empezamos a ver proyectos de la Fundación Franciscana de Alemania. Entonces, decidimos armar y presentar un proyecto. El mismo se aprobó y al tiempo nos mandaron el dinero para comprar el terreno y para empezar a edificar.

Durante alrededor de un año estuvimos buscando terreno. Queríamos construir en el barrio Padre Kolbe. Finalmente, conseguimos uno, lo compramos y con el dinero empezamos a edificar. Toda la edificación se hizo con la ayuda de la gente, con los que habíamos quedado, porque de las 40 personas iniciales quedamos sólo 8 o 9, para continuar con el proyecto. Como dice mi compañero Valentín, el “fierrito” convoca, pero cuando el “fierrito” no está al aire, la gente se va. Quedamos alrededor de 8 personas para levantar y sostener todo, con la ayuda de los maridos y las esposas de los compañeros. Y así, de a poco, se construyó lo que hoy está en pie en el barrio Padre Kolbe.

(Valentín Monzón²) Yo siento que fue una muy buena experiencia aquella. Fue una experiencia hermosa, porque ninguno de nosotros era experto en la materia; simplemente éramos gente corajuda, que se animó a hacer programas de radio. Por supuesto, había también gente con experiencia en medios que nos ayudó y nos animó a seguir adelante.

Lamentablemente, hoy la radio está cerrada y no sabemos bien por qué. Porque fueron muchos años de lucha. Seguimos adelante, por supuesto, junto a las personas que nos acompañan desde siempre. Más de una vez nos pasó que se nos rompían los equipos y teníamos que frenar una y otra vez. Estuvimos casi un año y pico sin transmitir, con reuniones, reafirmando el compromiso, tratando de obtener nuestros propios equipos. Hoy tenemos terreno propio, tenemos una edificación nuestra, nos hemos organizado más y mejor. Nuestros objetivos siguen siendo los mismos, quizás haya que renovarlos un poco. Sin embargo, no sabemos por qué, en un determinado momento la gente ya no quiso participar más. Tal vez fue sólo el furor del momento, o quizás hemos perdido poder de convocatoria. Es un fenómeno difícil de entender. Igualmente, seguimos apostando a esta radio del barrio.

La radio permanece cerrada, no surgen nuevos programas, no hay gente nueva que se sume. Así que los invitamos a quienes quieran

² Vecino del B° Gaucho Rivero y por entonces integrante de la Comisión Directiva de la radio.

acercarse. Estamos abiertos, dispuestos a escuchar las ideas que tenemos para brindarnos. No queremos que esto muera.

(Delia Pesoa) Días atrás, una chica me preguntaba “¿cómo puede estar cerrado esto?”. Y sí, en verdad es lamentable... Creo que todavía no hemos podido identificar las razones del cierre. Hemos salido a invitar a los vecinos casa por casa, hemos hecho afiches para convocar a la gente. Los vecinos nos dicen que nos van a ayudar, con bingos y venta de tortas fritas y pasteles, pero no quieren involucrarse en el día a día. El gran problema que tenemos es que la gente no se interesa por participar. Cuando se cerró la radio, por ejemplo, todos los vecinos fueron a preguntarnos por qué se había cerrado. Y fue por eso, precisamente, por la falta de participación de la gente. Entonces, se nos ocurrió cerrar la radio durante dos meses para ver qué pasaba, cómo podíamos remontar la situación, para pensar si teníamos que seguir sosteniendo los mismos objetivos que nos habíamos planteado en su momento o si era necesario plantearnos nuevos objetivos, si el problema éramos nosotros, los que estábamos al frente de la radio. Nos hemos preguntado muchísimas cosas en relación con esto, nos hemos sentido culpables muchas veces, al tratar de saber por qué la gente se ha alejado.

(Valentín Monzón) Cuando hemos convocado a la gente para participar de los programas de radio, no hemos obtenido respuestas. Y nosotros no queremos, por ejemplo, volcarnos a entregar premios, o a hacer concursos. Queremos que nos escuchen por nuestros objetivos, por los contenidos de los programas, no porque sorteamos algo. Por eso mucha gente que se ha acercado a nosotros, se ha encontrado con estas cuestiones, que son parte de nuestros objetivos. Hacemos comunicación comunitaria, no concursos.

Me parece que la manera de salir adelante es entre todos, como surgió este proyecto, sin concentrarse en una sola persona sino en todos. Quizás haya que reformular algunos de los objetivos que en su momento nos reunieron. Pero la radio todavía está y hay que seguir haciéndola posible.

Intercambios:

LOS LÍMITES DE LA INTERVENCIÓN EN COMUNICACIÓN COMUNITARIA: NUEVOS TIEMPOS, VIEJAS CUESTIONES

(Néstor Ganduglia) Yo quiero dirigirme, sobre todo, a la gente de Doña Munda. Me llamó mucho la atención –y se ha convertido casi en el centro del debate– este cierre de Doña Munda. Me quedaron un montón de interrogantes flotando, que en realidad me surgían como torrente. Tengo un recuerdo no demasiado lejano todavía, de haber conversado con distintos grupos en alguna circunstancia, un par de años atrás, respecto al lugar particular reservado a la cumbia villera en la radio. Hago entonces una consulta, y lo tiro así como una cuestión que me quedó simplemente dando vueltas en la cabeza, a partir de los diversos diálogos que he tenido con actores sociales y referentes comunitarios: ¿Una radio popular, una radio comunitaria, debe irradiar, debe difundir la cumbia villera? Ésa es, en síntesis, la pregunta.

Y yo verdaderamente creo, o en realidad debería decir que sospecho que, de alguna manera, éste puede ser uno, entre tantos otros factores, que hagan que una radio sea fuertemente apropiada. Es decir, puede constituir un elemento que fomente una auténtica apropiación popular, mayor acceso y llegada, en muy poco tiempo, hacia una comunidad en su conjunto, teniendo en cuenta todos y cada uno de sus rincones. En una radio, o en un ámbito comunitario de cualquier naturaleza que se trate, es un desafío de creación permanente, a riesgo de meter la pata, pero también de ser insolentes –como se dijo aquí mismo hace un par de días atrás– y de estar en constante renovación, riesgo y transformación. En relación con el tema de la cumbia villera, y qué lugar debería tener en la comunicación popular en general, la pregunta es: ¿Deberíamos alentarla y difundirla? ¿O tratar de invisibilizarla y sustituirla por otras cosas que nosotros entendemos que responden más a los intereses y necesidades de las comunidades? ¿Deberíamos reemplazarla por otras músicas que, a nuestro criterio, los identifican más y mejor? Por otra parte, identificarse con un determinado género musical, ¿qué quiere decir? ¿Qué significa? ¿Que nosotros decidimos cuáles deben ser los contenidos que los identifiquen? ¿O tiene que ver con los gustos? Me parece que esto tiene que ver con qué cosas elegi-

mos, cuando decidimos hacer una radio popular, para darle un lugar destacado, con todos los contenidos que implica y arrastra consigo. Es decir, qué contenidos ponemos de relieve, qué contenidos suscribimos o reprobamos, acaso como apologías de la violencia de género o de ciertas conductas que podríamos llamar delictivas o transgresoras. Creo que es una polémica interesante y significativa, porque sacude –a mi modo de ver– la capacidad que tenemos nosotros de escuchar lo que la comunidad aporta de suyo. Y nuestro aporte en particular debe ser, al menos, una mirada crítica.

(María Cristina Mata) Yo también quiero hacerles una pregunta a los compañeros de Doña Munda. A mí lo que no me quedó del todo claro en el relato de Delia es a partir de qué surge concretamente la radio. Porque, como bien se contó, estaba por un lado la Capilla, donde se gestó la idea de tener una radio, es decir, “empezamos a reunirnos” nos contaba Delia, y de pronto se juntó un montón de gente en torno al proyecto. Entonces yo me pregunto si esto fue una iniciativa de la capilla o de algunos laicos pertenecientes a la capilla. Esta es la pregunta que quería hacerles concretamente para pensar entre todos en este espacio.

Por otra parte, respecto de lo que comentaba Néstor recién, yo voy a responder lo siguiente: en Córdoba, en sectores populares, no cumbia villera, pero sí cuarteto, por supuesto. Lo que quiero decir es que se trata de una pregunta recurrente sobre la cual hay cientos de páginas escritas, y esto sí que a mí me preocupa. Este es un debate que se dio en los años ´70, en los años ´80. Estamos ya en el 2006, no puede ser que tengamos debates de ese tipo todavía. Puede ser, únicamente, porque hay una memoria que no se construye y esto es lo terrible. Cuando digo que no puede ser, no digo que sea una pregunta mal planteada, creo que es una pregunta que hay que hacerla de nuevo, pero por qué hay que hacerse de nuevo las mismas preguntas, una y otra vez. Hay toda una experiencia de comunicación y de prácticas sociales, políticas y culturales en América Latina que no están acumuladas en ningún lado. Esto sí a mí me parece que es un pecado, no porque tengamos a partir de todo ello una respuesta certera (ya que si la tuviese, así de rápido, es porque ya no necesito pensarlo, porque ya lo aprendí hace mucho tiempo). Yo

lo que digo es que a mí me parece, a lo largo de la comunicación comunitaria, que esto es un problema serio, que aún no sé por dónde va y que a mí me preocupa mucho. Qué estamos haciendo los más viejos por un lado y qué estamos haciendo los que tenemos posibilidades institucionales, porque no todo el mundo las tiene, de recuperar todo lo que se sabe.

Se hablaba recién de saberes. Porque acá hay un saber de la comunicación popular y alternativa que se ha perdido en el camino, que no está, y esto es lo grave. Seguramente esto no pasa tanto en otros países, pero en nuestro país sí pasa. Y está el saber de Incupo, pero a mí me gustaría poder comprobar cuántos en nuestro país conocen el saber de Incupo. No es que no hayan habido prácticas ni experiencias, pero hay como un no-registro de los debates, de los avances, de lo que se aprende día a día. Por eso me parece que es bueno que se plantee la pregunta, porque tenemos que recuperar todo lo que ya se debatió sobre ese tema. Es infinito, rico y seguramente no lo vamos a agotar aquí, pero podemos abordarlo.

En Córdoba es el cuarteto, yo sí que puedo contestar desde ese saber, de las experiencias de radio popular en mi región.

(Gretel Ramírez) Voy a responder a esta última pregunta: la radio surge concretamente a partir de un grupo de distintas organizaciones, sobre todo gente nucleada en lo que es la CTA, que recoge la referencia al Grito de los Excluidos y lo reproduce en una plaza del barrio San Agustín, situación en la que participa mucha gente de las Comunidades Eclesiales de Base. Y estas Comunidades Eclesiales de Base estaban asentadas fundamentalmente cerca de la capilla San Francisco, donde ellos luego comienzan a reunirse cada vez con mayor asiduidad. En ese momento, en el que participaron muchos gremios y también las comunidades y los vecinos, es cuando el nieto de Doña Munda se encarga de la musicalización del evento. Es él mismo quien dice “qué bueno sería volver a tener una radio”, como la FM Latina que habían tenido ellos ya en el barrio, reunidos en el patio de la casa de Doña Munda, saliendo al aire desde ahí. Se cuenta que los vecinos la escuchaban más por los parlantes abiertos que ponían, que por el alcance real de la FM. De manera que es la gente de las Comunidades, sobre todo, la que retoma la idea de una radio.

Y ahí es donde empiezan a reunirse periódicamente para formar lo que primero fue la FM comunitaria y que hoy en día ya se convirtió en asociación civil.

(Patricia Fasano) Nosotros, ahí en Doña Munda, nos encontramos con el tema ya muy instalado, respecto de la prohibición de pasar cumbia villera. En realidad, la prohibición recaía tanto sobre la cumbia villera como sobre toda la música en inglés. Entonces, en estas instancias es donde surge uno de los tantos dilemas nuestros y que tiene que ver con lo que a nosotros todo el tiempo nos atormenta, en relación a cuáles son los límites legítimos hasta donde nosotros podemos intervenir en la cultura organizacional de los grupos humanos.

Efectivamente, al encontrarnos con esta historia, nosotros planteamos una propuesta de trabajo en taller, donde trabajamos con diferentes músicas, trabajamos con los cuerpos, con los distintos tipos de músicas en distintas lenguas. No sólo en inglés, sino en idiomas extranjeros en general, entre ellos el inglés, pero también el guaraní, un idioma africano, en fin, distintos idiomas, nativos y extranjeros. ¿Y qué pasó? Hubo gente del grupo del taller que no asistió. Pero igualmente, las dinámicas se llevaron a cabo: íbamos bailando según los sonidos de la música y cuando la misma se detenía expresábamos qué emociones nos había transmitido esa música a cada uno de los participantes. Al final terminábamos bailando todos juntos, entre risas, para después hacer una evaluación. Cuál fue la gran conclusión: que la música no tiene ideología, que la música transmite emociones, que no importa el idioma, en fin, que la música constituye en sí misma un lenguaje universal para comunicar cosas (sensaciones, emociones, sentimientos, etc.). Y esto surgió del grupo mismo como conclusión, pero fue lo único que nosotros pudimos mostrar como el modo de significar del lenguaje musical y pudimos, en ese sentido, acompañarlos a ellos a una reflexión vivencial respecto de lo que implica la música como tal. Hasta ahí pudimos llegar, y ahí nos hemos debatido enormemente, porque la organización se da sus líderes, la organización se da sus estatutos, ellos mismos se están replanteando en este momento si esos estatutos y ese modelo de liderazgo escogido oportunamente no habrá sido lo que expulsó al resto de la comunidad.

Ahora bien, éste no es un fenómeno singular. En realidad, muchas veces sucede que las iniciativas son llevadas adelante con la mejor buena voluntad y progresan mediante modelos de liderazgo que no son saludables para todos los miembros del grupo. Pero son los que el grupo se da a sí mismo y en ese sentido gozan de cierta legitimidad. Entonces para nosotros es una paradoja que está todo el tiempo confrontándonos a la pregunta de hasta dónde tenemos derecho a plantear un trabajo de reflexión sobre estos temas que no surgen como conflicto para el propio grupo, que el grupo no visualiza como conflicto.

(Gretel Ramírez) Sí, realmente es un gran problema esto que menciona Patricia en cuanto a la intención de no invadir, de preguntarse hasta dónde, cuál es el límite, el umbral de la intervención. Muchas veces nos interrogamos sobre este asunto, a lo largo de los proyectos, formulándonos muchas preguntas. Y quizás, muchas de las preguntas que nosotros nos hacemos, que creemos insoslayables, apuntan justamente a dilucidar si la organización tomaba como posibles salidas o como posibles cuestionamientos todo esto que nosotros discutíamos. Lamentablemente, pienso que todavía no han podido llegar a la madurez total como grupo. O tal vez nosotros no hemos sido lo suficientemente claros, o a lo mejor tampoco nos correspondía.

(Patricia Fasano) A nosotros nos ha pasado algo realmente raro con el tema de radio, como si no termináramos de encontrarle por completo el sentido a nuestro trabajo de intervención en comunicación comunitaria. Porque nos encontramos con iniciativas que nos convocan para un acompañamiento del proceso, pero resulta que en algún momento de tal proceso nos damos cuenta de que somos nosotros quienes estamos sosteniendo el deseo de que eso exista. Y entonces, lo que nos da sentido de ser-ahí se disuelve, porque nosotros estamos ahí debido a que somos convocados a trabajar en ese lugar, ya que no somos parte de la comunidad previo a la convocatoria.

Ésta es la razón por la cual pusimos de relieve todos estos temas, como ejes a propuestas, interrogantes abiertos para conversar y debatir durante las Jornadas: todos los temas que tienen que ver

con las posibilidades de la intervención, los límites que tiene la intervención, los problemas de la participación. Realmente, nosotros hemos escuchado en estos días muchas iniciativas casi espontáneas y aparentemente muy sólidas, consistentes, de proyectos comunitarios, pero lo que vemos además en nuestro trabajo cotidiano es que es muy difícil el sostenimiento de esos proyectos comunitarios. Y como comunicadores, nos persigue todo el tiempo la pregunta: qué estamos haciendo acá, hasta qué punto es legítimo que nosotros sostengamos este proyecto cuando el proyecto supelementalmente es de la comunidad. También pienso que es un síntoma de cosas que están pasando en nuestra sociedad, pero por otra parte creo que nosotros tenemos que encontrar un modo de acompañar esta sociedad real en la que vivimos, no la que tenemos en nuestra imaginación, ésa donde los proyectos comunitarios fluyen sin dificultades.

(Laura Rozados) Yo quiero señalar algo brevemente. Me parece que directamente no habría que pensarlo por ahí, que habría que tener otra perspectiva para mirar esto que nos pasa cuando estamos trabajando con otros. No tiene que ver con que siempre le estemos errando, o con que el otro esté equivocado en su postura, o nosotros estemos equivocados en la nuestra. En todo caso, sí, algo pasó en esa comunidad. Y tendrá que revisar qué le pasó y verá qué proyectos surgen de ahí. Porque sino se busca la gran equivocación, te paralizás y te quedás ahí, frustrado, y te agarra culpa. A propósito de esto, a nosotros nos pasa que las chicas se embarazan igual, a pesar de los talleres de educación sexual, pero no es nuestra culpa. (...) Nosotros estamos trabajando con el tema de espacios comunitarios y vemos que las comunidades son cambiantes y dinámicas, entonces, la gente también empieza a cambiar. Muchas veces nosotros hacemos tareas de comunicación y comunidad, y nos damos cuenta de que, por ejemplo, un adolescente de 16 años con el cual trabajamos, luego de cuatro años ya no es el mismo y pareciera que el proyecto empieza a caerse como tal. Es decir, por la evolución comunitaria, nosotros tenemos que ir siempre renovando nuestro trabajo para hacerlo real, porque las necesidades que hoy surgen acá, quizás dentro de dos semanas ya no estén más, o se transformen en otra cosa. Me parece que no siempre fallan las técnicas,

sino que a veces no vamos al mismo ritmo. Hay una frase por ahí, en una publicación, que quiero rescatar: “no hay nada más sin apuros que un pueblo haciendo su historia”, por eso es que hay pueblos que se levantan impresionantemente en poco tiempo y otros que están años dando vueltas sobre una misma situación, lo cual no quiere decir que sea siempre un fracaso.

LA COMUNICACIÓN COMUNITARIA: PROCESO CULTURAL, SOCIAL Y POLÍTICO*

Washington Uranga

Ante todo, quiero decirles gracias. Estoy muy contento de estar acá, compartiendo estas Jornadas con todos ustedes. Voy a tratar de darle continuidad a algunas de las ideas que ya se han venido conversando en estos días y que no son ajenas a las preocupaciones que yo mismo tengo. Son nada más que algunos puntos para pensar en común.

Me parece que uno de los aspectos importantes sobre el que tenemos que seguir reflexionando se relaciona con una concepción de la comunicación entendida como proceso y no meramente como acontecimiento. Esto implica entender a la comunicación como una narración que surge de la experiencia y de la práctica, de la vida cotidiana de los sujetos. No se trata de un grito aislado, sino de un llamado al diálogo que se hilvana en el quehacer de los sujetos en la historia.

No obstante esto que decimos, nuestras interpretaciones apuntan muchas veces a mirar la historia apenas como una serie de acontecimientos aislados. Éste es también el resultado de una determinada manera de entender el periodismo de la que somos deudores:

* Conferencia ofrecida en el marco de las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria (Paraná, 8 al 10 de noviembre de 2006; Área de Comunicación Comunitaria - Facultad de Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de Entre Ríos).

la transmisión de hechos aislados, cerrados sobre sí mismos y sin concatenación alguna. Es la fragmentación del relato histórico sin conexiones entre un hecho y otro.

Por eso, cuando afirmamos la necesidad de entender a la comunicación como proceso, estamos proponiendo al mismo tiempo recomponer el sentido narrativo de la historia a través de los procesos comunicacionales. Es decir, articular entre sí acontecimientos donde los actores sociales se construyen y constituyen simbólicamente, surgen como protagonistas, e impregnan de sentido el proceso histórico del que son partícipes.

Debemos ser conscientes de que el sistema masivo de medios trata de instalar la lógica exactamente contraria, es decir, el acontecimiento por encima de la narración. Al intentar superar esta metodología según la cual la historia no es más que la suma de pequeños hechos cotidianos o de grandes acontecimientos extraordinarios sin articulación alguna entre sí, lo que estamos introduciendo es un debate sobre el modo mismo de conocimiento, sobre la forma de apropiación de los acontecimientos históricos como forma de acumulación de saberes para los actores participantes y para el conjunto de la sociedad. En este sentido, la comunicación comunitaria nos invita a reconstruir la narrativa de la historia desde los procesos comunicacionales que permiten tejer los hechos entre sí, lo cual supone hilvanar la historia particular de cada uno de los actores sociales desde la narrativa política, social y cultural de la historia colectiva.

Esto es complejizar la mirada. El proceso comunicacional no puede entenderse, entonces, como una suma de fotografías o una sucesión de cuadros; es un film, imágenes que van entrelazando actores en medio de un escenario. Ésta es la perspectiva con la que miramos la vida cotidiana cuando trabajamos en comunicación comunitaria. Esto es, al mismo tiempo, lo que nos permite pensar la comunicación mucho más allá de los medios.

Al hablar de comunicación comunitaria no nos estamos refiriendo estrictamente a los medios comunitarios, sino más bien a un proceso comunicacional en el que esos medios quedan inscriptos y del que son parte. Ésta es la razón por la cual yo no empecé hablando

de radio, ni de televisión, ni de gráfica, aunque también haya que darse un tiempo para hablar sobre ello. Lo que nos preocupa, no obstante, es un proceso comunicacional que se constituye y que, a la vez, construye la narrativa histórica.

Más allá de lo local, el espacio público: política y ciudadanía

Cabe preguntarse, entonces, ¿desde dónde debemos pensar el proceso comunicacional? Esto supone, inevitablemente, articularlo con la dimensión de lo local. Los actores se constituyen y adquieren identidad en el espacio de lo local. Luego se proyectan e interactúan. Pero es en el espacio local donde “son”, donde adquieren una determinada identidad. Es también en el espacio de la cultura donde se construyen modos de entender y de entenderse, donde cada parte adquiere una determinada personalidad e identidad en función de un todo contextual que genera sentidos interpretativos y que atraviesa cada una de las particularidades. Es un espacio donde los otros y las otras me reconocen como un par. Ese espacio de la cultura es, entonces, espacio de lo social y espacio de la política. No lo podemos pensar desagradamente. Es necesariamente un espacio de construcción política. En esta línea, creo que tenemos que pensar a la comunicación comunitaria como comunicación en el espacio público.

Lo público es, fundamentalmente, el lugar de todos y de todas, el lugar de los derechos y del reconocimiento de esos derechos que tienen que hacerse visibles y tangibles. No se trata de lo público abstracto, sino de un espacio concreto donde los derechos de todos y de todas adquieren visibilidad y se ejercen. De otro modo, lo público termina privatizado. Y este proceso de privatizar lo público es un proceso de corrupción. De esta manera deberíamos entender la corrupción: convertir lo público en privado, sacarlo del escenario, privar al conjunto social de algo que le pertenece.

Lo público no es verdadero, genuino y legítimo sin comunicación. Por eso la comunicación comunitaria tiene que estar decidida-

mente orientada a la construcción de lo público. Porque lo comunicacional, es decir, la construcción de las relaciones entre los actores en el escenario social es, en definitiva, constitutivo de lo público.

Desde este punto de vista, la comunicación comunitaria no puede trabajarse sino en el marco de la construcción de ciudadanía. Ya no podemos pensar a la comunicación sólo como información o sólo como entretenimiento. Sería una enorme reducción y una distorsión respecto de las múltiples dimensiones de la comunicación. Lo comunitario está directamente vinculado con la vocación política, en términos de construcción de ciudadanía y participación social. Construcción política que no está ligada exclusivamente a la organización política tradicional, sino que se relaciona con la construcción colectiva del bien común, tarea que tiene caminos muy diversos.

Disputas de poder, alianzas y diferencia

Distanciarse de la política partidaria no implica, sin embargo, olvidarse de la perspectiva del poder. Es primordial que asumamos que al hacer comunicación comunitaria, al trabajar en comunicación comunitaria, también nos inscribimos en una lógica en la cual existe siempre vocación por el poder. En definitiva, la construcción de lo público es una lucha por el poder. El espacio público es como una arena, un campo de batalla, un escenario donde libramos permanentemente luchas de poder. Nosotros, desde la escena comunicacional, desatamos una lucha simbólica por el poder, con los variados entretelones que esto tiene y con los distintos lugares que a cada uno y a cada una le corresponde ocupar en determinados momentos. Como sea, desagregar a la comunicación comunitaria o popular de la lucha por el poder es, a mi juicio, perder el rumbo.

Siguiendo con esta reflexión, con este pensamiento en voz alta, creo que pensar la comunicación comunitaria y popular en el espacio público, en medio de las luchas por el poder, nos obliga a abrir y a considerar el capítulo de las alianzas. Los procesos sociales son necesariamente colectivos y el resultado de la interacción entre actores. Por eso requiere de alianzas, de articulaciones de

actores plurales y diversos. Dado que no existe la posibilidad de coincidir plenamente en todo, es imprescindible asumir la diversidad, la diferencia, como un valor, aun cuando en determinados momentos se convierta en un obstáculo. Esto supone comprender la importancia del principio de alteridad: reconocer que el otro y la otra valen por sí mismos, porque son esencialmente diferentes a mí y porque –desde la lógica de la alteridad– me aportan desde la diferencia. El otro y la otra me enriquecen desde la diferencia y se enriquecen conmigo. De más está reiterar cuán aburrido sería si fuésemos todos iguales, además de absolutamente improductivo.

La comunicación colabora a la construcción de consensos, pero también a la constitución de un espacio de diálogo en la diferencia. Me parece que hablar sobre esto, en este país, en este momento, no constituye una cuestión menor. Creo que hablar del reconocimiento de la diferencia y de construir desde visiones plurales en función de objetivos comunes, es un asunto clave en un proceso político como el argentino donde, si bien hemos dado algunos pasos importantes, todavía estamos muy estancados en cuanto a la construcción de alternativas políticas que nos permitan caminar con certezas el mediano y el largo plazo.

Desde el campo de la comunicación comunitaria y popular, nosotros –los comunicadores– tenemos que realizar aportes en esta línea. Aportes críticos, pero también propuestas de construcción colectiva.

Experiencias de encuentro: universidad, organizaciones sociales y Estado

En relación a la Universidad y la producción de conocimiento, yo también tengo la experiencia y la vivencia de estar adentro de la Universidad. Y también tengo algunas asignaturas pendientes, pero estoy seguro que un espacio como este debería repetirse a lo largo y a lo ancho del país con mucha más asiduidad. No se trata simplemente de lugares, no se trata de si la Universidad va o si las organizaciones vienen. Me parece que la Universidad tiene que ir y las organizaciones tienen que venir y, en todo caso, creo que todos

los procesos de construcción política y producción de conocimiento son siempre una experiencia de encuentro, en la que todos nos enriquecemos. No es que la Universidad aporte algo esencialmente diferente a lo que pueden contar las organizaciones populares, o que éstas tengan una palabra o una mirada única y particular. Lo que aportamos todos son prácticas de vida cotidiana distintas, prácticas que se enriquecen y generan conocimiento en el encuentro.

En este sentido, la comunicación comunitaria y popular no puede entenderse como un recorte de algo más grande que sería la comunicación. Es una perspectiva aplicable a toda la comunicación. Es un lugar de encuentro en el espacio de la vida cotidiana, entre quienes tienen prácticas diferentes. Y ese lugar, como tal, es un lugar de producción de conocimiento. Es un lugar de diálogo y de intercambio donde el conocimiento emerge. En este sentido la comunicación comunitaria es también una vocación y una decisión política para, desde el encuentro, ser capaces de socializar el conocimiento, convertirlo en alimento político y motor de la acción en el espacio público. Es una convocatoria a la acción en la historia y en la permanente interlocución con otros y otras. Lo contrario es encerrarnos en nuestros libros, ensayos y ponencias para nuestra propia autosatisfacción, pero sin ninguna incidencia transformadora.

Desde mi propia experiencia en los últimos años, siento que a partir de esta mirada hay que rediscutir el Estado, como lugar y como concepto. Nos cuesta sentirnos parte del Estado, porque es un lugar y un actor ajeno a nuestras prácticas. Está allá, lejos de nosotros, por fuera de nuestras prácticas. Recurrimos al Estado para demandar, para exigir pero difícilmente para integrarnos a una labor de construcción conjunta, colectiva y asociada.

Es necesario volver a entender al Estado como la representación del conjunto de la ciudadanía, es decir, de todas y de todos nosotros, y sin reducirlo a su aparato burocrático. El neoliberalismo arrasó con el Estado, lo redujo a su mínima expresión. Y también montó una campaña de desprestigio según la cual el Estado es ineficiente y corrupto. En contraposición existiría un sector privado eficaz y supuestamente incorruptible. Completa el escenario una sociedad civil encargada de las tareas filantrópicas y que debe hacerse cargo

de quienes, por ineficacia o incapacidad, son excluidos del sistema. Debería agregarse la idea de que si el Estado no se nota, es mejor Estado. Aunque luego se recurra a ese mismo Estado para garantizar, de la manera que sea, las operaciones y las ganancias de los privados.

Creo que ésta es una interpretación ideológicamente perversa que heredamos del neoliberalismo. En este sentido estamos realmente en pañales. Me parece imprescindible que avancemos en una profunda discusión política sobre el papel del Estado, pensando en un Estado activo, actuante y propulsor del desarrollo y de la calidad de vida de todos y todas.

Me refiero también a un Estado concebido como escenario multisectorial y multiactoral. No podemos renunciar a ello, no podemos delegar estas responsabilidades y seguir pensándonos al margen del Estado como si no tuviéramos allí ninguna responsabilidad. El Estado es actor fundamental en la construcción de alternativas sociales, políticas y culturales.

Estrategias edu-comunicacionales hacia una política pública de comunicación

Otra cuestión sumamente importante está vinculada a la construcción de estrategias comunicacionales. Nuestra perspectiva de comunicación comunitaria no podrá prosperar si no somos capaces de diseñar estrategias comunicacionales que vayan aportando a la construcción de políticas de comunicación elaboradas desde el Estado con la participación de actores sociales diversos. Esto supone, a su vez, admitir las asimetrías reales y asumir que vivimos en el país de América Latina con mayor concentración de la propiedad de medios, con los mayores niveles de desigualdad social, y que apenas estamos saliendo de una de las crisis más agudas de nuestra historia.

Pero junto al reconocimiento de la diferencia es necesario promover una actitud política de construcción para superar los obstáculos y generar alternativas. Hay que abrirse a la genuina negociación

y construcción de alianzas. Negociar no es claudicar, es encontrar los puntos de equilibrio para poder avanzar hacia un objetivo determinado. Entonces, creo que hay que rescatar espacios como éste, espacios de negociación, de diálogo, que nos permitan asumir la responsabilidad política que nos exige el momento histórico y nuestras propias convicciones.

Quiero concluir con algunas ideas –casi un punteo– sobre estrategias de comunicación. Advierto que no hay en lo que diré un desarrollo acabado, es tan sólo una provocación que en algunos casos son apenas títulos para seguir trabajando.

Hay un primer nivel de estrategias que yo llamaría de “diversidad comunicacional”, entendiéndolas como aquellas que nos permitan generar espacios de libre manifestación, donde todas las voces –o la mayor cantidad de voces presentes en la sociedad– puedan expresarse. Estas estrategias de diversidad comunicacional tienen que ver con el sistema de medios, con la Universidad, con los espacios de las organizaciones sociales, con el Estado. Son lugares, espacios donde las distintas voces puedan oírse.

Junto con las estrategias de diversidad comunicacional, hay que imaginar estrategias de “alianzas”, que nos permitan incluir cada vez a más actores, para que no solamente cada uno se exprese desde su realidad, sino para que también logremos generar iniciativas que potencien las acciones locales y para que puedan construirse redes de diversos niveles.

Simultáneamente, me parece que debemos ir avanzando –particularmente en este escenario– en el diseño de estrategias de “reconocimiento”, de producción y conocimiento de culturas que sean trabajadas sobre las modalidades de recepción de los distintos actores.

Necesitamos, junto con el reconocimiento de la diferencia, comprender el valor del otro y de la otra, desde su propia cultura, desde su profundidad, desde su historia, desde su identidad. En este sentido, tenemos que pensar en estrategias de “producciones comunicacionales transculturales”. Y probablemente tengamos que criticar menos y producir más. Yo siento que estamos produciendo muy poco.

No lo digo con ingenuidad y, obviamente, no desconozco que no es fácil producir. Sin embargo, creo que son muchas más las complicaciones que nosotros mismos nos creamos. Son más los obstáculos mentales que los reales. No nos estamos poniendo un auténtico desafío para producir, porque tampoco estamos utilizando las ventajas con las que contamos. No estamos utilizando a nuestro favor el desarrollo de las condiciones tecnológicas, no estamos aprovechando suficientemente las nuevas tecnologías... No soy yo –precisamente– uno de aquellos que creen que la magia de la tecnología todo lo soluciona. Tampoco creo que las tecnologías y el desarrollo de Internet democratizen el mundo. Pero sí estoy convencido de que estamos sub-utilizando nuestras propias capacidades de producción.

Finalmente, me parece que nada de esto funciona si no se complementa con estrategias de “educación y comunicación”. No hay procesos comunicacionales que no estén anudados a estrategias de educación. Porque educación y comunicación son indisolubles. Entonces, se trata de generar estrategias de comunicación que trabajen sobre lógicas y perspectivas de comunicación pedagógica, de comunicabilidad incluso para transmitir esta producción de conocimiento sobre la que se habló antes. Me refiero a estrategias de verificación de medios y uso de canales estratégicos, porque la diversidad y el desarrollo tecnológico hacen que debamos identificar cuáles son los medios adecuados para cada tarea y para cada espacio. A mí me encanta la radio, pero me molesta pensar que solamente podemos usar la radio para toda finalidad, como si fuera lo único que sabemos hacer. Lo hacemos muy bien, sin duda, pero necesitamos que cada espacio tenga respuestas adecuadas.

Creo además que necesitamos estrategias para generar bancos de información, que permitan la recuperación, el almacenamiento y la correcta utilización de la información. Siempre con la participación de los actores sociales que normalmente están incluidos en el escenario. Nosotros, por nuestra parte, en este escenario de la Universidad en el que trabajamos, tenemos que apuntalar esta lógica en la que seguramente vamos a recibir nueva y valiosa información.

Por último, es necesaria también una estrategia “político-comunicacional”, que nos lleve a construir políticas públicas de comu-

nicación. Es imperdonable que esta sociedad siga hoy, con tantos años de democracia, sin tener una ley de radiodifusión. Esto –evidentemente– tiene que ver con el escenario nacional, con procesos de construcción política, con hegemonías, pero también con todos nosotros, los diversos actores sociales, que no hemos sido capaces de construir políticas públicas en esta línea.

PASOS. UN RECORRIDO POR UNA EXPERIENCIA DE ARTICULACIÓN

*Gretel Ramírez, Marianela Morzán, Irene Roquel,
Claudia Medvescig, Verónica Mingarini, María
Emilia Carrieres y Luciana Danielli*

Cuando empezamos a pensar el Proyecto de Articulación de Saberes de las Organizaciones Sociales (PASOS) lo hicimos sentados en ronda y poniendo en común ideas e inquietudes con personas vinculadas a diferentes organizaciones sociales del país, en el marco de las Segundas Jornadas de Comunicación Comunitaria, organizadas por el Área Comunicación Comunitaria (ACC), a fines del 2006. El ámbito fue la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER), un espacio dedicado casi exclusivamente a los actores de la “academia” y a los contenidos curriculares mayoritariamente teórico-conceptuales. Sin embargo, esa instancia fue una oportunidad casi inédita de compartir experiencias de organización social y comunitaria de primera mano.

La siguiente reunión, ya con integrantes de organizaciones paranaenses interesadas en trabajar de forma asociativa, orientó los primeros trazos sobre los cuales trabajamos en el diseño del Proyecto. En las sucesivas reuniones, el intercambio y la puesta en común de inquietudes acerca de lo que ocurre con las organizaciones en nuestro contexto, permitió definir –entre otros– los siguientes temas, necesidades e intereses: multiplicidad de acciones fragmentadas; escaso conocimiento de las organizaciones entre sí; “desperdicio” y “encapsulamiento” de recursos humanos y conocimientos en cada organización y en sus beneficiarios; necesidad de intercambiar experiencias y saberes entre organizaciones; inquietud respecto de cómo

generar redes y cómo sostenerlas; necesidad de registrar, sistematizar y difundir las acciones de las organizaciones, etc.

Estos emergentes fueron discutidos y retomados con vistas a ampliar y complejizar las acciones tendientes a propiciar el intercambio de experiencias organizacionales y la profundización de la reflexión en torno a la comunicación comunitaria, condiciones ambas necesarias para el desarrollo del campo académico y profesional de la comunicación social, fundamentalmente del campo asociativo y organizacional, y del ejercicio de la ciudadanía.

En estas instancias se consolidó también el grupo promotor del proyecto con el que, desde la aprobación del PASOS en diciembre de 2007, desarrollamos la propuesta.

Las Fundaciones Eco Urbano y Mujeres Tramando, la Asociación Civil Barriletes y el ACC, pusimos esfuerzos y deseos para acompañarnos en una travesía de articulación con vistas a poner a dialogar los recursos (en términos de saberes, experiencias, recursos relacionales y comunicacionales) de las organizaciones sociales, y desarrollar las herramientas necesarias para *comunicar (poner-en-común)*. Comunicar como forma de socializar propuestas de desarrollo comunitario, y de fortalecer el accionar de los distintos espacios asociativos que funcionan en la ciudad de Paraná, los cuales suelen desencontrarse y desconocerse dada la inexistencia de espacios de articulación sostenidos, y las urgencias y multiplicidad de demandas que reclaman la atención de cada uno por separado.

Propuestas, búsquedas y encuentros

En este sentido, en el marco del proyecto se organizaron durante el año 2008 diversas actividades y espacios de participación progresivos:

1. Relevamiento

Realizamos un relevamiento de organizaciones de la ciudad, a partir de las visitas presenciales a las mismas, registradas en audio y fotografía,

con el fin de posibilitar la sistematización y la posterior socialización a través de una base de datos distribuida en las propias organizaciones relevadas, en la universidad, y en los medios de comunicación.

En una lectura preliminar, algunos datos del relevamiento hablan de puntos en común, más allá de la diversidad de organizaciones, y de la necesidad de seguir articulando:

-La gran mayoría de las organizaciones relevadas no cuenta con un espacio físico propio de reunión y trabajo, y las que lo poseen, es alquilado u obtenido en comodato.

-Se da un movimiento permanente de los integrantes de las organizaciones, ante la diversidad de actividades que deben sostener por fuera de las mismas, lo cual muchas veces repercute en la dificultad para sostener la estructura organizativa y su funcionamiento.

-Se identifica la falta de conocimiento de las organizaciones entre sí –uno de los motivos de este proyecto–, a excepción de las organizaciones ambientalistas y de defensa de los derechos de las mujeres, adolescentes y niños, que se nuclean en foros, redes, o desarrollan programas y proyectos asociados.

-Respecto a la comunicación, la mayoría reconoce la necesidad de difundir y acceder a información, generar visibilidad, relacionarse con los medios. Muchas cuentan con un área o responsable de difusión, siendo en algunos casos pasantes temporarios de la carrera de Comunicación Social.

2. Boletín “El Cruce”

Otro nexo con la comunidad fue el Boletín “El Cruce”, publicación bimensual editada por PASOS en 2008, donde las organizaciones pudieron hacerse visibles a través de notas breves que incluyeron lo recopilado en las instancias de relevamiento: temas de interés, objetivos, experiencias, metodología de trabajo, público destinatario, proyectos en marcha y a futuro, entre otros.

Un elemento clave en la construcción de un espacio asociativo es que en él todos los grupos y organizaciones participantes com-

partimos la información que poseemos. “Poner en común” es una primera forma de asociarnos y cooperar. Y el acceso a la información es una vía para la posibilidad de optar y decidir. Para facilitar la circulación de esa información es preciso desarrollar distintas estrategias o herramientas que se adapten o respondan a la diversidad del espacio asociativo, de sus integrantes y de sus interlocutores. Actualmente, y dada la imposibilidad para continuar con la impresión del Boletín por falta de recursos, incorporamos parte de los contenidos que se estaban publicando en “El Cruce” al Resumen semanal “Novedades Comunitarias” que se envía por correo electrónico desde el ACC, y que cuenta con secciones de agenda, noticias, recomendados y convocatorias de interés de las organizaciones sociales y la Universidad.

3. EL “FORO”

El “FORO” fue, y aún sigue siendo, un espacio de encuentro, debate, reflexión y construcción colaborativa de conocimientos surgidos de las prácticas de las cuatro organizaciones promotoras del PASOS. Materializado en reuniones presenciales mensuales con participación de representantes de cada organización, en el FORO se generaron consensos hacia el trabajo colectivo, ejes de análisis y líneas políticas de acción que se transformaron en insumos para el resto de las actividades planificadas. En estos encuentros se incluyeron la socialización de materiales, intercambio de información sobre las actividades de cada organización y actualización sobre problemáticas, demandas y proyectos de interés, algunos de ellos compartidos. Entre otros temas se abordaron los siguientes: trayectoria (proceso o perspectiva histórica de la organización y sus acciones); reconocimiento geográfico de los barrios de incidencia y reflexión sobre el rol que cada organización cumple en ese lugar; identidad organizacional (valores que determinan la orientación de la organización y el rumbo que se da a las acciones e instrumentos, líneas políticas, técnicas y capacidades organizacionales); aspectos de las organizaciones que faltan madurar, fortalezas y problemas; evaluación, valoración de logros y fracasos, efectividad derivada de y en estrategias, factibilidad social; visibilidad, difusión, comunicación; actividades y proyectos actuales de cada organización y propuestas

o ideas a futuro para realizar en forma conjunta. En los primeros encuentros se elaboró conjuntamente la herramienta de recolección de datos para el relevamiento antes mencionado.

Sin dudas, las instancias de FORO también nutrieron las cuatro cartillas edu-comunicacionales de trabajo que se publicaron desde el PASOS (“Espacios Asociativos”, “Tramando Nuestro Placer”, “Cultura Ambiental” y “Barriletes: espacio de educación no formal y alternativa solidaria por la cultura del trabajo y la inclusión social”), dando cuenta en algunos casos de la identidad y las temáticas abordadas por las organizaciones. Estas publicaciones fueron pensadas como herramientas para la dinamización de talleres y otras actividades, y se distribuyeron en organizaciones, eventos y paneles, entre otros espacios.

4. Encuentros recreativos

Distintos encuentros re-creativos (Noche de Encuentro, Ciclo de Cine-Debate y Feria de Organizaciones “La Kermés”), fueron la apertura a presentar de manera dinámica y alentadora, proyectos y actividades de las organizaciones paranaenses al resto de las organizaciones y a la comunidad paranaense en general.

En particular, la primera Feria de las Organizaciones Sociales de Paraná “La Kermés”, significó, sin dudas, la puesta en escena y apuesta colectiva más significativa de esta experiencia de articulación de saberes. Más de 30 organizaciones de la ciudad pudieron apropiarse de un espacio abierto a la presentación de cada una en diferentes formatos –a través de stands, proyecciones audiovisuales, emisión en la radio abierta, juegos, etc.–, en un evento integrador que permitió visibilizar la acción individual y también conjunta.

Del diálogo y puesta en común como estrategias comunicacionales hacia el reconocimiento y construcción de saberes colectivos

De lo descrito hasta aquí de la experiencia, nos parece importante reflexionar sobre el reconocimiento de los saberes y la generación

de nuevos espacios de intercambio y construcción de conocimiento colectivo, donde la apelación al diálogo y la puesta en común son las estrategias comunicacionales centrales.

Afirmamos que la comunicación como dimensión de la vida cotidiana está presente en todas las instancias de la vida organizacional, en la base de las relaciones que en ella se generan, y que no es sólo el fin o producto de las mismas, sino el medio que permite sostenerlas y potenciarlas. En este sentido, cada una de las actividades y espacios planteados desde el PASOS nos permitió reconocer también el potencial de la comunicación como dinamizadora de los procesos de relación inter-organizacional, con vistas a fortalecer un espacio asociativo.

El modo de comunicación dialógica nos permitió consolidar un modo de relación basado en el encuentro con el “otro”.

Este encuentro implicaba una comprensión empática, un aprecio y valoración positiva de los aportes que cada uno podía realizar, respetando las diversas y multivariadas descripciones o interpretaciones acerca de la temática que tratábamos desde un lugar de pares, escuchando y aprehendiendo desde los matices de la realidad que cada actor ponía en juego. Un encuentro donde lo que importaba era el “estar ahí”, en interacción directa, en sintonía, en congruencia, en integración, demostrando un involucramiento real, vívido con el “otro”; afrontando el cumplimiento de los compromisos asumidos, desde un contacto significativo a partir del re-conocimiento mutuo y progresivo; con relaciones simétricas, donde lo que cobraba importancia era una participación colaborativa en la que se facilitara que emergiera un proceso nuevo de construcción en común. Como expresan varios autores, “es la ‘confianza en el propio organismo’ y en el ‘otro’ lo que permite abrirnos a la realidad de lo diferente y de lo que se encuentra emergiendo” (Rogers y Rosenberg:1981), y eso era esencialmente la propuesta del PASOS: una nueva forma de fortalecimiento y articulación de saberes.

En este encuentro con el otro desde una relación dialógica, todas las organizaciones fuimos partícipes de una experiencia transformadora, dado que no entablamos una relación desde una postura neutral. Por el contrario, pusimos en juego todos nuestros capitales

humanos, simbólicos y culturales en pos de la consolidación de un diálogo en el que necesariamente, y según Javier Armenta (2008), “ambos participantes puedan verse transformados por la misma experiencia. Visto de otra manera implicaría que la ausencia de las defensas permiten una apertura a la experiencia del ‘otro’ en donde terminamos enriquecidos o en un proceso de revisión, reconstrucción o reconfiguración de nuestras experiencias”.

En este punto queremos introducir una serie de interrogantes que nos acompañaron desde el inicio de la experiencia:

¿Qué implica construir un espacio asociativo?

¿Vale la pena consolidarlo como tal? ¿O es en el fluir y el devenir cambiante y complejo que cobra sentido?

¿Qué tipo de fortalecimiento se va dando, teniendo en cuenta la situación actual y las necesidades e intereses que estamos atravesando?

¿Qué relaciones posibles se generan?

Ahora bien, la experiencia de PASOS nos ha llevado a preguntarnos qué implica construir un espacio asociativo que permita la acción colectiva, sin diluir la identidad y el protagonismo de cada uno de los actores involucrados. Qué procesos y dificultades supone acordar un objetivo compartido, a partir de iniciativas distintas. Qué transformaciones acarrea al interior de cada organización, y qué compromisos demanda.

Podemos decir, siguiendo a Daniel Arroyo (2007), que el concepto de espacios asociativos surge en los nuevos contextos de aplicabilidad de las relaciones de asociabilidad, de intercambio y sostenimiento entre organizaciones que dependen directamente del Estado y otras de carácter no gubernamental, llevando en sí mismas la posibilidad de crecimiento mutuo. De este modo se pueden aprovechar al máximo los recursos con que contamos, facilitando la unión entre lo social y lo productivo.

Otra característica es que los espacios asociativos no sólo representan la posibilidad física de encuentro sino que también hacen

referencia a la necesidad de un vínculo que haga partícipes de un espacio en común a todos los actores intervinientes. Espacio en común donde cada organización mantiene las particularidades que la identifican y sostienen. De este modo, se facilita el enriquecimiento mutuo a través del intercambio de saberes y, mediante la articulación, se construye entre los distintos actores participantes un trabajo en red o asociado que permita la transformación para el crecimiento.

En este sentido, la experiencia del PASOS nos confirma que es posible la construcción progresiva y colectiva de vínculos y relaciones horizontales que permitan a las organizaciones sociales potenciar las capacidades de gestión, discusión y reflexión sobre necesidades prioritarias y formas de trabajo asociativo, de definición de agendas comunes y de proyectos articulados. Todo a partir de la creación de espacios de encuentro, actividades, e instancias y estrategias no convencionales de comunicación e interacción creativas y motivadoras de la participación.

Por otro lado, en muchos casos, la ausencia de espacios físicos o de posibilidades de encuentros presenciales, nos lleva a preguntarnos: ¿qué y cómo se sostiene un proyecto de articulación como el PASOS y cuál es su proyección a futuro? Quizás sea justamente esta red de relaciones, que va tomando diferentes caminos y características (unos se suman, otros redefinen su participación), la que motiva y sostiene. Más allá de un núcleo “material y tangible”, lo que se reconoce como significativo es la relación en sí misma, y la conciencia de que existe como sentido compartido. En gran medida desconocemos la multiplicación e impacto que las actividades organizadas han tenido y tendrán a largo plazo, como por ejemplo en el caso del uso que se pueda dar al material producto del relevamiento de las organizaciones, pero estamos convencidos de que el potencial estará justamente en las relaciones que se puedan construir a partir de la socialización de esa información, en los múltiples cruces y tramas que se vayan tejiendo.

Podría decirse que toda experiencia de trabajo asociado produce intercambios entre personas, organizaciones y territorios, y generan algún tipo de coordinación de estos intercambios a los que, a su vez, proyectan en espacios mayores de incidencia. (Rovere:2005)

Es decir que, frente a las presunciones de la demanda de literalidad del concepto de “espacio” asociativo, la experiencia nos permite reflexionar sobre la importancia de la prescindencia o trascendencia de las coordenadas de tiempo y espacio, hacia unas coordenadas relacionales, más acordes con los tiempos que corren de urgencia y superposición de actividades, y más significativas a la hora de poner en juego la asociatividad o articulación.

El protagonismo, la pertenencia, las referencias y referentes, son todos elementos que se vuelven por momentos intangibles pero no por eso menos reales.

De la relación Universidad/organizaciones sociales

A partir de recuperar la idea de un trabajo asociativo en el que se potencien las capacidades específicas con que contamos las partes del grupo promotor del proyecto, creemos importante destacar el rol que juega en este proceso la Universidad, a través del ACC.

Reconocemos que la situación de aislamiento, fragilidad y marginación de la sociedad paranaense con relación a las instituciones del Estado, requiere de una Universidad Pública comprometida con la realidad social en la que está inmersa, que cumpla con aquellos fines enunciados en sus estatutos y que versan sobre su obligación de: “Elaborar, desarrollar, transferir, promover y difundir la cultura, la ciencia y la tecnología, orientándolas de acuerdo a las necesidades nacionales y regionales, debiendo para ello interactuar con toda organización representativa de sus diversos sectores, a fin de informarse directamente sobre sus problemas e inquietudes espirituales y materiales y propender a la elevación del nivel cultural de la colectividad para que le alcance el beneficio de los avances científicos y tecnológicos y las elevadas expresiones de la cultura nacional e internacional”.¹

Es por esto que haciendo hincapié en las funciones de articulación y de (co) producción, democratización y socialización de conocimientos que le incumben a la Universidad, el Área de Comunicación

¹ Resolución de la Asamblea Universitaria N° 27 del 2 de marzo de 2002.

Comunitaria aspira a ser identificada progresivamente como articuladora e integradora de las inquietudes de las organizaciones sociales y comunitarias, como un espacio abierto en el que sea posible acordar acciones, viabilizar y/o canalizar inquietudes, propuestas y apoyar proyectos de desarrollo.

PASOS en la voz de sus protagonistas

“PASOS fue un desafío, una instancia más de aprendizaje donde nos encontramos con nuestros límites y flaquezas, pero también con nuestras renovadas ganas de seguir pensando en alternativas que permitan transformar la sociedad, para aportar ‘un granito de arena’ en la búsqueda incesante de otras formas de vincularnos”.²

“Uno de los principales indicadores de pobreza es la falta de organización o de lugares para participar en donde adquirir destrezas y habilidades. Por eso creemos fundamental crear lazos y vínculos entre los diferentes actores basados en la confianza como pilar central para generar capital social”.³

“En el año próximo deseamos volver a dar un nuevo paso pero ya acompañados por algunas organizaciones que hemos ido conociendo en este trayecto. Dos mil nueve debe ser un año de consolidación de este espacio de articulación de saberes, pero también de potenciación de la articulación de acciones, de generación de un pensamiento propio que inscriba en algunos ámbitos del Estado la voz de la sociedad en movimiento desde una mirada y un hacer comprometido y solidario”.⁴

Compartir PASOS, fue partir con otros/as hacia un recorrido en principio incierto, pero cuyo sedimento se fue asentando en el terreno de las relaciones y de los reconocimientos, a medida que avanzábamos. Con la mirada puesta en el horizonte de posibilidades que genera el conocer-nos con las organizaciones sociales de Paraná, seguimos caminando y construyendo.

² Fundación Mujeres Tramando, Boletín El Cruce. N° 5 (2008:13)

³ Fundación Eco Urbano, Boletín El Cruce. N° 5 (2008:15).

⁴ Asociación Civil Barriletes. Boletín El Cruce. N° 5 (2008:14-15).

Referencias bibliográficas

Armenta, J. (2008) “Diálogo y amistad: una perspectiva centrada en la persona”, en *Olas de Cambio*, núm. 2. Counseling Red. http://counselingred.com.ar/_newsletters/javier.htm.

Arroyo, D. (2007). “Prólogo”, en: Fleury, S; Uranga, W. *et al.*, *Políticas sociales de desarrollo y ciudadanía. Reflexiones desde el sur Latinoamericano*, Ministerio de Desarrollo Social (Secretaría de Políticas Sociales y Desarrollo Humano), Buenos Aires.

Boletín El Cruce, núm. 5 (2008). Proyecto Pasos, Paraná.

Resolución De La Asamblea Universitaria, N° 27, 2 de marzo de 2002.

Rogers, C., y Rosenberg, R. (1981). *La persona como centro*, Barcelona: Herder.

Rovere, M. y Tamargo M. (2005). *Redes y coaliciones o como ampliar el espacio de lo posible*, Buenos Aires: Mimeo. www.gestionsocial.org. Biblioteca Virtual Gestión Social.

AUTORAS Y AUTORES

Área de Comunicación Comunitaria

Fue creada en noviembre de 2004 e integra el Centro de Producción en Comunicación y Educación (C.E.P.C.E.) de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos, donde funciona la carrera de Comunicación Social. Dado que la Comunicación Comunitaria como campo específico no figura en la currícula de la carrera, la creación del ACC persiguió fundamentalmente el objetivo de instalar esta temática en el ámbito académico y profesional de los nuevos comunicadores sociales y educadores, y contribuir a desarrollarlo en la región. Está integrada formalmente por diecinueve personas entre docentes, graduadas y estudiantes de Comunicación Social y recientemente también de Ciencias de la Educación, más aquellos que colaboran con la realización de proyectos puntuales. Trabaja con Proyectos en Terreno y otras Actividades Académicas internas de formación. Para más detalles, ver blog: <http://areacomunicacioncomunitaria.wordpress.com> o escribir a comcom@fcedu.uner.edu.ar

El **Área de Comunicación Comunitaria** está integrada por:

Mg. Patricia Fasano (Coord.), Lic. Gretel Ramírez (Coord.), Lic. Laura Rozados, Lic. Karina Arach Minella, Lic. Lucrecia Pérez Campos, Lic. Claudia Medvescig, Lic. Irene Roquel, Lic. Pilar Espósito, Lic. Marianela Morzán, Lic. Gretel Schneider, Lic. Verónica Mingarini, Prof. María Paula Baños, Prof. Romina Krenz, Téc. Luciana Danielli, Téc. María Emilia Carrieres, Téc. Emanuel Aguirre, Téc. Leandro Romero, Téc. Martín Yedro, Téc. Patricia Fontelles.

Emanuel Sebastián Aguirre

Técnico en Comunicación Social con orientación en Redacción (UNER, 2006). Cargo de Docente Auxiliar Alumno, Ad Honorem del Área de Comunicación Comunitaria Facultad de Ciencias de la Educación (UNER) desde 2008. Integrante del Proyecto de Extensión Comunicación Comunitaria en la cárcel desde el año 2007. Contacto: manirojo@hotmail.com

Julieta Aiassa

Diseñadora Gráfica. Tesista de la Licenciatura en Diseño de la Comunicación Visual (UNL). Integrante del Proyecto Comunicación Comunitaria en la Cárcel desde 2008. Contacto: julietaaiassa@hotmail.com

Karina Arach Minella

Licenciada en Comunicación Social (FCE-UNER). Doctoranda en Ciencias Sociales (UNER). Docente de grado en la Facultad Ciencias de la Educación (UNER) y en las carreras de Licenciatura en Comunicación Social y Tecnicatura en Diseño (UCSE-DAR). Extensionista (UNER). Especialista en comunicación organizacional y comunitaria. Contacto: karinaarach@yahoo.com.ar

Trinidad Balbuena

Licenciada en Comunicación Social (UNER). Integrante del Proyecto de Extensión Comunicación Comunitaria en la cárcel desde el 2007. Desde 2008 colaboradora del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación (UNER). Contacto: trinitolk@hotmail.com

Paula Baños

Profesora en Ciencias de la Educación, estudiante de la Licenciatura en Ciencias de la Educación FCE-UNER. Extensionista desde 2008 en el Proyecto Comunicación Comunitaria en la Cárcel.

Integrante del Área de Comunicación Comunitaria desde 2008.
Contacto: neshika_8@hotmail.com

Gabriela Bergomás

Profesora en Ciencias de la Educación. Secretaria Técnica del Centro de Producción en Comunicación y Educación de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos.

María Emilia Carrieres

Técnica en Comunicación Social. Estudiante de la Licenciatura en Comunicación Social FCE-UNER. Integrante del Área de Comunicación Comunitaria desde 2005. Extensionista en el Proyecto Viejas Historias: Memoria Barrial y Tercera Edad; e integrante de PASOS, Proyecto de Articulación de Saberes de las Organizaciones Sociales. Contacto: memi159@hotmail.com

Luciana Danielli

Técnica en Comunicación Social. Estudiante de la Licenciatura en Comunicación Social (UNER). Integrante y becaria del Proyecto de Extensión “Viejas Historias: Memoria Barrial y Tercera Edad” (UNER). Integrante del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación (UNER, desde 2005). Contacto: luchidanielli@yahoo.com.ar

Pilar Espósito

Licenciada en Comunicación Social. Integrante del Área de Comunicación Comunitaria desde 2004. Colaboradora de los Proyectos de Extensión “Comunicación Comunitaria: haciendo la radio” (2004 a 2006), “El taller vivencial como estrategia de prevención de noviazgos violentos” (2005) y “Comunicación Comunitaria en la cárcel” (desde 2006 hasta 2008). Contacto: pilaresposito@yahoo.com

Patricia Fasano

Licenciada en Ciencias de la Información (UNER, 1993). Magíster (UNAM, 2003) y doctoranda (UFRGS) en Antropología Social. Investigadora sobre comunicación en sectores populares. Coordinadora del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación (UNER). Contacto: quiensabe@arnet.com.ar

Néstor Ganduglia

Psicólogo, psicólogo social, docente y educador popular uruguayo. Profesor responsable de cátedra en Ciencias de la Comunicación de la Univ. de la República (1994, 2000), Prof. de la Maestría en Educación Popular de la MFAL (desde 1990). Investigador en culturas, memorias y saberes populares de América Latina. Actual director del proyecto “Desarrollo culturalmente sostenible” en 6 países latinoamericanos. Director del Foro Latinoamericano “Memoria e identidad” (2004-2009).

Jorge Huergo

Profesor en Filosofía y Pedagogía y Magíster en Planificación de la Comunicación. Profesor Titular y Director del Centro de Comunicación y Educación de la UNLP. Docente de Maestrías y Doctorados en varias Universidades de Argentina y América Latina. Miembro de la Asamblea del Instituto de Cultura Popular (INCUPO) y de la Coordinación Nacional del Seminario de Formación Teológica. Coordinador del Programa de Transformaciones Curriculares en la Dirección de Educación Superior de la Provincia de Bs. As.

Juan Isella

Docente de facultad de Ciencias Sociales, UBA en la cátedra del Taller de Comunicación Comunitaria e Instituto de Formación Docente de la provincia de Buenos Aires. Integrante del Equipo Técnico Regional para la capacitación de docente dependiente de la Dirección de Educación y Cultura. Maestrando en Investigación Social Universita di Bologna/Tres de Febrero.

Romina Krenz

Profesora de Ciencias de la Educación (2009). Integrante del Proyecto Comunicación Comunitaria en la Cárcel del 2007 y del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación desde 2008. Contacto: rominakrenz@hotmail.com

María Cristina Mata

Licenciada en Letras, desde hace casi 30 años se desempeña como profesora e investigadora en el campo de la comunicación. Directora de la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba y Directora del Programa de Estudios sobre Comunicación y Ciudadanía del mismo Centro donde, además, se desempeña como docente e investigadora por concurso desde 1994. Profesora de diferentes carreras de posgrado de Argentina, ha dictado cursos y conferencias en diferentes universidades de países latinoamericanos. Fue Directora de la Escuela de Ciencias de la Información de la U.N.C. (2002-2005) y Directora de la Región Cono Sur de FELAFACS (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social) (2004-2008). Tanto a nivel académico como en relación con organismos nacionales e internacionales de comunicación, sus principales trabajos han estado vinculados al papel que cumplen los sistemas y medios de comunicación masiva en la sociedad actual, especializándose en campos tales como la comunicación popular, el estudio de los públicos y los procesos de mediatización cultural y las vinculaciones entre política y comunicación. Durante más de 10 años fue Coordinadora del Área de Investigación de ALER (Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica), institución con la que sigue cooperando en el estudio de la relación de las emisoras populares y sus audiencias. Es integrante de la Colación por una Radiodifusión Democrática.

Claudia Medvescig

Licenciada en Comunicación Social (UNER). Docente auxiliar de primera categoría Ad-Honorem en el Área de Comunicación

Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación (UNER). Realización de registros de campo y coordinadora de talleres de comunicación, producción de publicaciones, y gestión de articulación de proyectos inter-organizacionales. Integrante del P.E “Memoria Barrial y Tercera Edad”, e integrante del equipo articulador del Proyecto Pasos. Contacto: claumedvescig@hotmail.com

Verónica Mingarini

Licenciada en Comunicación Social (UNER, 2008). Docente e integrante del Equipo de Medios Comunitarios y de proyectos con organizaciones sociales del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación (UNER, desde 2005). Contacto: veronicamingarini@yahoo.com.ar

Marianela Morzán

Licenciada en Comunicación Social. Docente del Área de Comunicación Comunitaria e integrante de proyectos relacionados con medios comunitarios y organizaciones sociales desde el 2004. Comunicadora organizacional en diversas instituciones, desde el 2005. Contacto: marianelamor@yahoo.com.ar

Mara Adriana Muscia

Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA, 1998) y Profesora en Comunicación Social (UNER, 2006). Docente del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación (UNER) desde 2007. Integrante del Proyecto de Extensión “Viejas Historias: Memoria Barrial y Tercera Edad” desde el año 2007. Contacto: maramuscia@yahoo.com.ar

Lucrecia Pérez Campos

Licenciada en Ciencias de la Información (UNER, 1994). Docente de Teorías de la Comunicación (UNER, desde 1997) y del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias

de la Educación (UNER, desde 2005). Directora del Proyecto de Extensión Comunicación Comunitaria en la cárcel desde el año 2006. Contacto: luperezcampos@hotmail.com

Gretel Ramírez

Licenciada en Comunicación Social (UNER, 2002). Extensionista en Proyectos de Comunicación Comunitaria desde 2005. Co-Coordinadora del Área Comunicación Comunitaria (FCE -UNER). Coordinadora de P.A.S.O.S (2008-2009). Docente. Contacto: grete-
lramirez@educ.ar

Leandro Romero

Técnico en Comunicación Social, estudiante de la Licenciatura y del Profesorado en Comunicación Social FCE-UNER. Extensionista desde 2008 en el Proyecto Comunicación Comunitaria en la Cárcel. Integrante del Área de Comunicación Comunitaria desde 2008. Contacto: leandroromero78@yahoo.com

Irene Liza Roquel

Licenciada en Comunicación Social (UNER, 2006). Diplomatura de Posgrado en Desarrollo Cultural Comunitario (UAB, 2008). Integrante del ACC desde su creación y de los equipos de los proyectos en terreno: Memoria barrial y tercera edad, PASOS, y Comunicación Comunitaria en la cárcel. Contacto: irene.roquel@gmail.com

Laura Rozados

Docente de la cátedra de Semiótica de la Facultad de Ciencias de la Educación (UNER). Directora del Proyecto de Extensión “El taller vivencial como estrategia de prevención de noviazgos violentos”. Integrante del Área de Comunicación Comunitaria desde 2005. Investigadora en cuestiones de violencia y género. Defensora de los derechos de las mujeres. Contacto: laurarozados@arnet.com.ar

Gretel Schneider

Licenciada en Comunicación Social (2007), estudiante del Profesorado en Comunicación Social FCE -UNER. Extensionista desde 2005 del Proyecto Comunicación Comunitaria en la Cárcel. Integrante del Área de Comunicación Comunitaria de la Facultad de Ciencias de la Educación (UNER) desde 2005. Contacto: greschneider@gmail.com

Washington Uranga

Periodista, docente e investigador. Es editorialista del diario *Página 12* (Buenos Aires) y docente en grado y posgrado en varias universidades nacionales.

